





R. B. ...

K

UNIVERSIDAD

EAFFI

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

EAFFIT®

Sala de Patrimonio Documental

ENSAYO

SOBRE LOS DEBERES

DE LOS

CASADOS,

ESCRITO

PARA LOS CIUDADANOS

DE LA

NUEVA GRANADA.



BOGOTÁ:

REIMPRESO POR J. AYARZA.

1845.

JOSÉ RESTREPO URIBE
BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

DE

ANTIOQUIA

DE

UNIVERSIDAD

FAEFT

FUNDACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS SOCIALES®
FAES

UNIDAD DE INFORMACION "LUIS OSPINA VASQUEZ"



UNIVERSIDAD

1981

24 JUL. 1979

173.1
A174
1845

INTRODUCCION.

La suerte de los casados ha sido por largo tiempo el objeto de mis meditaciones. Al ver tantos matrimonios públicamente desavenidos, y tantas personas de uno y otro sexo que se arrepienten en secreto de haber formado esta union, dudé si este respetable vínculo seria una felicidad ó una desgracia para la sociedad en jeneral, y en particular para los individuos que se ligan con él. El fruto de mis meditaciones era siempre triste, porque el mal está demasiado estendido; y yo llegué á creer que esto nacia de que tan respetable institucion no era á propósito para labrar la dicha del jénero humano. Mas al fin, nuevas y atentas observaciones me han llegado á persuadir de que el matrimonio es ó puede ser el orijen de todas las felicidades terrestres, y que solo por la falta de cálculo y de reflexion en los que lo contraen, es que ha podido degenerar entre la mayor parte de ellos en una odiosa y temible esclavitud. En efecto, si consideramos las necesidades, fines y efectos de la sociedad, los poderosos instintos que guian las acciones de los hombres durante toda su vida, y los usos establecidos en todas las naciones desde el orijen del mundo, nos persuadirémos fácilmente de que el matrimonio no solo es útil y análogo á la naturaleza del hombre, sino absolutamente necesario para su dicha. Mas, una larga disertacion me conduciria lejos del asunto que me he propuesto, y para tratar profunda y filosóficamente esta grave é importante materia, se necesitan luces de que carezco, y una pluma mas ejercitada que la mia.

He notado que en esta tierra los hombres temen

el matrimonio, ya porque aman demasiado la vida libre y disipada que equivocadamente juzgan los hará dichosos, ya porque los asusta el pensar en la coquetería y despilfarro de las mujeres. Y estas que aspiran á ser esposas, por tener mas libertad, tiemblan tambien con la idea de darse un amo despótico y lleno de vicios. Por fin, muchos se casan y sacrifican todo su capital en los primeros dias por hacer ostentacion de un vano y ridículo lujo. Pero bien pronto, el marido abrumado de deudas y aburrido con las peticiones indiscretas de una mujer que no sabe poner freno á sus gastos y vanidad; y esta, careciendo de lo superfluo que apetecia y aun de lo necesario, cansada de sufrir asperezas y malos tratamientos, exasperada por la indigna conducta de su vicioso marido, y rodeada de corrompidos seductores; se dejan mutuamente para abandonarse cada uno por su lado á una vida de escándalo que causa su infortunio y un notable perjuicio á toda la sociedad. Otros no se separan; mas, ¡qué triste es el cuadro que ofrece su vida en el recinto de su casa! riñas, celos, quejas, intrigas, engaños y desconfianzas, cuanto desagrado puede producir la aversion y todos los desórdenes que causa la discordia, se reúnen dentro de esos muros en donde habitan la desgracia y la afliccion. Un esposo burlado ó envilecido, una mujer ultrajada, odiada y miserable, hijos sin educacion ni principios, criados que alternativamente son los tormentos, los cómplices y las víctimas de sus amos..... tal es el funesto cuadro que en todo ó en parte ofrece la vida conyugal en muchas casas. En otras, la virtud del uno es sacrificada á las pasiones del otro, y en pocas reina la verdadera felicidad. Muchos hombres sabios y pensadores han atribuido estos males á la perpetuidad del matrimonio. Estoi bien lejos de participar de su opinion; pero, ya he dicho que no me creo capaz de entrar en discusion sobre tan importante asunto.—

Sé tambien que no han faltado curiosos que formen el triste cálculo comparativo del número inmenso de matrimonios infelices, y los mui pocos que son realmente dichosos. Empero, presentando á los ojos del público estos desconsoladores resultados, no se consigue atajar el contagio. Antes bien, este cuadro afflictivo desalienta, y los que pudieran haber sido unos honrados padres de familia abandonan el proyecto de casarse, temiendo aventurar en una suerte tan incierta la felicidad y tranquilidad de toda su vida. Debe, pues, remontarse hasta el oríjen del mal, mostrar sus causas y procurar los medios de evitar sus efectos.

He pensado que un resúmen de los principales deberes recíprocos de los esposos seria útil á los jóvenes que aun no se han puesto en estado, y acaso tambien á los casados. Lo he escrito repartido en doce capítulos, que forman dos partes separadas, la primera para los hombres y la segunda para las mujeres. Hasta cierto punto puede decirse que cuanto contiene este pequeño tratado, es aplicable á ambos sexos. Yo no he separado sino aquello que me parecía mas análogo á las circunstancias peculiares del uno ó del otro, esperando que el buen juicio de los lectores hará las aplicaciones convenientes, ampliando ó restringiendo mis ideas segun los deberes mas marcados del hombre ó de la mujer, y en proporcion á las funciones que á uno y á otra les estan encargadas. Ignoro si mi trabajo será útil y mis ideas exactas; pero sí puedo asegurar que una intencion pura y loable ha puesto la pluma en mis manos. He deseado contribuir de algun modo á la felicidad de mis conciudadanos, y si logro hacer algun bien, por pequeño que sea, quedará sobradamente recompensado este corto trabajo.

PRIMERA PARTE.

De los deberes principales del esposo con la esposa.

CAPITULO 1.º

DEL RESPETO.

El hombre que se resuelve á abrazar el estado del matrimonio, toma, por decirlo así, un nuevo ser. Sus hábitos, sus amistades, sus conversaciones y diversiones deben mudar de aspecto. El no ha hecho sino pronunciar un monosílabo, y este sonido indiferente por su naturaleza, lo carga de nuevas obligaciones, le impone sacrificios; pero tambien le prepara goces inestimables, y le da un rango respetable en la sociedad. Mui comun es que la fogosa juventud abraza este estado sin detenerse á pensar en su importancia y consecuencias. El corazon tierno de un jóven se siente conmovido al contemplar los encantos exteriores de una muchacha: una sonrisa apacible, un movimiento gracioso, un rostro alegre y fresco, bastan para inflamarlo. Arde en deseos, y se arroja ciegamente en la red, sin sospechar siquiera que va á sacrificar el mayor de sus bienes, su libertad, por poseer un objeto que no conoce casi, un objeto tal vez despreciable y adornado únicamente con los brillantes coloridos que le prestó su ardiente imaginacion. Así es como se forman tantos enlaces desacertados en los cuales bien pronto se introduce el fastidio y la aversion, y que despues son el castigo perpetuo de los locos contrayentes, y el escándalo de la sociedad.

Pero sea así ó de otra manera mas juiciosa que se conduzca el hombre para abrazar este estado, creo de alguna utilidad indicar los principales deberes que se impone para con aquella á quien ha ligado su destino, y de cuya felicidad se hizo cargo.

No pretendo dar mis opiniones por norma de las

ajenas; mas, si mis reflexiones y una larga y triste experiencia me hubieren sugerido algunas ideas que puedan ser útiles á mis lectores, este resultado lisonjero disculpará el atrevimiento de quien, por primera vez, se resuelve á dirigir sus palabras al público.

Es obligacion de un esposo el respeto debido á una jóven, que debe suponer inocente y virtuosa, puesto que ha querido hacer de ella su compañera para toda la vida. El marido incauto que consiente y anima estas burlas atrevidas é insulsas con que se regalan de ordinario los oídos de una recién casada, se espone con esta necia conducta, con esta culpable tolerancia á hacerla perder este bello pudor que realza y sostiene todas las virtudes. Porque, ¿qué concepto formará de su nuevo estado una persona tímida y sin experiencia que se ve asociada desde que se casa á las devergonzadas conversaciones, á los equívocos infames que los licenciosos no se atrevían á pronunciar en su presencia una hora ántes de su himeneo? ¿No tendrá alguna razon para sospechar que una de las prerogativas de las casadas consiste en estar iniciadas en los impuros misterios del libertinaje? ¿Cómo puede un hombre de juicio permitir y autorizar chanzas que saquen los colores al rostro de una mujer amada? Y si él dá el pernicioso ejemplo de aplaudir estos insolentes despropósitos, ¿no será disculpable la jóven inesperta que agasaja con una sonrisa al aturdido que la ofende con espresiones libres? Nada daña tanto un corazón sensible é inocente como el hábito de oír proposiciones escandalosas. Por otra parte, ¿qué derecho puede tener un esposo imprudente para exigir que otros respeten á aquella que él no supo respetar, aunque tenía tanto interés en hacerlo?

Es necesario que los respetos debidos á una esposa no se limiten á suprimir las necias bufonadas con que se festeja el día del matrimonio. Han de estenderse

hasta los momentos de mayor intimidad, y conservarse aun en medio de los goces que autoriza este nudo sagrado. Por qué ha de tiranizarse á una mujer hasta el extremo de exigir de ella á título de esposa el sacrificio de su honestidad y su recato? Las timidas caricias que se obtienen sin violencia, deben ser mas gratas para un hombre honrado y sensible, que todos los triunfos de su superioridad. ¡Feliz el esposo que besa con ternura una frente modesta coloreada con el bello encarnado del pudor! Este es el precioso velo de la virtud, y el atrevido imprudente que llega á romperlo, se espone á pagar mui caro su temeridad.

Si en todos tiempos son perniciosas y contrarias á la moral esas compañías de perdicion que los jóvenes juzgan necesarias para su recreacion y pasatiempo, puede asegurarse que á un hombre casado le están absolutamente prohibidas por su deber y por su propio interes, y comete un atentado contra su felicidad y la de su familia continuando sus culpables relaciones con amigos disolutos, y rodeando á su esposa de un círculo de mozos libertinos y desconceptuados. Un hombre debe mirar su casa como el asilo sagrado de la paz doméstica, donde guarda su mayor tesoro, que es una mujer virtuosa, y al profanarlo introduciendo en él estos jóvenes perdidos que se dicen sus amigos, obra como un aturdido y se prepara su propia desventura. Así pues, es preciso renunciar esas peligrosas amistades; ó ya que esto no pueda verificarse, es fuerza darles otro jiro, haciendose respetar (lo cual es difícil), por aquellos que tal vez fueron sus cómplices ó discípulos en el arte de corromper la moral, trastornar la sociedad y ultrajar los vínculos mas respetables y sagrados.

Aunque el matrimonio prescribe la mas grande confianza, esta no debe estenderse á los tiempos anteriores sobre ciertos puntos de la vida privada. Me atrevo á

pensar que estas confianzas sobre desórdenes ó deslices pasados enjendran desconfianzas para lo futuro y pueden producir insensiblemente una frialdad que mine al fin la felicidad conyugal. Una mujer decente no habia recibido ántes del dia de su matrimonio de parte del que ya es su esposo, sino respetos, adoraciones y protestas de un amor exclusivo y sincero. Ella no sospechaba siquiera que se pudiese amar á una y gozar con muchas. Se creia amada y tenia cierta vanidad en poseer sola á aquel cuyo corazon le fué ofrecido tantas veces. ¡ Cuál será su despecho, despues de oir confianzas imprudentes, al contemplarse el milésimo objeto de las atenciones de este mortal querido que creia haber cautivado ella sola, y al saber de su propia boca que ha prodigado dinero, tranquilidad, promesas y caricias para lograr favores que no le fueron pedidos á ella y para satisfacer deseos momentáneos y pasajeras fantasías ! Aunque su esposo le jure un amor tierno y preferente, ¿ será bastante esta promesa sin ninguna garantia para indemnizarla de la mortificacion de ver rivales por todas partes, y de contar tal vez entre sus mismas amigas ocho, diez ó mas mujeres asociadas, por decirlo así, al secreto de su felicidad, y que han recibido estas mismas caricias que ella tanto aprecia ? Esta amarga idea puede producir sucesivamente desconfianza, fastidio y aun desprecio. Seria, pues, mas acertado callar todo lo que puede ser desagradable á una mujer sensible y delicada, aun cuando movida por una indiscreta curiosidad, proteste que escucha aquellas relaciones con la mayor indiferencia. Es mas conveniente prolongar hasta donde sea posible las dulces ilusiones del amor. La idea de un cariño exclusivo alhaga el corazon y lisonjea el amor propio dando una idea ventajosa del mérito con que se cree haberlo obtenido. Ya que un esposo no haya sido inocente, es preciso á lo ménos que evite parecer

imprudente, haciendo alarde de sus extravíos pasados.

Hai tambien otra confianza peligrosa que un marido no deberia hacer nunca, porque con ella falta á sus deberes, y ofende la delicadeza de su mujer. Esta es la de las frecuentes infidelidades que cometen sus amigos casados. No hablaremos de los infinitos males que una indiscrecion de su esposa puede causar en las familias de aquellos, ni del criminal abuso que se hace de la amistad, revelando por diversion el secreto de las debilidades de un amigo, ni del campo que se abre á la maledicencia, regando estas anécdotas escandalosas. Me limitaré únicamente á observar que no necesita una mujer tener mucha malicia para sospechar que las confianzas de que le habla su marido, han sido recíprocas, puesto que es bien sabido que los hombres temen siempre descubrir sus flaquezas á aquellas personas que por su conducta irreprochable pueden ser severas. Parece que las malas acciones pocas veces se comunican voluntariamente á los que no han sido cómplices ó participantes de ellas. De aquí resulta, que una esposa á quien ha instruido su imprudente marido de las faltas de sus amigos, teme con razon hallarse en el mismo caso en que están las esposas engañadas, que excitán su compasion. Este es un nuevo jérmén de disgustos y tibieza.

No son menos perjudiciales las continuadas preguntas que un marido hace á su mujer sobre los obsequios que pudo recibir ántes del matrimonio. Si ella no ha favorecido á ningun amante, se ofende ó se aflige de que no se haya apreciado debidamente su primero y único amor. Si ha amado á otro y lo niega (en razon de que debe ser duro hablar con un esposo que se respeta, de estas galanterias que se teme lo ofendan), se dió ya con esto un mal paso, pues ha empesado la reserva y el disimulo con una ocultacion de la verdad que, aunque se considere inocente y

permitida, puede tener funestas consecuencias. Si ella habla el lenguaje franco de la injenuidad, su corazón quedará tranquilo; pero el marido habrá destruido, con su curiosidad, una de las ilusiones de su dicha, y una parte de sus placeres.

Hai otro punto delicado y sobre el cual no están de acuerdo todos los casados. Algunos han llegado á pensar que, prodigando públicamente á sus esposas las mas tiernas caricias, se granjearian el concepto de los mas excelentes maridos. Pero, esta es una fatal equivocacion. Con tan imprudente conducta no consiguen sino desterrar los placeres del amor, que exigen el manto de un modesto misterio, ofender el pudor de sus esposas, atacar la moral pública hiriendo la decencia, y esponerse á ser cruelmente ridiculizados. Y en verdad, ¿cómo no han de parecer afectadas estas caricias entre dos personas que pueden pasar la mayor parte de su vida en los *asolas* de una sociedad tan íntima y lejitima? El marido que se maneja de esta suerte, se espone á que algun malicioso profiera espresiones atrevidas, provocado por la desenvoltura de una esposa imprudente, y á despertar entre los espectadores inocentes de uno y otro sexo, pasiones y deseos que, empezando por acalorar una imaginacion tierna, concluyen por minar la pureza del corazón.— Se contestará, tal vez, que la imájen de esta felicidad y estos cariños conyugales sirve de estímulo á la juventud para abrazar este estado respetable. ¡Qué error! El público perspicaz no ve la dicha en estas vanas demostraciones de un exajerado amor. Se sabe demasiado que este sentimiento delicado y profundo está acompañado siempre de cierta dosis de celos que obliga á ocultar la propia dicha para sustraerla á la codicia ajena. La mayor parte de los hombres sienten un placer en lucir y ostentar el lujo de sus habitaciones, la elegancia de sus vestidos y la hermosura de sus

caballos; pero, no conozco uno solo, que teniendo un poco de juicio y de amor propio, quisiera hacer á su esposa el objeto de todas las miradas. Por otra parte se puede suponer, sin mucha temeridad, que estas exageradas demostraciones de amor, tan públicas y tan frecuentemente repetidas, no son hijas de un sentimiento tierno, sino de la costumbre; y un hombre atrevido puede sacar de esta observacion consecuencias que espongan la paz doméstica de estos esposos incautos, y que sean poco honrosas á una mujer que sin modestia ni rubor recibe con indiferencia besos y caricias que no le causan placer ni conmueven su corazón.

En el curso ordinario de la vida se presentan muchas ocasiones en que un esposo puede testificar el respeto con que mira á su compañera. Tal es por ejemplo la circunstancia en que se encuentra cuando riñe y corrige á sus criados y dependientes. En estos casos, la mayor parte de los hombres se dejan arrebatados del furor y no pueden desahogarlo sino prorrumpiendo en un torrente de palabras escandalosas, ofensivas y obscenas. La esposa y los tiernos hijos acostumbran sus oídos á este lenguaje indigno que es el que imitan y usan luego en casos semejantes; y los criados y jentes groseras hacen sobre cada palabra del amo comentarios desvergonzados que podrian escandalizar en un cuerpo de guardia. Así es que se destruye la moral, porque este lenguaje obsceno estingue la castidad de los oídos, acostumbra la imaginacion á representarse cuadros impuros, y es cierto que cuando el pudor ha abandonado el pensamiento, está ya muy cercana la corrupcion del corazón.

Creo tambien que es un deber del esposo respetuoso y previsivo apartar á su mujer con tino y sin afectacion de todo espectáculo, sociedad ó concurrencia en donde no se observe la decencia mas estricta.

el mas esmerado recato. Un baile de máscara, por ejemplo, me parece un pasatiempo peligroso, porque favorece la impunidad de los insolentes, dejando á todos el pretesto y la excusa de las equivocaciones. Hai otras muchas reuniones y relaciones que, tal vez, no presentan inconveniente á primera vista; pero un marido debe ser mui cauto, porque el público es mui severo. En fin, no creo recomendar demasiado el respeto que debe un hombre á su compañera. Es un respeto de decencia y honestidad, es el homenaje continuo hecho á la virtud, que se ama y se desea fortificar. No consiste en vanas ceremonias, cortesías y afectados cumplimientos, sino en el hábito de usar siempre con su esposa de todas las reglas de la mas severa decencia, preservando sus ojos, sus oidos, su imaginacion y su corazon de todo aquello de que un padre de familia querria preservar á sus inocentes hijas. En una palabra, este respeto consiste en observar una conducta tal, que inspirando afecto y veneracion en el corazon de su esposa, la obligue á buscar por sí misma esta perfeccion y estas virtudes que deben hacerla digna de su marido, y darle el lugar mas distinguido en el corazon del hombre honrado y estimable á quien la unió el destino.

CAPITULO 2.º

DE TA TOLERANCIA.

Aunque ya he dicho lo suficiente para dar una idea de mis opiniones con respecto al matrimonio, quiero empezar este capítulo advirtiéndole que se vá á tratar de tolerancia de pequeños defectos y de ciertas opiniones, mas no de tolerancia de costumbres y conducta.

Es mui notoria la diversa educacion que reciben los dos sexos, y por consiguiente no debe estrañarse la diferencia enorme que se advierte en sus opiniones ya

sobre cosas esenciales, ya sobre otras que no lo son. Las ideas que se imprimen en la infancia rara vez se borran, y aun pudiera decirse que son indelebles cuando se han fomentado y sostenido en la juventud. Por esto es muy comun encontrar mujeres llenas de errores y preocupaciones, como tambien hombres que califican de preocupacion y error cuanto hai respetable y sagrado. Estos dos extremos son ordinariamente los frutos de la educacion. Mas por ridículas y necias que puedan parecer ciertas ideas de las mujeres jamas deben atacarse abiertamente y de una manera fuerte y decisiva. Si una madre, por ejemplo, juzga que su hijo enfermo no recobrará la salud hasta que haya ardido cuatro ceras delante de la imájen de su santo favorito, ¿á qué fin negarle el consuelo de encenderlas y alarmar su piedad oponiéndose á este inocente acto de devocion? Si una jóven piensa que disipa una tempestad quemando algunas hojas de ramabendito, ¿qué mal se sigue de esta simple práctica de la ignorancia, que ántes bien puede producir el saludable efecto de calmar un terror pueril con la persuacion de haber hallado el mejor remedio contra el rayo? Los errores producidos por una piedad poco ilustrada, no son jamas perniciosos á una mujer con tal de que no lleguen hasta la ceguedad de un fanatismo intolerante y supersticioso. Los sentimientos relijiosos dulcifican el carácter y predisponen á la virtud, y el delito entra con dificultad en una alma que se contempla siempre en presencia de su Dios. La devocion es tan necesaria á una mujer como el agua á los peces y el aire á las aves, porque en ella toda es esperanza y consuelos, y nadie necesita mas de estos apoyos que una mujer casada y madre de familia.

Un esposo prudente no debe irritarse al saber que su crédula compañera teme emprender un viaje en cierto dia, porque lo cree infausto y de mal agüero.

Es verdad que estas ideas mezquinas y pueriles traen algunos inconvenientes; pero es necesario soportarlas y aun respetarlas hasta cierto punto. El tiempo, la dulzura, la razon y los conocimientos que un hombre debe tratar de comunicar á su esposa, disiparán poco á poco estas preocupaciones. El marido sensato acostumbrará facilmente á su mujer á mirar una tempestad en su verdadero punto de vista; la enseñará á oír, sin aterrarse, el estallido del rayo; le manifestará las ventajas que estas conmociones producen en la atmósfera, le hará observar las bellezas imponentes que despliegan á nuestros ojos estos magníficos espectáculos de la naturaleza que tan elocuentemente publican el poder y la gloria del Criador. La persuadirá con facilidad de que no hai dias aciagos, supuesto que el bien y el mal suceden en cualquier dia y hora de la vida. La convencerá de que no hai alimentos que contengan hechizos maléficos, haciéndola comprender que la costumbre, y la organizacion particular de cada individuo son las que determinan (ayudadas y combinadas con otras causas naturales) los alimentos que pueden ser saludables ó nocivos, y que la salud se conserva con la temperancia y la frugalidad, y no con privaciones emanadas del temor de las hechicerias y de otras preocupaciones vanas y aterradoras. En fin, no hai error que un hombre prudente no pueda arrancar del cerebro de una mujer de quien se haya hecho amar, con tal que emplee para ello paciencia y moderacion.

Pero ¡ desgraciado de aquel que quiera rasgar de un golpe el velo de las preocupaciones, mudar en un dia los hábitos de una vida entera, y emplear la autoridad en vez de la persuacion y el convencimiento !

La misma tolerancia debe estenderse á las opiniones sobre política, medicina, diversiones &c. &c. cuando de ellas no deduzcan las mujeres algun principio

peligroso contra la moral ó contra sus deberes especiales. Enseñándolas á pensar, se logra rectificar sus ideas.

La lijereza irreflexiva que caracteriza al sexo, las extravía muchas veces; mas cuando el corazon no está pervertido, el entendimiento admite la instruccion y se presta con facilidad á recibir impresiones saludables. Las mujeres por lo comun aman sus opiniones por debilidad y sin tomarse el trabajo de ecsaminar sus fundamentos; tienen cierta vanidad en decir: “yo opino, yo pienso, yo estoi convencida de esto ó de aquello.” De aquí nace su encaprichamiento y aun su entusiasmo por seguir opiniones perjudiciales ó ridículas. Aun entre las personas bien educadas se nota una obstinacion invencible cuando se quiere usar de la fuerza para obligarlas á abandonar ideas que siempre les habian parecido justas. Muchas veces se hallan mujeres que confunden el dogma, la hermosa relijion cristiana y la piedad, con prácticas mezquins inventadas por el fanatismo, y con creencias supersticiosas; no porque su talento y capacidad las haga incapaces de recibir mayores luces, sino porque así las enseñaron desde su infancia, y porque habiéndose convenido tácitamente en hacerlas esclavas, era necesario empezar por embrutecerlas. En los asuntos políticos ellas padecen tambien graves equivocaciones: mezclan confusamente el gobierno, la patria y los intereses de la sociedad con sus antipatias individuales, con sus afecciones y negocios personales. Si se ecsaminan á fondo sus opiniones, se hallará que en gran parte son hijas de un entusiasmo momentáneo, y que aunque las mujeres sean capaces de los mas heróicos sacrificios en favor de su patria, del gobierno ó del partido á que pertenecen sus padres, esposos, parientes ó amigos, no son sin embargo mui susceptibles de profundizar los principios políticos, de comparar las ventajas de diversas instituciones aplicadas á su país,

ni de prestar una atención seria y continuada al examen que los hombres hacen de las graves cuestiones en que se cifra el interes del Estado. Un discurso elocuente las seduce, una catástrofe pública las conmueve, una persecucion ejercida contra el objeto que aman las hace heróinas; empero, jeneralmente hablando ellas no meditan con madurez y por consiguiente están sujetas á errores, parcialidades y caprichos. Un hombre juicioso debe sufrir estos desvios de la razon, sin fatigarse por destruirlos de un golpe, supuesto que su esposa jamas estará encargada de los negocios públicos. Basta que ella lo ame, para que él esté seguro de que sacrificará hasta su vida por defenderlo y servirle, y que jamas lo venderá á sus enemigos.

Tienen las mujeres otros caprichos en favor de ciertos remedios, ó contra determinadas razas de hombres, ó contra tales y cuales diversiones. Mas, todo esto importa poco con tal que no se dé á estas ideas una estension capaz de pervertir el corazon ó de alterar los principios morales y relijiosos. ¿Qué le importa á un hombre que su mujer piense que el romero es un antídoto universal contra todas las enfermedades, si cuando él ó sus hijos están malos ella oye y ejecuta con puntualidad las prescripciones del médico? Por qué se irritará de que ella sospeche que los indios ó los negros pertenecen á una raza procripta, si al propio tiempo la ve tratar con igual benevolencia á todos sus domésticos sean del color que fueren? Y qué perjuicio le resulta de que su esposa prefiera los insulsos títeres á las mas sublimes tragedias, si ella renuncia con gusto ambas diversiones cuando lo ecsijen así sus deberes?

La verdadera piedad, el patriotismo ilustrado, el acierto y el buen gusto no pueden ni deben ordenarse, sino enseñarse con paciencia, constancia y buenos modos. No hai violencia mas cruel que aquella

que se trata de ejercer sobre nuestra parte moral é intelectual, y el hombre imprudente que quiera por la fuerza hacer de su mujer una profunda política, ó una consumada filósofa, debe estar segura de que ella lo engaña por temor ó por malicia fingiendo obedecerle, y en su primera desavenencia, en el mas lijero contratiempo abandonará estos principios prestados para abrazar con nuevo ardor sus antiguas opiniones. El primer sujeto artificioso, hombre ó mujer que aparente contemporizar con sus ideas, será su Mentor y consejero, y habrá adquirido mas ascendiente sobre su espíritu que el esposo mas sabio é instruido á quien ella no dejará de mirar como el tirano de su conciencia.

De todo lo dicho deduzco, que nunca debe perderse de vista el principio de la tolerancia; mas, repito que esta no debe estenderse á las cosas que son conocida-mente perjudiciales y que atacan la paz doméstica y los derechos de un marido. Por ejemplo, jamas es excesiva la vijilancia sobre las amistades. Una amiga perversa causa mas daños que la ignorancia mas crasa, y que todos los errores políticos; y este es un punto sobre el cual debe un marido ejercer toda su autoridad. En otra parte hablaré mas detenidamente sobre este asunto; mas, advirtiéndome aqui tambien que la absoluta y rigorosa incomunicacion á que quieren reducir los hombres á sus mujeres, es otro extremo que produce males igualmente funestos, sobre todo cuando el marido no es bastante amable é indulgente para hacerla olvidar con su compañía que se halla casi prisionera. De resto puede decirse que una mujer será todo lo que su marido quiera que sea, si él sabe inspirarla confianza y enseñarla á pensar y á discurrir. Mas si empieza por burlarse de sus agüeros, su mal gusto y sus errores, ella se avergonzará, y sin tomarse el trabajo de pedirle que rectifique sus ideas, se aplicará á ocultarlas, y buscando confidentes que piensen á

su modo, se arraigarán mas estas desacertadas opiniones. Cuando yo he dicho mas arriba que las mujeres piensan poco en las cosas graves, y son poco susceptibles de prestar una atencion continuada á los negocios sérios, no he querido suponer con esto que no sean capaces de comprender los sanos principios y de abandonar el error para admitir la verdad. Mi intencion es hacer ver que una educacion descuidada y la natural vivacidad del sexo las conducen á errores, y que su sensibilidad no permite que se use de autoridad para obligarlas á mudar de opiniones; cuando por el contrario, dóciles y amantes por naturaleza, ceden á la dulzura con increíble facilidad. Si el hombre es indulgente y tolera; si se presta á descurrir amigablemente con su esposa; si suprime las ironias y las burlas que tanto hieren el amor propio, ella se corregirá sin duda y amará cada dia mas al hombre prudente que supo persuadirla perfeccionando su razon. Ella creerá deber casi á su propia intelijencia las luces que adquirió por convencimiento, y no se avergonzará de confesar sus antiguas equivocaciones cuando vea que es un amigo y no un déspota el que se las ha hecho conocer. A todos nos lisonjea que se cuente para algo con nuestra razon y entendimiento, aun cuando sea para convencernos de que estabamos en crasos errores. Pero no conozco aun la persona que abandone con gusto y de buena fe sus opiniones solo porque un superior le haya dicho: "tú eres un idiota, un estúpido, y no debes pensar esto sino aquello." Semejante lenguaje ofende, porque nos hace sentir nuestra dependencia y nuestra ignorancia, y nos humilla manifestando el desprecio con que se miran nuestras opiniones y capacidad.

Esposos que deseais la paz doméstica, el amor y la confianza de vuestras mujeres, ya os repito que seais indulgentes con la inesperienza y la ignorancia. Ha-

ceos amar, porque el corazón sensible y tierno de una mujer se deja gobernar fácilmente con el cariño. Ocultad algún tanto la superioridad que os dan las convenciones sociales, y la que pueda haberos dispensado la naturaleza para elevar á vuestras compañeras sin ultrajarlas ni ofender su delicadeza. Finalmente, persuadid y no pretendais nunca dominar el entendimiento.

CAPITULO 3.º

BUEN EJEMPLO.

Los hombres solteros se creen casi siempre dispensados de ser virtuosos. Fundan su reputacion en adquirir algunos superficiales conocimientos, en ser cortes y galantes, algunas ocasiones valientes y tal vez puntuales en pagar sus deudas. Por lo demas se inquietan poco. Con tal de que gocen de cierta aceptación de corrillo y de alguna fama por sus riquezas y por sus buenas fortunas amorosas, les es indiferente la práctica ú olvido de las virtudes. La intemperancia, el orgullo, la holgazaneria, el juego, la impiedad, el desprecio de los ancianos, la insensibilidad y el mas desenfrenado libertinaje, son vicios considerados por ellos como pasatiempos de mozos, como desahogos de la juventud, y como vivezas de una edad en que todo es en su concepto permitido y digno de aplauso, ó por lo menos de excusa y pronto perdon. Es un *tunante*, es un *calavera*, dice riendose un padre de familia, al mismo tiempo que refiere un rasgo atroz de perversidad en que su hijo ha hecho el principal papel. Se cuenta en una sociedad maldiciente la escandalosa seducción de alguna jóven que ha sido cubierta de ignominia, y una madre imprudente no se averguenza de decir que esta *travesura* fué obra de su querido hijo. Así es como respetables jefes de familia y el público entero autorizan la conducta desahogada y disoluta de nuestra loca juventud, y lejos

de perseguir con el castigo ó por lo menos con el desprecio á estos desvergonzados é incorregibles criminales, se les prodigan aplausos y consideraciones, y un jóven no se cuenta en el número de los de *buen tono* si no gasta la mayor parte de su vida en adquirir esta celebridad de corrillo buscando aventuras escandalosas y recorriendo todos los caminos reprobados del vicio. Se necesita una revolucion total en las costumbres para enmendar este funesto error en que vivimos.

No me seria difícil hacer el retrato fiel de nuestra escojida sociedad, y de lo que se llama comunmente juventud lucida y de esperanzas, ni imposible dar algunos consejos útiles á los jóvenes de mi país, entre los cuales cuento muchos que me son queridos; pero no es mi intencion hacer un tratado de moral, sino únicamente, como ya he dicho, hablar algo sobre los principales deberes de los casados.

Todo hombre sea de la edad, estado y condicion que fuere, está obligado á ser virtuoso, y á cumplir esactamente con las obligaciones que le impone la sociedad de que es miembro. Empero, esta obligacion es mas estrecha desde el instante en que ligandose con el vínculo del matrimonio se hace jefe de una familia, se pone en situacion de dar á su patria herederos lejitimos de su nombre y de su fortuna. Este nuevo estado le impone entre otros el deber de dar buenos ejemplos á su esposa y familia, y parece difícil que un jóven acostumbrado á vivir sin freno ni moral, pueda mudar sus hábitos de un momento á otro. Sin embargo, entraré en materia para que se comprendan mis ideas.

Ya he dicho mas arriba las trabas que impone á un marido el respeto que debe á la compañera que elijió para pasar con ella la vida. Mas, no es solamente á estos procederes de atencion á los que está obligado, sino que de todas maneras y en todas las

situaciones en que pueda encontrarse está precisado á darla buen ejemplo y á presentarle en su propia conducta el modelo que ella debe seguir. Manifestaré primero los efectos perniciosos de la mala conducta de un jefe de familia, ya con relacion á esta, ya con respecto á sí mismo; y despues procuraré dar una idea de las ventajas que á él le resultan de dar á todos un ejemplo virtuoso, y mui particularmente á su esposa.

Aunque es un error de los mas perjudiciales el creer que las faltas ajenas autoricen las nuestras, es sin embargo demasiado jeneral, para no enumerarlo entre los inconvenientes que trae consigo la mala conducta. Cuando un padre de familia se deja arrastrar por los vicios que lo dominan hace una herida profunda á la moral pública, dá materia a las inagotables conversaciones de la maledicencia, corrompe á la juventud con su mal ejemplo, ultraja los respetables títulos de esposo y padre, relaja el órden que debia reinar en su casa, y finalmente, no puede ocuparse en dar una educacion arreglada y juiciosa á su familia, porque aun cuando sus lecciones sean sabias, el espectáculo de sus acciones desacertadas destruirá el efecto de sus palabras. Por consiguiente, sus hijos serán mal criados y peor inclinados, y el Estado no habrá adquirido con ellos ciudadanos útiles, sino unos seres pervertidos propagadores de los vicios heredados de sus padres. Por otro lado, una mujer que es compadecida, jeneral y públicamente, por estar unida á un hombre indigno, se acostumbrará á mirarlo como un obstáculo que se opone á su felicidad, pensará que ella vale mas en proporcion que él vale ménos, y tal vez prastará oidos á un seductor que con máscara de amigo le pondera las cualidades que la adornan, compadecese su desgracia, le refiere astutamente nuevos extravios de su esposo, y hace con artificio la pintura de la diversa conducta que él observaria si por fortuna encon-

trase una mujer semejante á ella. Estos discursos no son siempre perdidos. La vanidad ofuzca la razon, se pasa de las quejas al odio hácia aquel que causa las penas, y de aqui á la infidelidad no hai mucha distancia. Probablemente se estravia una mujer hasta admitir el indigno pensamiento de que le es permitido faltarle una vez á un esposo que le ha faltado ciento, y al convertir el crimen en indemnizacion se da origen á todos los males que trae consigo la mala conducta de los casados, y su desórden y desunion arranca por muchas jeneraciones la paz, la reputacion y la dicha á las familias.

Mas, aun suponiendo que no se llegue á este doloroso extremo, es cierto que los hijos enseñados á oír hablar mal de su padre, sabedores de sus desórdenes, y cómplices muchas veces de sus faltas, le pierden el respeto, hablan de él con desprecio, desdeñan las instrucciones que alguna vez intenta darles, y lo abruma de pesares con su insubordinacion y atrevimiento. ¿Y habrá suerte mas digna de lástima que la de un padre que se ve vilipendiado y ultrajado por sus propios hijos? ¿Cual será el consuelo de un hombre aflijido por alguna desgracia pública ó privada si no halla en su esposa el amor, el respeto, la estimacion y la amistad que solo se obtienen por medio de las virtudes y los buenos procederes? Un disipado jugador no tiene derecho para reprender á su esposa por su poca economía doméstica, ni es soportable que un descarado libertino que continuamente descuida los sagrados deberes de jefe de familia reconvenga agriamente á su mujer porque gusta de espectáculos, saraos y diversiones. ¿Cómo podrá usar del freno de la relijion, ni compeler á su familia á someterse á los austeros deberes del cristianismo aquel que hace profesion del ateismo mas escandaloso, y que no deja pasar coyuntura en que pueda proferir alguna

blasfemia ó alguna burla insulsa contra la santa religion de nuestros mayores? ¿Y podrá dar con provecho lecciones de templanza el que sin rubor se presenta delante de su familia en el vergonzoso desorden producido por la embriaguez? Con qué derecho se quejará un marido de que su mujer es áspera y altanera, si con su jenio atrabiliario, sus injusticias y habitual mal humor ha agriado su carácter y la ha convertido en un ser fastidiado y descontentadizo? ¿Cómo pretende encontrar la paz en su casa el que nunca se presenta en ella sino como un tigre rabioso ó un desapiadado censor? ¿Y será posible que reinen la alegría y la confianza en el triste asilo de un despota orgulloso á quien ofende y desagrada hasta el aire que respira? No, no: debemos persuadirnos que la mejor y mas fructuosa instruccion se dá con el ejemplo y que los inferiores no aprenderán á marchar para adelante mientras los superiores anden constantemente para atras.

Esposos demasiado irreflexivos, pensad que no es justo ecsijir la perfeccion de vuestras esposas, sin tomaros la pena de domar un poco vuestras pasiones y corregir vuestros defectos, á fin de que vosotros mismos podais ser sus guias en la senda del bien que deben seguir. Vosotros habeis sido colocados por la naturaleza en un puesto mui distinguido en que debeis ser los apoyos y conductores de un sexo débil y tímido; y si no llenais tan respetable mision, si en vez de ilustrarlo con vuestro ejemplo os contentais con tiranizarlo abusando de vuestra autoridad y dominio; preparaos á sufrir males incalculables y á dejar por herencia á vuestros hijos lágrimas, vergüenza y deshonor.

Mas, veamos ahora el reverso del cuadro y observemos las ventajas y felicidad que se proporciona el hombre virtuoso que ha sabido dar buen ejemplo á su familia y particularmente á su compañera. Antes de entrar en este ecsámen, conviene advertir que no todos

los hombres que se portan mal son aborrecidos y despreciados por sus familias, porque me consta que el buen carácter y virtudes de algunas mujeres ha evitado á sus maridos el sufrir los perjuicios que merecian por sus vicios y perversidad; ni es infalible tampoco que haya de ser feliz y lograr la paz doméstica el que proceda con arreglo y cordura, pues hai por desgracia mujeres malvadas, que son incorregibles á pesar de las nobles y eccelentes prendas que adornan á sus esposos. No obstante, como es cierto que las escepciones no destruyen una regla jeneral, haré mis observaciones sobre las ventajas que resultan de los buenos procedimientos al que los practica, partiendo del principio que es considerado como el fundamento de la moral, á saber: "no hagas á otro lo que no quisieras que hiciesen contigo."

Si un hombre sensato ha tenido la desgracia de unirse á una loca llena de vanidad y de caprichos, acostumbrada á todas las estravagancias del lujo y de la moda, y ansiosa de concurrir á todas las diversiones de que tiene noticia; en vez de entregarse él tambien á la vida disipada aumentando así el desorden y el escándalo, logrará corregir á su esposa haciéndola observar de una manera clara pero amistosa el desprecio y la crítica que recae sobre la mujer que se deja ver frecuentemente en público. Fácil le es tambien proporcionarle alguna distraccion, alguna lectura agradable que la mantenga en su casa, y si él mismo le hace compañía con un aire festivo y amable, ella se convencerá por la esperiencia de que la propia casa no es una mansion insufrible. Con este método he visto corregida mas de una jóven holgazana y disipada. No debe inferirse de aquí que yo aconsejo á un hombre que viva encerrado en su casa cuidando del arreglo interior como una ama de gobierno, pues sé demasiado que sus ocupaciones son diversas y que los deberes de

padre de familia y de ciudadano lo llaman fuera y le prescriben una vida activa que lo separa frecuentemente del asilo doméstico. Pero desearia que un hombre prudente, diese, hasta donde sea posible, este ejemplo de retiro y de gusto por su casa, sobre todo en los primeros dias de su matrimonio; tanto porque es la época de cortar de raiz muchos males y de entablar cierto orden usando del ascendiente que le dá el amor, como por que ejecutadas las primeras lecciones, se marcha despues sin pena. Las mujeres se avienen fácilmente á vivir retiradas con tal que nõ estén mui viciadas á la disipacion ó que algun motivo grave no les haga odiosa su casa i las precise á huir de ella.

De resto, no temo decir francamente mi pensamiento. Mientras los negocios no llamen á un hombre fuera de su casa debe permanecer en ella, no riñendo y oprimiendo á su familia sino instruyendola con bondad, procurándole placeres inocentes y gozando él mismo del recreo dulce y honroso de una sociedad de familia en que reinen la alegría y la verdadera confianza que él mismo habrá sabido inspirar.

Para contener el lujo y los gastos superfluos con que una mujer arruina á su marido, este dará el ejemplo de la moderacion en sus vestidos y muebles, y cuidará de conducirla algunas veces á presenciar la horrible y afflictiva miseria que abrumba á la clase mas numerosa de la sociedad, cuyo espectáculo será una leccion provechosa, porque las mujeres por lo comun son compasivas y sensibles. Correjará la inclinacion á la maledicencia haciendo siempre el elogio de la virtud contraria, y no siendo jamas el portador de anécdotas escandalosas con que se manchan tan frecuentemente los oidos de una jóven, acostumbriéndola así á esa crueldad encarnizada contra la reputacion ajena que por desgracia es tan comun entre los hombres y tan del gusto de las mujeres mal educadas. En fin, no hai virtud de que

un hombre no pueda dar el ejemplo y no hai ejemplo mas fácil de seguir que el que se recibe de una persona amada i respetada. Se sabe que fuera de mui pocas escepciones las mujeres son dóciles i gustan de pensar como sus maridos. Ellos son sus oráculos y las ideas y opiniones que manifiestan son jeneralmente recibidas con deferencia por sus compañeras, quienes casi nunca se toman el trabajo de ecsaminar á fondo sus razones. Por consiguiente, á los maridos les es fácil encaminarlas al bien y convertir en ventaja comun esta ciega complacencia que les dá un ascendiente tan seguro y ordinariamente tan mal empleado.

Cuando un hombre ha logrado corregir los defectos de su esposa ¡cuanta felicidad le espera en sus pacíficos hogares! El buen orden, la paz, la confianza y la alegría reinarán en su casa. Sus hijos serán obedientes y amantes porque observarán que sus padres siempre en buena intelijencia proceden de acuerdo en todo. Sus criados serán mas sumisos y arreglados porque no tendrán vicios que echar en rostro á sus amos. Su esposa será fiel, vijilante i cariñosa, porque no abriga resentimientos y quejas en el fondo de su corazon, y porque sabe que sus buenas acciones serán notadas y recompensadas con amor y buenos procederes. Sus amigos lo serán con sinceridad, porque sus relaciones no estarán fundadas en la complicidad de los desórdenes; ni en la necia prodigalidad, ni en la criminal esperanza de seducir á una esposa aburrida y á unas hijas mal educadas, aprovechando para esto la discordia de los jefes de familia. En fin, será mas respetado en la sociedad entera porque habrá contribuido á mejorarla, y logrados estos resultados importan mui poco las burlas de los perversos.

CAPITULO 4.º

DE LA LIBERALIDAD.

De intento he omitido hablar de la obligacion que tiene

un hombre de dar la subsistencia á su mujer y á sus hijos mientras llegan á estar estos en situacion de proveer á ella por sí mismos; porque este deber es tan conocido é imperioso, que ninguno puede dispensarse de él voluntariamente sin hacerse digno del mas justo castigo, que lo es el desprecio público y el desafecto de su familia. Se entiende desde luego, que no hablo aquí de un caso extraordinario como una proscripcion ó una grave enfermedad que ponga á un hombre en imposibilidad de cumplir con estos deberes. Las excepciones no deben mudar nunca una regla jeneral.

El hombre que se resuelve á casarse sabe que tiene la obligacion de vestir y alimentar su familia de una manera correspondiente á su fortuna y al rango que ocupa en la sociedad, y por consiguiente debe consultar mucho sus fuerzas ántes de tomar una carga que acaso podrá parecerle demasiadamente pesada.

Por otra parte, no es regular que quiera esponer á una persona amada al horrible chasco de unir su suerte por toda la vida á la de un mendigo ó un holgazan. Suponiendo, pues, que un hombre ántes de casarse habrá meditado maduramente sobre las obligaciones de esposo y jefe de familia, á las cuales no podrá faltar sin pasar por un loco ó un vil impostor; y que habrá pensado y calculado sobre los medios de subsistencia con que puede contar, voi á tratar únicamente de la liberalidad. Creo que el ejercicio de esta virtud es un deber del marido ácia su mujer y la he enumerado entre los principales, porque una serie continuada de observaciones me ha convencido de que los dos defectos extremos de este medio (la prodigalidad y la avaricia) enajenan el afecto que la mujer debe á su esposo y son la causa real, ó el pretexto de mil quejas, desórdenes y aun de faltas gravísimas.— Me esplicaré. El hombre que relativamente á sus bienes de fortuna es avaro y ruin con su esposa dá lugar

á que ésta haga comparaciones que la persuaden ó la inclinan á creer que es mas feliz la suerte de otras mujeres cuyos esposos se hallan en circunstancias iguales ó inferiores al suyo. Esta idea puede hacer jerminal en su corazon la semilla de la vil envidia, y despertando la codicia, presenta un nuevo flanco á la astuta seduccion. Las mujeres, tal vez por un efecto de educacion, aman los adornos, las galas, los dijes y mil frivolidades, cuyo abuso es perjudicialísimo, y que ciertamente no constituyen ninguna de las primeras necesidades de la vida. Mas, dejándolas caracer absolutamente de aquellas cosas que aunque no estrictamente necesarias podian poseerlas de una manera modesta y conforme á sus comodidades, se abre el campo á la tentacion, y todos sabemos por una multitud de tristes ejemplos que la virtud, débil é irreflexiva, se ha vendido muchas veces al oro.

Se me objetará probablemente, y no sin apariencia de razon, que en este caso jamas está un hombre seguro de conservar fiel y contenta á su mujer; que puede haber siempre un seductor mas rico que el marido, y que siendo la vanidad un defecto que, como todos los otros, crece á medida que se le dá gusto, es imposible poner límites á las exigencias y caprichosos deseos de una mujer, ni fijarlos á la imprudente liberalidad de un marido. Yo replico tres cosas á esta especiosa objecion. La primera, que no hablo sino de liberalidad relativa á los haberes y fortuna de los individuos y al lugar que ocupan en la sociedad, y que son raras las mujeres que no conocen y pesan esta relacion desde las clases mas elevadas hasta las humildes carboneras, sobre lo cual me refiero á la observacion y ecsámen que cada una puede hacer. La 2.^a que en el capítulo anterior manifesté ya el modo como un marido puede contener con su buen ejemplo y sus amistosas advertencias á una mujer dispuesta á

abusar. La 3.^a que en el capítulo 5.^o de la 2.^a parte haré ver los deberes de economía y moderacion que están impuestos á una casada. Si reuniendo los principios diseminados en aquellos capítulos y en todo este ensayo, hai algun marido que finja no entenderme, aseguro desde ahora que se maneja mezquinamente en su casa; y si alguna mujer aparenta creer que yo le aconsejo que contente sin tino ni medida sus vanas y pueriles fantasias, la juzgo demasiado viciada y le ruego encarecidamente que lea con atencion la 2.^a parte de esta obrita. Ahora vuelvo á mi asunto.

Cuando una mujer nota que su marido le dá con escasez su vestido y alimentos, y que no hai proporcion entre las comodidades que le hace gozar y la fortuna que posee, se inclina á pensar, con alguna justicia, que él tiene fuera de su casa obligaciones reservadas que llenar; y este pensamiento despierta la desconfianza y los zelos; ó bien supone que él mantiene vicios, lo cual la avergüenza y entristece; ó que se deja estafar por pretendidos amigos, y esto le inspira enojo y aun desprecio. De cualquiera de estos sentimientos pueden orijinarse gradualmente el fastidio, la antipatía y el odio. Si la mujer nota que su marido es un avaro que gusta de atesorar dinero, privándose en la vida de las comodidades que pudiera disfrutar, lo mirará como un ser degradado é insensible, y jamas podrá concederle su estimacion y respeto. Lejos de esto, llegará tal vez, sino es muy honrada y tímida, hasta el extremo culpable de desear el fin de su esposo para gozar libremente de sus bienes, y en este caso el avaro es responsable hasta cierto punto de aquel deseo criminal que hizo nacer con su indigna conducta. Puede suceder tambien que la mujer intente y consiga sustraer con maña una parte del teroro para ocurrir á los gastos precisos, caso que no carece de muchos ejemplos, y entonces es tambien el

marido culpable de aquella accion villana é indebida, que obligó á ejecutar en fuerza de su estremada ruindad. Mas supongamos que nada de lo dicho suceda, y que la esposa que sufre escaseces á causa de que su marido es mezquino, se contente con salir reservadamente á solicitar suplementos para proveer á los gastos de la mantencion de su familia. Los depositarios de las quejas de esta mujer, los sabedores de sus necesidades, no tienen el mismo interes que ella en callar; el secreto traspira, y entonces ¿cual es la reputacion que adquiere en el público el esposo miserable? un defecto tan ruin y bajo ¿no inspirará por todas partes el mas completo menosprecio? Si la mujer no le pide á nadie, y limita sus gastos á lo muy poco que se la dá, ¿cuantos afanes, privaciones y penas tiene que sufrir por ella y por sus hijos! ¿y evitará el marido que todos observen su conducta, qué la censuren y que la crítica llegue á oidos de sus propios hijos? ¿Y será justo que la familia sufra mil miserias cuando hai los medios para remediarlas? Y por último, ¿cual es el fruto de la avaricia y de la mezquindad? Vive el hombre en perpetuas inquietudes, no goza de ningun bien, y ni lo llorará su familia el dia que deje de ecsistir.

Si por el contrario, dá un hombre en el extremo de la prodigalidad, corrompe la moralidad de los suyos, es la presa de los estafadores y holgazanes, y deja al fin á sus hijos sumidos en la miseria despues de haber vivido esclavo de la fachenda que es inseparable compañera de la prodigalidad. Es evidente que ningun caudal, por cuantioso que sea, basta al prodigo, y no es difícil adivinar que quien gasta mas de lo que gana se arruinará bien pronto. Llegado este caso, no hai medio; ó se vive en una estrechez tanto mas amarga cuanto que no se estaba acostumbrado á ella, ó se contraen deudas y se petardea para man-

tener á costa ajena un brillo que no dá ya la propia fortuna. En el primer caso se espone á oír agrias reconvenciones de su esposa que le reprenderá la dilapidacion de su fortuna, o á ver sufrir á su familia mil penas y privaciones; y puede suceder que si se convierte en deudor y tramposo sea despreciado por su mujer y mirado con aversion y desconfianza por todo el mundo. No es fuera del caso observar que las esposas de los fachendosos y botarates, son ordinariamente infelices, y que se ven á su pesar esclavas de esta vana ostentacion de que los parásitos recojen los frutos, mientras ellas solo logran las espinas. Por último, son infinitos los riesgos á que se espone su tranquilidad doméstica, y muchos los desordenes que ocasiona con su descabellada é imprudente conducta.

El hombre liberal es jeneralmente estimado; su mujer se complace con lo que le da porque sabe que no le cercena nada de lo que le jítimamente le corresponde, y satisfecha con lo que posee, ni envidiará la fortuna ajena, ni mirará con desprecio la propia. He dicho lo que le jítimamente le corresponde, porque tengo el convencimiento de que es un derecho de la esposa gozar de las comodidades y bienestar que son análogos á la fortuna y rango de su esposo.

La vida de una mujer está llena de mortificaciones y trabajos; requiere mucha exactitud, paciencia y vigilancia en el manejo doméstico; son mui penosos los deberes de madre; mui severas y delicadas las obligaciones de esposa, y demasiado desagradable la direccion de criados. Todos estos ramos le imponen una tremenda responsabilidad de que no puede ni debe prescindir jamas. Una mujer, pues, que no está ocupada de los negocios públicos, y que no debe frecuentar los espectáculos y las diversiones, necesita alguna compensacion, y su esposo debe procurarsela tratándola siempre con cariño y consideracion, y no deján-

dola carecer de ninguna de las comodidades que *razonablemente* pueda desear, y que él esté en *situación* de proporcionarle sin incurrir en la censura de las jentes sensatas, y en extremos temerarios é imprudentes. De esta suerte, una mujer juiciosa encontrará grata la mansion de su casa, amará mas á su esposo y se libertará de la burla de muchas personas y de la ofensiva conmisericion de otras. La liberalidad de su marido le inespírará confianza para manifestarle sus necesidades y deseos, y si él reusa complacerla por algun motivo ella se conformará fácilmente con una negativa, que sabe no ha procedido de una vergonzosa mezquindad.

Un hombre no debe esperar que su mujer le manifieste una por una y con un detalle minucioso todas sus necesidades, porque esto es penoso para una persona delicada. Él no ignora que su mujer necesita siempre ropas interiores, vestidos exteriores, y alguna vez tambien un traje algo mas decente y ciertos adornos para concurrir á alguna funcion pública, ó á una reunion notable de familia; y hará mui mal si para dar estas cosas espera á que la interesada se las pida. Todo esto se hace mas apreciable cuando se recibe sin haberlo solicitado. Un pequeño obsequio voluntario en que se manifieste cariño, es mil veces mas grato á los ojos de una mujer juiciosa y sensible que el mas rico traje conseguido á fuerza de instancias é importunidades. Muchas veces he visto que el regalo de una manzana ó de un cartucho de dulces hecho con franqueza y amabilidad ha disipado un disgusto que estaba pronto á estallar de una manera ruidosa. Las mujeres se parecen á los niños en la facilidad con que dejan aplacar sus resentimientos, y nada las desarma tan pronto como ver en sus esposos un carácter franco y obsequioso con ellas. Estas pequeñeces influyen mas de lo que se piensa en la felicidad de la vida privada. No es el valor de un regalo lo que agrada á

una mujer, es la certeza de que al destinárselo se pensó en ella y se tuvo intención de complacerla. Puede decirse en jeneral que las mujeres perdonan con facilidad las ofensas graves; pero, casi nunca se conforman con el olvido que parece hijo del desprecio. Así es que un marido puede estar seguro de la indulgencia de su mujer como le manifieste constantemente estos recuerdos obligantes que tanto cautivan el corazón sensible. Con ellos le muestra que no la ha olvidado, y esta idea siempre es dulce y lisonjera para una esposa tierna y amante.

Mas, continuemos el ecsamen de un deber al cual he dado tanta importancia. Cuando se tienen hijos no debe esperar un hombre que su mujer le indique siempre cuanto ellos necesitan. Ya he dicho que el pedir es trabajoso sobre todo cuando se sabe que la persona á quien pedimos ha sufrido las mismas necesidades que tratamos de remediar, porque en este caso no puede alegar la ignorancia como excusa de su descuido y desidia. Dejará de comprar una saraza, una sinta ú otra cosa semejante por que no supo el color conveniente, ó porque dudó si su gusto sobre estos objetos seria del agrado de aquellos á quienes los destinaba. Mas, ¿qué podrá alegar para no dar camisas á sus hijos? Supuesto que él ha pasado por la infancia, fácil le será recordar las cosas indispensables que entonces le daban; y si es que tuvo la desgracia de carecer de ellas, sabe ya por experiencia propia que es muy penosa esta privacion. Por otra parte, la cualidad de padre debe darle prevision, y es bochornoso para un hombre que sus hijos no hayan recibido de sus manos sino aquello que su madre solicitó.

Una esposa mal vestida, unos hijos sucios y tristes en cuyos semblantes se trasluce la necesidad, unos criados hambrientos y una despensa desprovista (si estos males no nacen de los defectos de la mujer, de que hablaré despues) dan mala idea del jefe de la fami-

lia, y anuncian un hombre indolente, siempre que se sepa que él posee los medios para remediarlo todo. El aire de escasez en tales circunstancias no inspira piedad sino desprecio. Mas, cuando la familia manifiesta que vive en la abundancia de las cosas necesarias, y que su padre solícito y cuidadoso provee á todo lo preciso en una proporcion relativa á sus medios, se siente naturalmente el respeto y la estimacion que nos inspira este hombre, y se contempla con placer al padre de familia en toda la dignidad de su estado.

Por último, yo creo que un hombre ruin y mezquino hace el tormento de su familia y de sí mismo; que quien da de mala gana no tiene derecho á la gratitud del que recibe; y que la liberalidad es una de las bases en que estriba la harmonia que debe reinar entre los casados, porque está íntimamente ligada con la confianza que un hombre debe tener de su esposa. Este será el asunto del siguiente capítulo.

CAPITULO 5.º

DE LA CONFIANZA Y AMABILIDAD, O SI SE QUIERE DE LOS BUENOS MODOS.

Quando un hombre se casa, debe considerar á su mujer como una parte de sí mismo, porque así lo exige la naturaleza de esta union, así se lo manda la relijion, esto inspira el corazon y esto le aconseja su propio interes. Es justo, pues, que la que va á ser compañera de toda su vida, sea tambien su amiga, su consoladora, y su apoyo y consejero en mil diversas circunstancias. Debe asociarla á sus negocios, partir con ella sus placeres y sus penas, comunicarle sus proyectos y contar con su beneplácito para todo aquello que está relacionado con el órden doméstico y la felicidad de la familia.

No conozco mujer ninguna que no sea capaz de abrazar con zelo, fidelidad y constancia los intereses

de su marido, y siendo esto así, del hombre depende hacer de ella una amiga útil, activa y vijilante. Cuando un hombre proyecta abrazar tal o cual partido, emprender esta ó aquella especulacion, asociarse á cierto establecimiento, dar tal jiro á sus negocios ó tal educacion á sus hijos, ¿porqué no ha de confiar y discutir estos puntos con la única persona que estará siempre interesada en su felicidad?

Por otra parte, las mujeres jeneralmente hablando, tienen una imaginacion viva, un corazon sensible y una perspicacia fina, y estas cualidades suplen muchas veces por la instruccion y la esperiencia, y las ponen en aptitud de dar un consejo útil y de descubrir á la primera ojeada en los negocios, ventajas ó inconvenientes que muchas veces se escapan á los hombres, apesar de su reflexiva prudencia. ¡Cuántas veces se ha visto que el parecer repentino de una mujer ha salvado de su ruina á una ciudad, la muerte á su esposo, y de la proscripcion á un pueblo entero! Hai casos en que las inspiraciones del corazon tienen mejor éxito que las meditaciones de la cabeza mejor organizada. En las circunstancias dificiles una mujer no desmaya jamas; encuentra recursos donde el hombre no los hallaba; discurre arbitrios para burlar á un enemigo; usa con una admirable paciencia de los pequeños medios que su esposo desdeñaria; es vijilante, activa, tierna y arrostra con frecuencia hasta la misma muerte por servir á aquel que posee su amor. ¿Y será justo ó prudente despreciar la opinion de un ser dotado de tan bellas cualidades? Se me dirá que estas no se desarrollan sino en los casos de catástrofes públicas, y que solo en las épocas de terror y proscripciones se encuentra la heroicidad en las mujeres. Yo respondo sin vacilar que esta observacion es inesacta y aun injusta. En las grandes calamidades políticas y en las pequeñas desgracias particulares las mujeres gustan

de ejercitar su paciencia, de prodigar officiosos cuidados y de sufrir por los objetos queridos, porque en esto se halla el triunfo del amor, y el corazon de una mujer es todo sensibilidad, ternura, consagracion y entusiasmo. Por otra parte, el amor propio obra tambien de una manera poderosa, porque nada lisonjea tanto á una mujer como verse asociada a los negocios de su esposo, saber que este solicita su aprobacion, conocer que su opinion se aprecia y sentir que el amor le da ascendiente sobre las resoluciones que toma un ser respetado en quien ella reconoce la superioridad física y moral. Ademas de esto, como ningun hombre puede contar con certeza con que jamas será envuelto en los trastornos políticos, es bueno y justo que desde temprano se acostumbre á contar por algo la capacidad de su esposa, y á buscar la aprobacion de aquella dulce compañera que, en caso de una desgracia imprevista será su consuelo, su consejo, y tal vez su salvador. Tambien podrá objetarse para combatir esta confianza (que yo llamo indispensable) que muchas han traicionado á sus esposos, y aun tal vez han abreviado el curso de sus dias, á fin de libertarse de un yugo que les parecia mui pesado, ó para satisfacer alguna pasion criminal. En respuesta no haré sino decir que las escepciones no destruyen una regla jeneral; que no son muchas sino pocas las mujeres que se arrojan á tamaños excesos; y añado, sin temor de equivocarme, que aun en los matrimonios desavenidos, se observa que la mujer toma siempre el partido de su esposo cuando hai una persecucion, un peligro ó una simple crítica contra él, y que de la conducta que éste observe desde el dia de su matrimonio depende ordinariamente el grado de consagracion y zelo que le dedica su esposa. Lo repito con una íntima conviccion: cuanto mayor sea el mérito del marido tanto mas lisonjeará su confianza á su mujer.

No pretendo por esto establecer como principio, que un hombre deba conceder á su compañera una confianza absoluta é ilimitada, ni que siga siempre los consejos que ella le dé. Tales ideas serian absurdas, y su admision con esta latitud causaria perjuicios irremediabiles.

La posicion del hombre en la sociedad, sus deberes ácia el Estado, y su participacion de los negocios públicos, lo ponen en el caso de tener mil secretos que nunca deben confiarse á una mujer, porque su imprevision y credulidad podrian ponerla en peligro de revelarlos, y los perversos le tenderian mil lazos embarazosos para arrancarle confianzas importantes, que podrian comprometer la salud de la patria. La vanidad, por ejemplo, seria un escollo en que podria estrellarse fácilmente toda la reserva y discrecion femenina. No sucede lo mismo con los secretos y negocios personales de un hombre, porque están íntimamente relacionados con ella misma, y aquí la vanidad se interesa mas bien en callarlos, al paso que el amor ordena no descubrirlos.

Mas, los asuntos de grande trascendencia deben estar fuera del alcance del comun de las mujeres, porque su carácter, su educacion y sus hábitos no las hacen á propósito para participar de aquellos negocios en que estriba la prosperidad ó la ruina de las naciones. Por otra parte, ¿qué pierden ellas con esta exclusion? Los manejos de la política, tan ponderada en este siglo, no son ciertamente mui honrosos al corazon humano. Los seres amantes y sensibles deben felicitarse porque no participan de los secretos de los gobiernos, porque estos, como dice Raynal, han nacido de los vicios de la sociedad, y este es un vergonzoso oríjen. Sí, mujeres sensibles y compasivas, renunciad sin pena la satisfaccion que pudiera causaros alguna vez el contribuir al poco bien que los gobiernos hacen á los pueblos, por tal de no ser frecuentemente cómplices de los

rigores con que los esclavizan, y de la maldad atroz con que los engañan y oprimen.

Tampoco opino que el parecer de una mujer deba seguirse ciegamente en todos los casos, porque jamas he creído que, según el orden natural de las cosas, pudiese ser infalible ningun individuo de la especie humana. Al hombre toca oír las opiniones y consejos de su esposa, meditarlos, comparar sus resultados posibles y adoptarlos ó rechazarlos, según los encuentre útiles ó nocivos. Discutiendo amigablemente con ella sobre sus propias opiniones la enseña á examinar con calma sus ideas, y á someter su ecsaltada imaginacion á las determinaciones refleccivas de la prudencia.

Conozco muchos maridos que entran en especulaciones arriesgadas, sin haberse dignado decir á sus esposas cual es el jiro que han dado á un caudal que á veces es solamente el dote ó la herencia de estas. Y ¿sera justo ni prudente desoir el parecer de una esposa en un asunto en que ella y sus hijos participarán por mitad, á lo menos, de los riesgos y pérdidas? Por otra parte, ningun mortal tiene seguro tal número de dias, y no parece conveniente ni honrado que haya colocado sus intereses sin participacion y noticia de su mujer, esponiéndola á quedar en la miseria el dia que él fallezca, y ofreciendo á los malvados una ocasion de engrosar impunemente su caudal con los bienes del huérfano y la viuda. ¡Cuántas familias que pasaban por opulentas, se ven sumerjidas en la mas espantosa pobreza pocos años despues de la muerte de su jefe! Esto se atribuye por lo comun á la impericia y despilfarro de la viuda, y mas bien deberia culparse la desconfianza y desprecio del marido, que jamas quiso instrirla de sus negocios, ni ponerla al corriente de sus proyectos y especulaciones, dejando así un caos en sus intereses que serán luego saqueados por viles y avaros albaceas y por cuantos perversos pueden injerirse en ellos.

No es menos peligrosa la reserva con relacion a los hijos. Si no hai acuerdo y harmonia en este importante punto se orijinan rencillas y disputas que relajan la sociedad conyugal, desmoralizan la familia y causan la ruina de estos hijos que habrian sido felices si sus padres hubieran estado unidos.

Se acostumbra ordinariamente resolver desde que un niño está en la cuna el estudio que debe emprender y la profesion que ha de abrazar, sin consultar para nada con los dotes de la naturaleza, y sin saber si tendrá capacidad para aquello á que quiere dedicársele. De aquí resulta que hormiguan en la sociedad tantos charlatanes con el nombre de médicos, tantos abogados sin probidad ni conciencia, tantos militares cobardes, tantos sacerdotes ignorantes y viciosos. Hablo solo de estas cuatro carreras, porque son aquellas á que regularmente se destina á los hombres de alguna comodidad, sin pensar jamas en las ciencias esactas, ni en las artes liberales y mecánicas, como si un ingeniero, un pintor, un músico, un maquinista y un agricultor, no pudieran ser en sus respectivas profesiones tan célebres y útiles como cualquiera otro de los que se distinguen en el foro, el sacerdocio, la medicina ó la milicia. Pero, por desgracia parece que entre nosotros todas las familias que aspiran á distinguirse, desdeñan cuanto no es una de estas cuatro carreras. Para educar con provecho á un niño, y darle un establecimiento conveniente, es necesario observarlo desde la mas tierna infancia, estudiar su carácter, notar sus inclinaciones, medir su capacidad y ayudar al desarrollo de sus facultades físicas y morales, dándoles una direccion análoga á sus talentos y fortunas, segun lo pida el caso y las circunstancias en que se hallen sus padres. Y ¿quién mas á propósito que una madre para hacer estas observaciones y este minucioso estudio que debe con-

tribuir un día al bienestar de su hijo? ¿Porqué, pues, ha de tenerse en tan poco el voto de una mujer que está interesada lo mismo que su esposo en la prosperidad de su familia?

Otro tanto digo respecto á todos los ramos de la felicidad doméstica y del buen orden de una casa. Si el marido tiene confianza en su compañera, si gusta de discurrir con ella, si toma en consideración sus opiniones y aprecia su aprobación, los dos procederán de acuerdo, habrá harmonía en sus resoluciones, á las cuales presidirá la razón y no el capricho, y nadie en la familia se creerá con derecho para desobedecer ó burlarse de órdenes que no van marcadas con el odioso sello de la discordia. Por el contrario, cuando los casados se acostumbran á vivir en perpetua contradicción, cuando precisamente desaprueba el uno lo que dispone el otro, se introduce la desmoralización en la casa, se insubordina la familia, y se pierde el prestigio sagrado de la autoridad paternal. Las murmuraciones se hacen frecuentes, y tal vez nacen las quejas, la calumnia y el espionaje de la esperanza de encontrar en uno de los consortes un apoyo cuando se hable contra el otro.

Creo haber dicho lo bastante para manifestar que un hombre debe dispensar á su mujer una confianza honrosa siempre que ella sea digna de merecerla; y ahora hablaré de los modos con que esto debe hacerse, porque los malos modos hacen perder con frecuencia el mérito de las mejores acciones.

Los hombres son inclinados al despotismo y usan con frecuencia el lenguaje de superioridad y de mando. Este tono altanero que emplean de ordinario en su casa, resfria la franqueza y da origen al temor. Si cuando un marido consulta á su mujer sobre un negocio empieza por manifestar su opinión como la única razonable y justa, ¿qué añadirá ella

á esta orgullosa manifestacion? Si él no dice su parecer, pero rechaza desde luego sin ecsámen ni razon el de su esposa, calificándolo con tono áspero y brutal de absurdo y ridículo, ¿cómo se atreverá ella á añadir ni una sola palabra para sostener ó aclarar su opinion? El amor propio herido la llenara de despecho, y si tiene mal jenio se sentirá dispuesta á desaprobár por su parte las ideas de un amo que solo sabe mandar, y que por ser hombre se juzga infalible, siempre que habla con una mujer. Se necesitan, pues, buenos modos, amabilidad y moderacion. Solo así se afianza la autoridad, así es que se adquiere un ascendiente irresistible. Con las mujeres no hai arma mas poderosa que la dulzura. Ellas ceden sin dificultad á las insinuaciones del esposo que se hizo amar y se sabe bien que el amor no se puede ecsijir sino que se obtiene. Casi todas las mujeres conocen y confiesan la superioridad de sus maridos, y tienen por ellos una deferencia respetuosa; pero, son pocas y mui pocas las que pueden tolerar sin enfado que ellos las hagan sentir soberana y despóticamente esta superioridad.

¡Oh esposos! manejad con dulzura á vuestras compañeras; oid sus opiniones que alguna vez pueden seros útiles; tened confianza en ellas; contad por algo sus talentos, su delicadeza y su amor; no humilleis con vuestra altanería á unos seres débiles y tiernos que se complacen en amaros, y que Dios ha puesto bajo vuestra proteccion y amparo. Por último, no olvidéis jamas que un sabio ha dicho que sin la mujer, la infancia y la vejez del hombre carecerian de cuidados y su juventud de placeres.

CAPITULO 6.º

DE LA INSTRUCCION Y ZELO PRUDENTE.

¡Cuántas personas se burlarán de mí al ver que enumero entre los deberes de un marido, instruir y celar

á su mujer ! Empero, que se me preste un poco de atencion y paciencia, y me explicaré. Mas, ante todas cosas vuelvo á advertir que no siendo por la mayor parte sino opiniones mias las que se hallan consignadas en este escrito, es bien probable que no estén libres de errores y equivocaciones.—No pretendo, pues, darlas como regla infalible. Se supondrá tal vez (como parece natural), que la mujer que se casa está ya adornada de la instruccion y conocimientos que se requieren para hacerla digna de ocupar un lugar entre las madres de familia; pero entre nosotros, por lo menos, esta idea es comunmente un error. Mil veces he visto mujeres que han llegado á ser esposas y madres sin que se haya acabado de darles la educacion de la niñez. Saben á lo mas, hacer parte de sus vestidos, bordar al tambor y en blanco: bailar, un poco de música, conversar frivolidades, leer y escribir mal, y acaso hacer alguna cosa de cosina. Salen de la estrecha vijilancia maternal á gozar de una indebida libertad, sin haber aprendido á pensar, á discurrir, á respetarse á sí mismas. Nada se les ha dicho sobre los sagrados deberes de esposas y de directoras de familia; nada saben de las obligaciones maternales, ni se les ha explicado el nuevo y delicado papel que van á desempeñar á la faz de la sociedad entera, ni la grave responsabilidad que pesa sobre su alma desde el instante en que una ceremonia respetable las hizo perpetuas compañeras de un hombre á quien juran fidelidad y subordinacion. La vanidad y el placer ocupan casi esclusivamente estas cabezas vacias y estos corazones tiernos y móviles. Siendo aplicables lo que acabo de decir á un gran número de jóvenes casadas, ¿ por qué ha de estrañarse que yo crea que un hombre prudente y deseoso de su felicidad tiene el deber de instruir y celar á su esposa? Sí, aquel que ame

razonablemente á su escojida, debe aprovechar los primeros dias de amor, ascendiente y complacencia, para inspirarle en ellos juicio y reflexion, aplicacion y modestia.

No se suponga por esto que yo creo á las jóvenes desprovistas del juicio y modestia de que se habla ordinariamente entre ellas y que son cualidades análogas á la educacion que han recibido. Hablo de aquel juicio que se somete sin murmurar á la prudencia ajena, que doma los caprichos y refrena la imaginacion, que sacrifica sin pesar los placeres al deber y los deseos á la razon; de aquella modestia severa que conviene á una casada, y que no solo aparta las malas acciones sino hasta las mas lijeras apariencias de ellas; de aquella modestia que le prohíbe los espectáculos públicos cuando su marido no la acompaña y que debe modelar sus sociedades, sus vestidos, sus gustos, sus lecturas y sus conversaciones.

Un hombre de bien debe ocupar los primeros dias de su matrimonio en esta obra preferente y sagrada. El debe preparar insensiblemente esta respetable transformacion, inspirar á su mujer el gusto por los libros útiles, por las ocupaciones domésticas, por las recreaciones privadas que habrán de sustituir el teatro, los bailes y los paseos públicos. Le importa desarrollar la intelijencia y la memoria de su esposa, enseñándola el modo de usar de estas nobles facultades sin peligro ni fatiga. ¿Qué placer puede ser mas dulce que el de instruir á una persona amada? Esta deberia ser en los momentos de ocio, la mas grata complacencia de un hombre sensible. Hacer sentir á su jóven esposa la dignidad de su ser, la importancia de sus funciones, el honor de su nombre, las ventajas de su respetable posicion; descubrirle los tesoros de su entendimiento, inspirarle entusiasmo por sus deberes,

acalorar su amor á la virtud, elevarla sobre si misma para amarla y respetarla mas profundamente. He aquí la obra digna de un hombre honrado. Y ¿qué perderá ocupándose de semejante tarea? Nada, y ántes bien su ganancia es cierta. Habrá quitado algunos instantes á sus insustanciales diversiones; pero, habrá formado un corazon que siempre debe pertenecerle, y de esta suerte se procura una dulce sociedad dentro de los muros de su casa, estrecha los nudos del amor por medio de la gratitud y el convencimiento, y prepara á sus hijos una madre prudente, instruida y amable.

¡De cuántas maneras puede un hombre variar la instruccion de su esposa! Y ¡cuantas indemnizaciones de su pena le proporcionará el fruto de su trabajo! No es como un pedante catedrático que debe enseñarla, sino con suavidad y por medio de conversaciones francas y amistosas. No quiero que la canse y la aterre con lecturas y consejos de severos moralistas, ni que para distraerla corrompa su corazon con la frecuente lectura de novelas y comedias que podrian arrojarla en la espinosa carrera literaria ó en los errores de un ecsajerado romanticismo, cosas tan peligrosas y tan contrarias al pacífico destino de una mujer. El amor que todo lo embellece ha de presidir á sus lecciones, el placer y la variedad deben sazornarlas. No debe establecerse un curso de enseñanza severo, metódico é invariable, porque la virtud que es su principal objeto, no se enseña como las ciencias. El mas leve incidente, la palabra mas insignificante, la accion mas indiferente, pueden dar materia para una leccion útil, ó para una conversacion instructiva é interesante. Las preocupaciones hijas de una mala educacion, el carácter jeneral de la especie humana, el instinto admirable de los animales que nos dan el ejemplo de tantas virtudes, los acontecimientos de la

sociedad en que vive, las necesidades del hombre, la miseria del pueblo, la hermosura de la virtud, las ridiculeces de la moda, la sublimidad del cristianismo y la magnificencia de la naturaleza, ofrecen entre otros muchos, varios asuntos bellos é interesantes que pueden tomarse alternativamente sin afectacion, sin fatiga, sin ostentar una intolerable pedagojía. Mas, ¿para qué detenerme tanto sobre este punto? Toda la naturaleza es el libro en que se debe estudiar. Cada una de sus páginas es brillante, elocuente y persuasiva. ¡Desgraciado de aquel que fingiendo no comprenderme, se confiese incapaz de leer en este libro inmortal! En él se hallan trazados todos los deberes del hombre, y el lenguaje de su autor es sublime, pero claro é intelijible para quien quiera estudiarlo de buena fe. Sus inspiraciones producen siempre el bien, la verdad y la dicha posible durante la vida, al paso que la mayor parte de las obras meditadas y ostentosas de los hombres, enseñan mil errores y nos sumerjen en un caos de dudas, contradicciones é infortunios. Mas vuelvo á mi asunto.

Los primeros dias del matrimonio se pasan ordinariamente en visitas insignificantes, conversaciones frívolas y diversiones pueriles ó perjudiciales. Cada uno de los esposos tiene su círculo aparte, nunca se hablan del empleo de las horas que han pasado separados. Se ven para acariciarse un instante, y se dejan luego por mil objetos que no están ni remotamente relacionados con su felicidad. Y ¿qué hará este esposo imprevisivo y aturdido cuando el tiempo y la posesion hayan destruido los encantos que tenia á sus ojos la linúa máquina á quien unió su suerte? Se retirará mas y mas de ella; serán menos frecuentes su caricias; la considerará acaso como un obstáculo que le estorba los goces de una libertad absoluta, y poco á poco se habituará á mirar con aversion un objeto

que buscó para gozar placeres sensuales, y que ya no puede procurárselos tan vivos como se los pinta su estraviada imaginación. Entonces nace el deseo de las indemnizaciones por medio de sociedades, amigos, dilapidación y vicios. ¿Y á cuantos desórdenes puede conducirle el deseo de proporcionarse nuevos goces?

Jamas me causaré de repetirlo; los hombres deben formar el espíritu de sus mujeres, para que se conviertan en dulces compañeras de una vida entera, las que segun el uso del mundo, habrian sido solamente el encanto fugaz de unos dias de embriaguez, y el ídolo momentaneo de un corazón apasionado y lleno de ilusiones.

Mas, ya es tiempo de que yo manifieste lo que opino con respecto á este zelo de que tanto se lamentan las mujeres, y cuyos rigores les parecen insoportables.

¡ O esposas! permitidme deciros que debeis ser celadas. Y vosotros maridos que deseais la paz doméstica, dejad que os aconseje una vijilancia paternal en que estriva vuestra dicha y tranquilidad. Sí, es preciso decirlo: las mujeres necesitan del zelo de sus maridos, pero no de aquel zelo ofensivo y ultrajante con que mortifican los necios, y que muchas veces es hijo de la aversion con que se mira á una esposa infeliz á quien se desea atormentar, ó del testimonio de una conciencia severa que no cesa de gritar en el fondo del corazón del hombre que él no merece el amor y el respeto de una compañera. El zelo de que hablo es hijo y no enemigo del amor; debe estar fundado en el aprecio que se hace de una prenda preciosa que se desea conservar siempre; debe ocultarse bajo el velo de la ternura y la delicadeza, sin dejarlo estallar con intempestivos furores; y ha de multiplicarse para abrazar todos los casos y circunstancias en que pueda encontrarse una mujer. Asi es como obran las madres amantes de sus hijas hasta el dia mismo en

que poniéndolas bajo la proteccion de un esposo se descargan en él de su inmensa responsabilidad. ¿Y por qué ha de descuidarse hoy lo que ayer se juzgaba tan indispensable? Yo no lo comprendo. Solamente un hombre que desprecie á su esposa podrá mirarla con indiferencia entregada á la disipacion y cultivando sociedades peligrosas que tarde ó temprano pervertirán su corazon. Una mujer que se ve siempre sola, se acostumbrará á no tener sino su propio juicio por regla de sus acciones. El mal se hace despacio, empero, siempre se hace. Hoy se oye una conversacion que nadie se habria permitido en presencia de un marido virtuoso; mañana se toma parte en ella, al siguiente dia se tolera una proposicion atrevida, y despues se desea ó se consiente una accion culpable. ¿Cuántas veces he observado que una mujer que está festiva y contenta en una reunion que parecia inocente, se turba, se innuta y varia de tono y modales casi maquinalmente cuando se presenta su esposo! ¿Y esto de qué proviene? ó bien de que él no ha sabido inspirar amor y confianza á su mujer, ó de que ella siente interiormente que lo que se trataba no podrá ser aprobado por su marido, ni es conforme á la modestia de una casada, ó porque las maneras y tono jeneral de aquella reunion no se encierran siempre en los límites de una estrecha decencia. Seria mas conveniente que los esposos se presentasen en público juntos, cuantas veces lo permitan sus circunstancias. Se me replicará que esto no es de buen tono. ¿Y qué importa eso si se trata de la felicidad? ¿Qué es por lo jeneral el buen tono del mundo, sino un convenio tácito de la sociedad para obrar mal, dando un brillo superficial y vano á todas las acciones desacertadas ó culpables que en ella se ejecutan? ¿Por qué no ha de ejercer un hombre cauto su previsiva vijilancia sobre todos los pasos, palabras y relaciones de su mu-

jer? ¿ Por qué no han de considerarse su zelo y cuidados como una continuacion de los que prodigaba una madre prudente y tierna á una hija jóven é inespera? ¿ No es una muchacha, por su propia naturaleza débil, sensible, crédula y apasionada? Necesario es pues, dirigir al bien estas disposiciones. ¡ Cuantas veces una mirada afectuosa, un elojio delicado, una atencion oportuna de un marido han atraido con reconocimiento el corazon de una esposa que empezaba á vacilar! ¡ Cuantos libertinos descabellados han mirado con respeto á la compañera de un hombre de bien que sabe ser amante y atento con ella! ¡ Cuantos peligros, cuantos lazos y cuantas infamias destruye la sola presencia de un marido respetable! ¡ Hombres imprudentes! pensad mas en vuestros intereses. Mientras dormis confiados en el juicio y virtud de vuestras esposas, el crimen y la seduccion velan para arrebatáros su amor! Nadie sabe mejor que vosotros que yo tengo razon. ¡ Ah! ¡ cuan pocos serán los casados que en nuestra corrompida sociedad no hayan hecho en su juventud el indigno ensayo de la seduccion de la esposa ajena! Perdonad si he dicho esta terrible y funesta verdad; tal vez es del número de aquellas que deberian callarse; acaso os reunireis todos para negarla. A pesar de mi profundo convencimiento, no pretendo sostener mi asercion. Prefiero que se me acuse de lijereza al triste triunfo de presentar mis pruebas. Mas, sea como fuere, aceptad los avisos de quien desea ardientemente vuestra dicha. No abandoneis á vuestras compañeras, ni las espongaís á ser víctimas de un contagio moral que tal vez vosotros mismos habeis contribuido á propagar. ¿ Con qué derecho os quejareis despues de aquellas faltas que nacieron de vuestro criminal abandono? Lo repito, celad vuestro tesoro, guardad vuestras esposas sin humillarlas ni envilecerlas. El amor mas lejítimo será

la causa, el apoyo y la excusa de vuestra conducta. No es preciso poner espías tras de una mujer, basta hallarse con frecuencia en la sociedad á que ella concurre: no es fuerza prohibirle todas las diversiones públicas á donde alguna vez habrá de conducir á sus hijas (cuando convertida por los años y el conocimiento del mundo en matrona experimentada, no necesite ya de la vijilancia ajena, y tenga que emplear la suya en guardar su tesoro) será suficiente acompañarla siempre, y hacer al mismo tiempo por aficionarla á goces menos ruidosos y mas circunscriptos al círculo doméstico. No es preciso arrancarla con violencia á la sociedad del gran mundo, pero es conveniente hacerle preferir la de su esposo, y tener valor para decirle que ella será mas estimable, cuanto mas contraída esté á su casa y familia. No es forzoso aislarla y quitarle todas sus amigas, pues esto traeria incalculables males; pero es justo manifestarle que tal ó cual persona es indigna de su afecto. En una palabra, yo aconsejo el uso prudente del zelo paternal, y no el abuso ecsasperante de los zelos. Jamas deberá un hombre poner un rostro severo cuando su mujer está alegre y complacida en medio de una reunion decente; pues con esto apareceria como un árgos importuno y la obligaria á desear su ausencia. Antes bien, se deben partir sus goces y satisfacciones, acostumbrarla á no ocultar sus placeres al autor de su dicha doméstica, y si algo se nota en ella que pueda desagradar, esperar el momento en que la diversion haya cesado para decirselo con ternura y bondad, sin dejarla el fatigoso cuidado de adivinar cual fué la accion, el jesto ó la palabra que le ha atraido el severo mirar de su señor.

No creo que sea necesario manifestar la utilidad que resulta á un matrimonio de esta conducta franca, y de esta paternal vijilancia; ni pienso que las mujeres

despues de haber leido todo lo anterior, tengan motivo justo para quejarse de que las trato con rigor. Supongo desde luego que aquellas que aman á sus maridos tendrán un placer verdadero en ver que estos no prefieren otras compañías á la suya. Creo que todas se complacerian en prolongar por muchos años las preferencias y atenciones de los primeros meses del casamiento, y que se alegrarian mucho si pudieran ser testigos y participantes de las diversiones de sus esposos. Sucede con frecuencia que estos son austeros é intolerantes en presencia de sus mujeres, y se entregan á todos los extremos de la alegria y buen humor si ellas están ausentes. Esta es una inconsecuencia que irrita con razon, y las mujeres tienen el discernimiento necesario para descubrir que la severidad de sus esposos no nace de amor y estimacion, ni de respeto por su decoro, sino del deseo de alejarlas porque no podian divertirse á sus anchas en su compañía. Cualquiera puede calcular que esta observacion es en desventaja de la paz conyugal.

Creo que he dicho bastante para hacerme entender. Se encuentran muchas repeticiones en esta obra, pero ellas nacen del asunto. El amor, el respeto y la estimacion forman esta larga cadena de deberes que como nacidos del mismo oríjen están á cada paso relacionados y confundidos entre sí.

Mas, he aquí el resúmen de todo lo dicho. Esposos, respetad á vuestras mujeres para que el público las respete; tolerad sus defectos para que ellas os toleren; dadles buen ejemplo para lograr su estimacion y adquirir el derecho de corregirlas; sed liberales, para merecer su gratitud; tratadlas con amabilidad y confianza, para inspirarles amor y sinceridad; instruidlas para que os sean útiles y siempre amables; celadlas para libertarlas de los peligros, garantir su inocencia, evitad penas y corregid á la sociedad entera. Esto

tal vez bastará para asegurar vuestra dicha posible en este mundo, como esposos y padres.

¡ O padres de familia ! sed los amigos, los apoyos, los respetables modelos de vuestras esposas. No rebajeis vuestra dignidad á fuerza de creeros superiores á cuanto Dios ha criado. Las mujeres son de vuestra misma naturaleza, y aunque inferiores á vosotros en ciertas cualidades que son peculiares al hombre, os igualan en otras, y os esceden en sensibilidad, paciencia, dulzura, docilidad y otras prendas. Dios os las dió por compañeras y no por esclavas. Serán madres de vuestros hijos y consoladoras de vuestra ancianidad. Estos dos títulos aunque fuesen los únicos, son demasiado respetables y sagrados. Sí, hombres altivos con vuestras prerogativas; pensad que os es mas ventajoso amar á vuestras esposas que tiranizarlas, y que ellas merecen una suerte mas feliz que aquella que ordinariamente les procurais.

SEGUNDA PARTE.

De los deberes de la esposa con su esposo.

INTRODUCCION.

Al principiar esta parte de mi obra siento que me he propuesto una tarea superior á mis fuerzas. No obstante, la buena intencion con que escribo me dará aliento para continuar. Voi á dirigirme á las mujeres, á esta infortunada é interesante mitad del jénero humano, y aunque mi trabajo no tiene otro objeto sino mejorar su suerte, temo que ya estén prevenidas contra mí por lo que se acaba de leer.

He aconsejado á los maridos que no las pierdan de vista, que las retiren de los frecuentes espectáculos pú-

blicos, que estrechen el círculo de sus placeres y diversiones, que no contenten ciegamente sus dispendiosas fantasías. ¿ No es todo esto mas que suficiente para haber producido impresiones desfavorables contra mi libro? Sí, y las primeras impresiones de una cabeza de mujer son casi siempre fuertes y profundas y hacen algo difíciles la discusión y el convencimiento. Mas, por qué he de desconfiar del éxito de un trabajo emprendido en su mayor parte por amor á las mujeres? Sí, esposas y madres de familia, el deseo de vuestra felicidad es el que guia mi pluma. Yo os he visto jernir por todas partes. Virtuosas ó culpables, siempre me habeis parecido esclavas; los vicios de vuestros maridos y vuestras propias faltas refluyen igualmente sobre vosotras de una manera dolorosa. Me acusareis tal vez de que trato de quitaros las pocas indemnizaciones de vuestras amarguras domésticas y de despertar sobre vosotras un zelo cruel. No, no es esta mi intencion. Quiero es verdad arrancaros á esos peligrosos pasatiempos que dan armas contra vosotras y os pierden; pero es restituyendoos el amor de vuestros maridos, la íntima confianza, los encantos de una pacífica vida doméstica. Quiero que por convencimiento renunciéis á los frívolos goces del corto periodo de la juventud para que logreis rodearos de una felicidad mas durable, para que conozcais y apreciéis el respetable lugar en que os colocó la Providencia, para que seais autoras de esta revolucion moral que debe hacer mirar el matrimonio como un seguro puerto y no como un temible naufragio. Unios todas para vindicar este nudo sagrado, y que en adelante los libertinos de todos estados, edades y condiciones no puedan decir ya con una sonrisa mofadora: “aquel jóven está perdido porque ya se casó.”

Voi á hablaros ahora de los deberes de las esposas. Me lisonjeo con que podré contar con la apro-

bacion de la parte mas pensadora y respetable del sexo; mas no dudo que algunas jóvenes vanas y altivas al oirme recapitular estos deberes exclamarán con desden: “ya lo sabemos.” Sí, sabian estos nombres, pero jamas se habian tomado la pena de examinar su significado, ni habian pensado en la multitud de deberes que les imponen la fidelidad, la ilimitada confianza, la dulzura y la condescendencia, la economía y el órden, el aseo, la paciencia y la obediencia. Estas son las principales cualidades, las virtudes que deben cultivar de preferencia cuando sean esposas. Yo haré un esfuerzo para desenvolver mis ideas sobre esta importante materia y trataré de manifestar la utilidad que reportaria la sociedad entera, y en especial las mujeres, de que ellas desempeñaran con puntualidad estas sagradas obligaciones. No dudo que mis amables conciudadanas aprobarán mi intencion aun cuando les parezca mal ejecutado mi trabajo. Sé que las palabras *honor*, *decoro* y *virtud* suenan agradablemente en los oidos de todas y que ninguna se atreverá á condenar como malo en el fondo un libro destinado á difundir principios honestos y máximas virtuosas; porque estaba reservado únicamente á algunos individuos del sexo fuerte y dominante el triste privilegio de reirse á la faz del universo entero de lo mas respetable y sagrado, y de poner en duda y discusion la ecsistencia de Dios, la utilidad de la virtud y el alma de las mujeres..... ¡ Ah! estos descarrios de una imaginacion viciada no los han hecho ni mas sabios, ni mas felices. A vosotras toca, esposas respetables, llenar el vacio que han dejado en sus almas estos criminales delirios. Hacedos amar y estimar de los hombres, regad flores sobre su camino, alegrad su juventud, consolad su vejez y obligadlos á confesar que vuestra dulzura y fidelidad, vuestro recato y moderacion valen mas que todos sus

presuntuosos desvarios. Que publiquen por todas partes que las virtudes de sus compañeras son los dulces é inagotables manantiales de una felicidad que en vano buscarian fuera de la vida privada y de las afecciones de familia.

CAPITULO 1.º

DE LA FIDELIDAD.

Aunque voi á tratar de la fidelidad en una parte de mi obra destinada especialmente á las mujeres, no se infiera de aquí que juzgo á los hombres dispensados de cumplir con un deber tan sagrado. Lejos de esto, me consta que su criminal indiferencia sobre este punto, es frecuentemente el orígen de los desórdenes, escándalos y calamidades que rodean los matrimonios. Mas ya he dicho en la introduccion á la primera parte de este ensayo que el buen juicio de los lectores hará las aplicaciones que omito por no repetirme demasiado y por no hacer tan difusa mi obra. Por otra parte, nadie podrá negar que la infidelidad de una mujer es de una trascendencia infinitamente mayor y de mui funestos resultados; y por consiguiente la atencion de la esposa es la que debe llamarse con empeño hácia una virtud en que estriva su felicidad conyugal, su reputacion, su tranquilidad interior, el honor y moralidad de las familias y, (me atrevo á decirlo en el siglo de las *luzes*) la dicha eterna de su alma inmortal.

Puede asegurarse, hablando con jeneralidad que hasta el dia en que una mujer se casa, se ha creido únicamente destinada á agradar; ha desplegado sin embarazo y como de su deber mil pequeñas coqueterias, cuyo objeto es llamar la atencion de los jóvenes y que no le producen otro fruto sino el vano placer de recojer de paso algunas galanterias insulsas y ecsaje-

radas que los hombres prodigan por hábito á todas las mujeres, y que apesar de ser tan comunes deleitan el oido delicado de aquellas bellezas insaciables de elojios y de vanas y precarias adoraciones. Tantos dias, semanas, meses y aun años de esta pueril y perniciosa ocupacion deben producir una costumbre inveterada, y es difícil comprender como la simple ceremonia de una bendicion nupcial pueda producir instantaneamente juicio y reflexiones serias en aquellas cabezas vacias y acostumbradas por sus propias madres á no tener sino una idea fija, la de agradar y ser aplaudidas. A pesar del respeto debido al tremendo sacramento, no es fácil concebir como sea que pueda obrarse por su medio una mudanza tan rápida, y desarraigar en tan breves instantes este dulce hábito de lucir hasta los mas pequeños atractivos. Lo repito, me parece algo difícil esta májica trasmutacion. Al contrario, yo he observado que esta especie de coqueteria se hace una segunda naturaleza que triunfa de la razon y de los años, y no deja de ser comun el ridículo espectáculo de una madre rivalizando á sus hijas en adornos y modas.

Así es que una niña recién casada piensa poco en sus augustos deberes y se complace mucho enumerando las visitas que hará y las diversiones á que concurrirá, llevando por consiguiente consigo á sus hermanas ó amigas solteras, porque luego que se casa, aunque solo tenga quince años, ya se le confian los cuidados de madre de familia como si fuera una matrona de grande esperiencia y acreditado juicio. Recibe el primer convite de baile y se ocupa de sus preparativos con tanto ardor y tezon como en los tiempos en que podia lejítimamente aspirar á una conquista. Va á la funcion, y si su esposo se retira, el primero que la saca á bailar es uno de sus antiguos apasionados. Todos los jóvenes la cercan, le

dirijen falaces cumplimientos sobre su actual felicidad y cada uno de estos adonis suelta una espression, dirige una mirada, eesala un suspiro, tributa un homenaje que no seran perdidos, porque algun dia figuraran en la lista de méritos y de rasgos apasionados que cada uno alegará para pretender una preferencia criminal. Jamas fué tan asiduo el enjambre de los adoradores, como cuando empieza á presentarse en público sin su esposo una jóven recien casada. En un baile, en el teatro, en el paseo, se ponen como al descuido las piedras que han de servir de cimiento al edificio de la seduccion; allí se forjan los primeros eslabones de esta ignominiosa cadena, porque en medio de los ruidosos placeres, del concurso y la disipacion esta el ánimo mejor dispuesto para recibir las mortíferas semillas del vicio. Entonces se siembra y cosechará cuando traspiren en el público las primeras desavenencias domésticas ó cuando el esposo atolondrado haga á sus pretendidos amigos la indigna confidencia de su aburrimento y saciedad. La incauta jóven se sonrie al oir los indirectos requiebros, despues se ruborisa, despues se turba y se conmueve al verse tan amada y este instante de enternecimiento y confusion es el del triunfo del seductor insolente y del escándalo de toda la sociedad. Es cierto que los primeros golpes de la maledicencia hielan de espanto á una jóven que no conoce todavía el mal que ha hecho; pero pronto se enseña su oido a los sarcasmos; su pasion la ciega y le hace encontrar excusas á su conducta; el seductor redobla sus promesas, ahoga el remordimiento, eesalta su felicidad y la víctima bebe con placer el nectar emponsoñado. Cuando ya cansado y ocupado de otra intriga la deja el vil engañador, ya su corazon está pervertido y piensa sin rubor en hacer otra nueva conquista. Así se enlazan, así se continuan los desórde-

nes durante la juventud, y cuando llega la temida ansianidad, una devocion afectada y las mas minuciosas prácticas relijiosas mezcladas con una severidad mordaz ácia la jente moza, son el refujio y el consuelo de aquellas esposas infortunadas. ¡O lectores! no os irriteis contra mí; ni digais que calumnio la sociedad. Catorce años de observacion, de preguntas, de investigaciones no me permiten dudar de la existencia de este horrible contagio. Tengo datos poderosos, testigos irrecusables, ejemplos tremendos y guardo en mi corazon amargas verdades que bien podria revelar; pero aqui repito lo que dije mas arriba, ¡renuncio á la triste ventaja de presentar mis pruebas! ¡ojalá que cada uno de mis lectores se encuentre mui diverso del cuadro que he trazado! ¡ojalá que cada una de las casadas que lo lea pueda decir con frente serena: “yo soi la escepcion de esta regla!” ¡Feliz y mil veces feliz la sociedad en que este escrito no tenga aplicacion!

Pero vuelvo á mi asunto; una jóven casada que encuentra placer en oír las galanterias de los hombres, ó que las tolera con indiferencia; que sufre siempre á su lado un sumiso adorador; que se presenta en público con otro que no sea su marido ó su hermano ó algun sujeto que esté fuera del alcance de las sospechas; que admite convites de los cuales está escluido su marido; que con cualquier pretesto mantiene correspondencia con un hombre; que frecuenta las reuniones en que puede atraer sobre sí las miradas de la juventud del otro sexo; esta esposa digo, se halla en un peligro evidente de faltar á la fidelidad conyugal y con su conducta desacertada y loca dá armas á las personas maldicientes para que ataquen su reputacion y logren hacerla sospechosa.

Ningun motivo puede autorizar á una casada para que reciba obsequios, regalos y servicios de otro

hombre que no sea su marido. Sí, ningún motivo, ni aun el abandono absoluto de éste. ¿Acaso nos es permitido indemnizarnos de las penas que nos causan los delitos ajenos haciendonos á nuestro turno criminales? No; la venganza mas noble que pueda tomarse de un marido infiel y perverso es oponer á sus malos procederes una conducta siempre immaculada. Cuanto mas públicos y notables son los extravíos de un hombre, mas resalta la virtud y pureza de su mujer. Estas cualidades de las buenas esposas no son virtudes oscuras como lo pretenden algunas personas preocupadas ó mal intencionadas. No; la mujer honrada obtiene el respeto y amor de su familia, de sus amigos, del círculo social en que es conocida, y nada puede ser tan lisonjero para un corazón sensible como esta aprobacion jeneral, este respeto que le tributa hasta el mismo que la oprime, este dulce concierto de alabanzas que está en consonancia con la voz pacífica de su conciencia.

Y ¿á qué otra cosa puede aspirar una mujer si no cifra su gloria en obtener la estimacion y respeto del público, el amor y obediencia de su familia y la calma interior de su espíritu? ¿Solicitará el nombre de guerrera y la fama de invicta en los combates? Pero, esta fama se compra con los peligros y las fatigas á que no la hacen propia su delicadeza y los achaques de su sexo; se adquiere la gloria de las armas derramando la sangre humana lo cual es repugnante para una alma sensible y compasiva, y el brillo de una mujer militar rarísima vez llega á igualar al de los nombres de los caudillos famosos que alternativamente han libertado ó esclavizado al jenero humano.

¿Deseará hacerse célebre por el imperio de la belleza y los triunfos del amor? ¿Imperio efímero mas corto que la vida de las flores! ¿Triunfos estériles en

que se lisonjea la vanidad á espensas de la virtud !
 ¡Glorias de un dia compradas con la tranquilidad de la conciencia, vosotras no mereceis fijar los votos de una persona honesta y jenerosa !

¿Ambicionará, pues, la gloria literaria? ¡O mujeres! No os dejéis arrebatat por el brillo de esta aureola divina, que jamas rodeará vuestra frente de un modo satisfactorio. Lucireis como un meteoro y probablemente á costa de vuestra reputacion. Los hombres miran como su patrimonio el templo de Minerva, y si entráis en él, os castigarán cruelmente esta usurpacion. Os quieren ilustradas, pero no literatas. La mujer que se ocupa en escribir libros, dicen ellos, deja presumir que descuida sus diarios, minuciosos y sagrados deberes, y se la censura con rigor porque intentó salir de su esfera. Si sus obras son esencialmente útiles y bellas, se insinúa con arte que no hizo sino el oficio de amanuence, y se nombra públicamente el hombre que, con razon ó sin ella, se supone que trabajó en la redaccion de estas obras queriendo darlas alguna singularidad con un nombre femenino. Así es que las flores que habeis cultivado para formar vuestra corona de autor adornarán tal vez una cabeza despreciada ó aborrecida. ¿Y es esto lo que pretendéis? ¡Qué locura!

Mas tal vez os atrae la tortuosa senda de la política y estraviadas por las adulaciones irónicas de vuestros tertulios, pensais de buena fe que dais impulso á los negocios del Estado, que podeis dirigir las operaciones del gobierno y estar al corriente de los secretos del gabinete. Este es otro error. Las mujeres no imperan en política. Fuera de mui pocas escepciones, puede decirse que todas las demas que han tenido parte en los grandes acontecimientos nacionales, no han sido sino las móviles máquinas que han puesto en juego los hombres de Estado. Ellas

no gozan de una gloria pura; sus nombres están siempre empañados con dudas humillantes sobre las causas que las hicieron obrar; su papel es de ordinario mui subalterno y si alcanzan un lugar en las pájinas de la historia, es para pasar á la posteridad como intrigantes astutas y para inmortalizar, no sus nombres, sino el recuerdo de las relaciones amorosas que las hicieron instrumento de los proyectos de un rei, de un embajador ó de un ministro. ¡ Bajo qué tristes auspicios se llega así á los oídos de la posteridad! Valdria mas estar completamente olvidadas. No; amables compañeras de los guerreros, de los sabios y de los políticos, vosotras nacisteis con mui diverso destino. Ser esposas fieles y madres vijilantes, ser el apoyo del débil, el consuelo del infeliz, las institutoras del jénero humano: ¿ qué mas gloria, qué mayores derechos podeis apetecer para granjearos el amor de vuestros contemporaneos y la admiracion de las jeneraciones futuras? Dejad á los hombres sin pena su ambicion, sus triunfos y sus aplausos. Vuestro campo es mas corto, pero sus productos son mas útiles y mas duraderos. Què ellos oigan las canciones de gloria con que se festejan sus hazañas guerreras, que se regocijen y envanezcan con los falaces elogios que les prodigan sus rivales en la carrera literaria; que aspiren el humo de los inciensos quemados á sus plantas por serviles y hambientos cortesanos, mientras vosotras escuchais el sincero cántico de alabanzas que entona en vuestro honor la jeneracion virtuosa que habeis formado y os deleitais con el perfume que escalan vuestras pacíficas y modestas virtudes.

¿ Y cómo lograreis esta satisfaccion? Siendo fieles á vuestros esposos, siendo castas y puras como la inocencia. Cuando vuestra conciencia no os reprenda nada, fácilmente se consolarán vuestros pesares, y hallareis en vuestros corazones tesoros de felicidad

que podreis distribuir con vuestros esposos y familia, con la sociedad entera sin que jamas se agoten.

Mas; ¡cuán diversa será la suerte de una mujer en el caso contrario! En efecto, ¿qué cosa mas triste y escandalosa que el cuadro de una familia manchada por los extravíos de una mujer infiel? Un esposo desconfiado y severo de cuya boca salen como un torrente las injurias, los baldones, los dicterios; criados insubordinados y altivos; hijos mal educados sobre cuyo oríjen ecsisten amargas sospechas y en quienes no puede ejercer la madre el dominio que da la virtud; amigos verdaderos que compadecen; falsos amigos que vilipendian; el temor de toda la sociedad que desprecia y por último la esposa humillada hasta el polvo y en cuya presencia no se puede elojiar la virtud ni zaherir el vicio sin traspasarle el corazon; ó tal vez (lo que es todavía peor) una esposa endurecida en el crimen, que levanta sin rubor una frente atrevida marcada con el desprecio de los hombres y la reprobacion del Eterno.... ¡Ah! que se me permita cubrir con un denso velo esta pintura de dolor y vergüenza. ¿Quién es el que ignora las consecuencias funestas producidas por los extravios de una esposa culpable? ¿Cuál de ellas es la que no ha sufrido pesares profundos ocasionados por su locura? ¿Y cual es la que no ha oído alguna vez la voz de su conciencia que condenaba su conducta y le recordaba el horror con que se ha mirado la infidelidad de una esposa en todo el universo desde las corrompidas capitales de Europa, hasta el fondo de los desiertos que habitan los salvajes de América?

Mujeres infortunadas que habeis ultrajado la fe conyugal, volved á la senda del honor ó mas bien á la del arrepentimiento, pues que la mancha que os echasteis es indeleble. Que vuestra conducta futura encubra este borron tremendo; que un manejo irre-

previsible os reconcilie con vuestros maridos y os reconquiste la estimacion del público; que las lágrimas de vuestro arrepentimiento sean el bálsamo que cure las heridas que habeis hecho al compañero de vuestro destino. Nunca es tarde para empezar á obrar bien, pero si la demora es voluntaria, recordad que un solo momento de dudas puede hacer infructuosa una buena resolucion. La vida es un bien prestado ¿y querriais perderlo sin haberos reconciliado con Dios y con vosotras mismas? ¿Os parecerá indiferente la memoria de la conducta pasada en aquel terrible momento en que el mundo aparece desencantado ante unos ojos que columbran ya los umbrales de la eternidad? No atendais esposas estraviadas á las burlas que los libertinos dirijirán contra este escrito, ni os lisonjeen las protestas de vuestros adoradores. Ellos os desprecian en el fondo de su corazon y no querrian por nada del mundo tener por esposa una mujer que se os pareciese. ¡O! yo espero, criaturas infelices, que si este libro llega á vuestras manos, no le habreis leído sin fruto. ¿Cómo es posible que una mujer resista á la voz de su razon, al grito de su conciencia, al llamamiento de su Dios y á los enérgicos pero suaves impulsos del deber? El alma de una mujer (ya lo he repetido varias veces) es toda ternura, docilidad, paciencia y sumision; y yo espero que esta alma noble y sensible no rechazará los avisos de quien escribe sin otro móvil sino el deseo de la felicidad de la parte mas preciosa é infeliz del jénero humano.

En cuanto á vosotras, esposas castas y virtuosas, que seguis marchando por el camino del deber, yo os felicito. Conservad esta pureza de corazon que os hace tan respetables y que debe consolaros de las penas de la vida, y enseñad á vuestros hijos á respetar la esposa ajena y á vuestras hijas á imitaros.

Y vosotras jóvenes solteras que aun no os habeis tomado la pena de pensar en los deberes que impone el matrimonio, no olvideis que ninguno es tan severo, tan sagrado é indispensable como la fidelidad. Ni un pensamiento, ni una palabra, ni una mirada debe empañar la pureza de vuestras almas. Si os ligais á un hombre por toda la vida, desde este instante no debe haber sino este solo hombre para vuestro corazon. Solo para él debeis guardar vuestra ternura; solo por él debeis cuidar de vuestra belleza y adorno; solamente sus labios deben pronunciar palabras de amor á vuestros oidos, pues si escuchais á otros es de presumir que vuestra virtud vacila y dais con este hecho el primer paso en el camino del mal, y dado este primer paso ¿quien se lisonjeará de poder detener la rápida carrera que conduce al abismo del crimen? Por último, recordad todas las que sois y las que aspirais á ser esposas que la mujer que falta á la fidelidad conyugal oscurece todas sus virtudes y casi las inutiliza porque el soplo pestífero del deshonor todo lo marchita y empaña, al paso que una esposa casta y fiel se hace perdonar fácilmente sus demas faltas y defectos, y cubre su nombre con un velo de virtud que la mano misma de la maledicencia no se atreverá á romper jamas.

CAPITULO 2.º

DE LA CONFIANZA ILIMITADA.

Este capítulo no es bajo muchas relaciones sino una continuacion del anterior porque la confianza absoluta de que voi á tratar tiene por objeto principal evitar los lazos de la seduccion y la infidelidad que es su fatal resultado.

Cuando un jóven atrevido espera que una mujer esté sola para decirle ciertas cosas, y muda de conversacion al aprocsimarse el marido de ésta, por in-

diferentes que hayan parecido sus palabras, deja conocer que tiene algun motivo para reservarlas á quien no puede ni debe permitir misterios entre un extraño y su esposa. Entonces esta se encuentra obligada por su deber y por su interes personal á referir á su marido cuanto se la ha dicho, porque él es el único juez competente de la conveniencia ó inconveniencia de los discursos que se le han hecho á su esposa en su ausencia. El puede penetrar miras secretas que no están al alcance de una mujer honesta. ¡Cuántas veces ha sucedido que una revelacion oportuna desbarató la trama urdida por un astuto seductor! Pero, tambien es frecuente que las mujeres cuya vanidad se lisonjea tan fácilmente guarden silencio sobre estas conversaciones, con el frívolo pretesto de no inquietar á sus esposos con una relacion estemporanea de insignificantes galanterias. Mas todo significa mucho cuando está conecionado con la paz doméstica y el honor de la familia. Otras veces se juzga que todo puede oirse de boca del que se presenta como amigo de la casa y que seria un necio el marido que desconfiase de este sujeto á quien tanto distingue. Bajo un título sagrado se le admite á todas horas, se le hace sabedor de todos los disgustos caseros que momentaneamente han podido alterar la paz, y se tiene por necesaria su compañía en todas las diversiones y su aprobacion para todos los negocios. Nadie ignora los funestos resultados que produce, por lo comun, esta necia y culpable intimidad. ¿Podrá llamarse amigo aquel que aprovecha los momentos de desavenencia para endulzar el oido de una mujer quejosa de su marido con todas las escasajeraciones de la ternura y la lisonja? ¿Merecerá este nombre el insensato que con pretesto de hacer justicia á la belleza fomenta los gustos dispendiosos de una esposa y la anima á apurar los recur-

sos del arte para realzar sus atractivos? ¿Será amigo de un marido aquel que promueve la discordia, despierta los zelos, favorece los caprichos y emplea los ardidés de la galanteria para pervertir un corazón que no podrá pertenecerle sin crimen, ni remordimientos? No; mujeres crédulas é incautas, desconfiad de estos sensibles consejeros que siempre os están compadeciendo y que finjen un zelo pérfido por los intereses de vuestros maridos. Ellos son los mortales enemigos de vuestro honor y tranquilidad, y tanto mas temibles, cuanto que conocen el lado débil por donde podreis ser atacadas, y pueden espiar y aprovechar el momento oportuno. No pretendo decir con esto que todos los amigos sean traidores; ni hai tampoco caractéres mui marcados para distinguir la sinceridad de la perfidia. Pero, para lograr este conocimiento y entregarse á la dulce confianza de haber hallado un verdadero amigo, necesita una mujer del auxilio y de la perspicacia y esperiencia de su esposo, y en jeneral puede decirse que esceptuando al esposo, no le conviene á una mujer amigo íntimo del otro sexo. Esta clase de relaciones aun cuando no dejeneren en culpables, son siempre extravagantes.

Desde el momento en que una mujer le reserva á su marido una conversacion sospechosa, desde que ella consiente en no denunciar una declaración indirecta de amor, una galanteria secreta, un obsequio que se hizo bajo el nombre de alguna amiga *oficiosa*, desde el instante mismo en que hai algun misterio que el esposo ignora y que es conocido por un extraño, este se cree con derecho á mirar á la mujer con poco respeto, cuenta ya con el écsito de sus maquinaciones y se complace de haber obtenido el triunfo. Si la mujer alarmada por algun paso mas decisivo, trata de volver atras y seguir por la senda del deber, el astuto libertino la persuade que ya es

tarde porque pretende haber leído en su corazón la correspondencia de su afecto; le describe con calor hechos y circunstancias que ella creyó inocentes y que él llama decisivas; la intimida con los furiosos del marido á quien supone ya sospechoso y ofendido por las reservas anteriores; la conmueve con el cuadro de su propia desesperacion que podrá *arrastrarlo al suicidio*; entibia su amor á sus deberes pintándoselos opresivos, oscuros é inferiores á su mérito; resfria su cariño ácia su esposo, cuyas faltas reales ó supuestas sabe encarecer con destreza y la precisa á pensar que no le queda otro recurso sino la eleccion entre el desprecio y malos tratamientos de un hombre indigno de ella y resentido, y las *eternas adoraciones* de un amante fiel y entusiasta. Todo cede á estas consideraciones multiplicadas de mil maneras, y aquella infeliz cuyo corazón estaba aun inocente, cuya voluntad no habia pecado y que solo creia entregarse á una inclinacion lejítima, envuelta por todas partes en estas redes pérfidas, se arroja por desesperacion en los brazos de un seductor infame, rompe los dulces vínculos que la hacian venturosa, echa una indeleble mancha sobre su reputacion, se prepara un porvenir de angustias y tormentos y cubre con el afrentoso velo de una vergüenza impotente la frente respetable del padre de sus hijos, de aquel á quien juró á la faz de Dios y de los hombres, amor, respeto é inviolable fidelidad. ¿Y qué le queda en indemnizacion de tantos males causados por su imprudente reserva? Nada mas sino la triste alternativa entre la desesperacion y el arrepentimiento, porque jamas convendremos en que sea un medio de consuelo empeñarse mas y mas en la senda reprobada é infame que conduce del deshonor á la perdicion eterna. Su seductor la desprecia y pronto la abandona, y el público se moja y tal vez goza de sus dolores y humillacion. ¡Plu-

guiese al cielo que no hubiera tantos orijinales de este espantoso cuadro! ¡ Ah! permita á lo menos el Eterno que las lágrimas del arrepentimiento no se derramen infructuosamente y que sirvan de espiacion de tantos culpables errores!!!

Mas, todas estas penas se evitan, si una mujer es franca é injenua y dispensa á su marido una ilimitada confianza. Si él es el único confidente y si ella deposita en su pecho todos sus temores, sus deseos y sus esperanzas, su alma quedará tranquila y, por decirlo así, se habrá descargado sobre él la responsabilidad de su conducta. ¿ Y quien tiene mas derecho que un marido para saber todos los secretos de su mujer? • Él es su protector natural, es el jefe de su familia y es la única persona que puede tener un interes idéntico al de su esposa en conservar la paz, el órden, la union y el honor de la casa. Entre dos esposos todo debe ser comun porque todo es de igual interes para ambos. No debe haber bienes, afecciones, placeres y penas á que sea extraño uno de los dos, y en esta union tan íntima é indisoluble es necesario que el hombre fuerte y experimentado sea el apoyo y protector de su esposa débil é inesperta, y él no podrá ejercer este dulce privilejio sino puede ver el fondo del corazon de su compañera como un cristal trasparente y limpio.

Se me objetará tal vez que hai hombres indolentes que no sabrian hacer uso de esta absoluta confianza, que hai otros malvados que no la merecen y que abusarian de ella; mas, yo respondo que un defecto del marido no dispensa á la mujer del cumplimiento de un deber. De resto, me atrevo á asegurar que esta confianza es necesaria y preservadora de mil males. En el capítulo 5.º de la 1.ª parte he dicho lo bastante para manifestar claras mis ideas y creo suficiente advertir que todo lo que allí se

dice con respecto á los hombres es estensivo á las mujeres. Todos los negocios domésticos que están al cargo de ellas deben ser consultados con sus esposos, escepto aquellas pequeñeces del manejo interior que un hombre desdeñaria sin duda y que no deben ciertamente ocupar su atencion llamada á objetos de mayor importancia. Pero, los planes relativos á la educacion de los hijos, las lecciones preparatorias que debe darles la madre, el número y ocupaciones de los sirvientes; los proyectos para adelantar un capital confiado á la industria de la madre de familia, las pretensiones de un hombre á la mano de una hija, &c., &c., todas estas cosas son otros tantos asuntos de amigables discusiones entre dos esposos bien avenidos. De su concierto y armonía en estos pequeños negocios depende en gran parte la prosperidad de la familia.

La misma franqueza se ecsije de una mujer en órden á sus amistades y relaciones. Ningunas debe tener sin el beneplácito de su esposo. Las niñas se inclinan siempre á buscar esta amiga íntima preferible á todo; este *otro yo* de los romances que tanto halaga su sensibilidad, ¡cómo si fuera facil realizar siempre en el mundo lo que pinta con tan bellos colores la imajinacion brillante de un novelista! Esta amistad ardiente y esclusiva que se desea consagrar á otra mujer igualmente jóven é incauta, se debe de derecho á un esposo; este es el amigo del corazon destinado á la mujer por Dios y la naturaleza. No quiero decir con esto que se priven las mujeres de amigas de su sexo, sino que aquella ecsaltacion de amistad romántica y ecsajerada, y aquella confianza sin límites que se cuenta han ecsistido entre dos mujeres, se rechazen como una agradable quimera, y que no se tengan amistades y relaciones contra la voluntad de un esposo que se debe suponer interesado en la dicha y contento de su mujer.

Lo mismo aconsejo con respecto á las demas confianzas. Si una mujer está enferma su marido debe saber sus dolencias y padecimientos, para que pueda proporcionarle los medios de recuperar su salud, pues que él es el señor interesado en la conservacion de su compañera. Si está triste, él debe ser el depositario y consolador de su pena, porque está fuertemente interesado en que reinen la calma y la alegría en el espíritu de la madre de sus hijos y directora de su familia. Si está contenta, es justo que comunique su satisfaccion á su esposo, porque una mujer sensible y honrada aumentará sus goces partiendolos con quien debe ser el objeto predilecto de su corazon. En una palabra, todas sus acciones y sentimientos, todos sus gustos y pesares estarán siempre á la vista de su esposo y este debe ser el regulador y juez de su conducta. La sinceridad y la franqueza serán la base de esta union indisoluble que formó el amor y que la amistad debe perpetuar; *porque cuando el prestigio del amor desaparece, solo la amistad y la confianza pueden llenar el vacio que queda en el corazon.*

Mas, si un hombre fuere brutal, vicioso, indigno de este amor y de esta ilimitada confianza; ¡o esposa infeliz! yo no me atreveré por esto á variar el fondo de mis consejos.....

El recato, la prudencia, la amable induljencia, vuestro amor á la virtud y al respetable estado que abrazasteis y vuestra propia conciencia guiarán vuestros procederes y hablarán á vuestro corazon con mas eficacia que mi pluma. Pero no olvidéis que siempre sois esposas delante de Dios y de los hombres.

CAPITULO 3.º

DE LA DULZURA Y CONDESCENDENCIA.

¿Deberé yo hablar de estas cualidades en una obra dirigida á la instruccion de las mujeres? ¿No pare-

cerá ridículo prescribirles como deber las virtudes características y distintivas de su sexo? ¿Qué puedo yo decirles que ellas no practiquen jeneralmente en todo el universo? Pero, hai siempre algunas que necesitan de consejos y correccion y es á estas á quienes voi á dirijirme. Por otra parte, no es malo que las mujeres obren por razon y convencimiento lo que casi todas practican por el instinto de la naturaleza y la fuerza de su carácter especial. Entraré pues, en materia, con la esperanza de que acaso podrá ser útil lo que voi á decir.

Hai ciertas mujeres que, (si me es permitido usar de esta frase) salieron de su naturaleza, que pervertidas por una educacion mimada ó por un orgullo de familia mal entendido se creen dispensadas de usar de la dulzura y la amabilidad que deben ser el ornato y distintivo de su sexo. Ellas piensan que un tono altanero las hará mas respetables, confunden la arrogancia con la dignidad, el encaprichamiento con la firmeza, los arrebatos de la ira con una justa severidad. De esta suerte se despojan del dulce atributo de la mujer, se privan de su arma mas poderosa, se esponen á la burla de la sociedad y atraen sobre sus cabezas el rigor ó el odio de sus esposos ecsasperados con sus intempestivos y frecuentes furoros. No, mujeres imprudentes, no imagineis jamas que lo que no obtuvo la amable condescendencia pueda conseguirlo el furibundo arretrato de la ira. La dulzura os hace irresistibles y la soberbia os esclaviza. Cuando una esposa habla con amabilidad, cuando su dulce complacencia ha desarmado el enojo de un esposo despótico debe contar casi con un triunfo seguro de sus pretensiones, ó por lo menos con que la negativa será moderada, razonable y satisfactoria. Pero si en vez de la dulzura emplea la acritud, los gritos, las espresiones irritantes y el orgullo ¿qué

conseguirá? Molestado su esposo usará á su turno de su autoridad, y negando lo que tal vez ha debido y era su ánimo conceder, castigará con una injusticia la altivez insultante de su mujer. De aquí nacerán mil disturbios, mil interminables querellas que enlazándose unas con otras, producen un estado de perpetua hostilidad y contradicción y sacan de un orígen pequeño y ridículo el gran resultado de la desmoralización de una familia, y el escándalo de toda la sociedad. Mas adelante tendré ocasion de volver á tocar este punto: ahora quiero limitarme á hacer observar á las mujeres que en todos los casos y circunstancias les conviene ser condescendientes ó por lo menos usar de mucha dulzura. Si un hombre ha contraído una amistad perniciosa, si se abandona á algun vicio, si descuida un deber importante, su mujer debe advertirle su falta y pintarle las consecuencias de ella con afectuosa dulzura como una amiga que observa, porque ama y espera la enmienda, porque se cree amada. Si su esposo ecsije de ella por capricho y tirania algun sacrificio que le sea doloroso, debe combatir aquel abuso con amabilidad, razones y aun con caricias. Mas si á pesar de esto no triunfa, debe ser complaciente y dócil porque la paz conyugal es preferente á todo, porque en sus aras se ha de sacrificar todo escepto la virtud y la rejilion, y porque si se ha de obedecer en una cosa amarga, vale mas hacerlo por bien que añadir la ira y el descontento á la pena de ver contrariada la voluntad. Si los hijos se estravían del camino recto, antes que la autoridad debe emplearse la dulce persuasion para atraerlos á la senda del bien. Si los domésticos y dependientes se apartan de sus deberes, no los corregirá con severidad eccesiva, sino con aquella bondad apacible, con aquellas espresiones moderadas y benévolas que descubren un maternal inte-

res por la dicha de la persona á quien se dirijen, y con aquel lenguaje amable que habla al corazon y nos hace avergonzar de las faltas cometidas.

Ademas de esto, no hai un espectáculo mas desagradable que el que presenta una mujer que castiga con furor á sus hijos ó criados abandonándose á los excesos descompasados de la ira. ¡ Cuanto se rebaja de su dignidad este ser anjélico por naturaleza, cuando dejándose arrebatado de impulsos violentos se convierte en ejecutor de castigos crueles y se encarniza dando golpes á un infeliz culpable! Y ¡ qué desagradables son los acentos del enojo en aquella boca que solo deberia proferir palabras de amor y de consuelo, y de la cual no se esperaba oír sino suaves amonestaciones y saludables consejos! ¡ Cómo se afea y descompone el rostro de una mujer enfurecida! Y ¡ cuan quebrantado y abatido debe quedar un corazon tierno que se ha dejado avasallar por la vil pasion de la venganza y que ha sufrido el choque tumultuoso de sus indignos arrebatos! No lo ocultemos, la ira degrada á las mujeres y las convierte en azote de sus maridos y terror de su familia.

Cuando un esposo entra en su casa fatigado del trabajo con que ha buscado la subsistencia de su familia y abrumado por los cuidados que causan los negocios públicos, espera naturalmente encontrar en ella la paz y el contento que le son necesarios y calmar sus inquietudes con el cuadro risueño de la felicidad doméstica. ¡ Qué tristes deben ser las impresiones que él recibe al encontrar á su esposa convertida en una furia, prorrumpiendo en injurias, dando golpes é invocando venganza! ¡ Con qué horror mirará este cuadro de lágrimas, quejas y castigos que se ofrece á sus ojos en lugar de las caricias, risas y consuelos que esperaba hallar en el seno de su familia!

Desengañémonos; estos furores mujeriles no dan

mas órden á la familia, ni hacen á los sirvientes mas exactos y respetuosos. La especie humana se acostumbra á todo hasta á los castigos diarios de una mujer encolerizada; y el último resultado que producen estas escenas domésticas es el escándalo de las vecindades, el odio, disimulo y mala fe de los sirvientes, la hipocrecia de los hijos, el aburrimiento del marido y por último las burlas de todos los que comparan las iras de una mujer á las rabietas de un niño que estropea sus manos dando golpes á la piedra en que tropezó.

Es preciso repetirlo; la ira no produce sino frutos amargos, en vez que la dulzura interesa á todo el mundo, desarma á los enemigos, ablanda los corazones mas duros y deja en el fondo del alma una serenidad que no será facilmente alterada ni por la injusticia de la sociedad, ni por los rigores del tirano mas desapiadado.

Las mujeres iracundas están siempre mal servidas porque los criados las abandonan al punto que conocen su carácter. Sus hijos se vician á fuerza de buscar distracciones y compañías que los alejen de la casa y los indemnicen de la pena de estar presenciando y sufriendo siempre los regaños y castigos que prodiga su impaciente madre; y las infelices hijas son la víctima de este jenio cruel, porque ó contraen sin amor ni reflexion el primer enlace que se les presenta, ó viven perpetuamente atormentadas é intimidadas por una madre injusta, ó tal vez se abandonan á un seductor á fin de sustraerse á la horrible esclavitud en que viven. ¡ Cuantos resultados funestos por no haber domado la pasion de la ira! Este solo pensamiento deberia espantar á una mujer, por poca que fuese su sensibilidad.—Hai mas, el interes personal de una mujer la prohíbe entregarse á esta indigna propension de atormentar á cuantos de ella

dependen, porque solo logrará ser amada en lo interior de su casa si es indulgente amable y jenerosa; y el cariño de la familia es lo único que la consolará de las penas de la vida, puesto que no tiene como el hombre la libertad de buscar distracciones ó quehaceres fuera de su habitacion. Obteniendo el amor de su familia, está segura de poder atraerse su confianza, esta lisonjera confianza que la pone en situacion de poder dar consejos oportunos, evitar desaciertos y dirigir á su arbitrio los gustos y negocios de cada uno de los individuos de su casa. Esta consideracion no puede parecer indiferente y la recomiendo con empeño á las mujeres.

La señora de casa que se ha hecho amar de los suyos, tiene tambien la ventaja de ser mejor asistida en caso de enfermedad, y si la muerte la arrebatara del seno de su familia se endulzarán sus últimos instantes con la grata persuacion de que la acompañarán hasta el sepulcro los llantos y las bendiciones de cuantos la rodeaban.

Ademas, la humanidad le ordena ser dulce y apacible con todo el mundo. Un infeliz criado es siempre nuestro semejante y nuestro hermano. Debemos pensar que sin una combinacion de circunstancias que en ninguna manera dependen de nuestro propio mérito podriamos encontrarnos en la misma situacion en que se hallan nuestros domésticos. Sus defectos, su ignorancia y su miseria son otros tantos títulos que les dan derecho á la conmiseracion de aquella á quien sirven y de cuya mano reciben el pan que los alimenta. La mujer bondadosa debe compadecer á estos desgraciados á quienes colocó la Providencia en un puesto tan inferior, ponerse en su lugar siempre que se trata de juzgar sus faltas, y excusarlas hasta donde sea compatible con la justicia y el buen orden doméstico. Y digo compatible, porque una eccesiva

indulgencia los vicia y perjudica, y porque si no se les corrije y se les precisa á desempeñar bien sus respectivos deberes, se obra con ellos con tanta crueldad como cuando se les maltrata y oprime. Estos dos extremos imponen igualmente una tremenda responsabilidad para con Dios y la conciencia.

La vida es demasiado corta, ¿por qué hemos de emplearla en atormentar á nuestros semejantes y en hacernos desgraciados á nosotros mismos dejándonos llevar de un carácter iracundo y descontentadizo? Pronto pasará cuanto está relacionado con el mundo y llegará un momento en que nos parecerán levísimas aquellas mismas cosas que tanto nos inquietaron. Debemos ser misericordiosos para tener derecho de esperar misericordia. El triste placer de hacer derramar lágrimas á las personas que debian amarnos, el gozo de hacer temblar con una palabra ó una mirada, la propension á contradecir los gustos de las personas que de nosotros dependen da mala idea del corazón, y ¡desgraciado del individuo, hombre ó mujer que no se apresura á enjugar el llanto que se vertió por su causa!!!

Diré por último que no sé de ninguna mujer á quien se haya hecho una crítica demasiado severa por su indulgencia y jenerosidad y que por todas partes he oido las mas acerbos censuras contra aquellas furias con rostro humano que no temen estropear al débil ni se avergüenzan de manchar sus labios con injurias, amenazas y horrendas maldiciones. Esta justa desaprobacion del público, es en mi concepto uno de los menores castigos que tendrá que sufrir la mujer soberbia é implacable que ha preferido la satisfaccion de hacerse temer á la dulce y positiva ventaja de obtener el amor y gratitud de su familia.

CAPITULO 4.º

DE LA OBEDIENCIA Y PACIENCIA.

Lo que tengo que decir sobre estas indispensables cualidades es casi una repeticion de lo que acaba de leerse, porque ciertamente una mujer dulce y condescendiente será sumisa y sufrida; al paso que una caprichosa, arrogante y tenaz es incapaz de obediencia y resignacion. No obstante, como la obediencia supone dependencia, y como la paciencia es la perfeccion de la dulzura, he querido tratar por separado de estas dos virtudes, para dar, si me es posible, mas claridad y estension á sus pensamientos en un escrito destinado en especial á las mujeres casadas. No será demasiado el insistir sobre cualidades tan absolutamente necesarias para un sexo siempre dominado, siempre dependiente y mui comunmente esclavo.

Empezaré por decir que una mujer, por su propio interes, debe ser amable y complaciente con todo el mundo sea cual fuere su edad, su estado y el lugar que ocupe en la sociedad, se entiende siempre que no se le ecsijan complacencias criminales ó indebidas en sus circunstancias; pero no está obligada á obedecer sino á sus padres ó á los que lejitimamente los representan mientras es soltera, á su marido cuando se casa, á sus amos si es criada de una casa, y á sus superiores si es monja, y esto siempre con la limitacion ya espresada de salvar su virtud y su relijion. De resto, esta obligacion es tanto mas fuerte quanto que las mujeres se casan por lo comun en una edad mui tierna, y que están desprovistas de la esperiencia, las luces y la prudencia que necesitan para manejarse con acierto, y desempeñar debidamente sus nuevas é importantes funciones. Es natural suponer que el hombre que abraza voluntariamente el estado del matrimonio, posee aquellas cua-

lidades, y es cierto y evidente que nadie es mas interesado que él mismo en todo lo que puede contribuir al bienestar, paz, honor y prosperidad de su familia. La mujer, pues, debe obedecer las órdenes de su esposo, ya porque esta es su obligacion, ya porque al contrariarlas causaria desavenencias, ya finalmente porque esta pronta obediencia agrada y lisonjea á los hombres que de ordinario son celosos de sus prerogativas y autoridad, y viéndose complacidos son por su parte mas dóciles y menos imperiosos. La esperiencia nos enseña que no puede haber dos jefes en una casa, y que cuando dos individuos ejercen el mismo grado de autoridad y el mismo derecho de mandar suelen darse órdenes contradictorias, y el resto de la familia no sabe á quien obedecer.— De aquí nacen la confusion y las rencillas que vemos en tantas casas porque es difícil que quien mandó una cosa que en su concepto es necesaria ó justa, se resuelva sin replicar á revocar la orden y parecer inconsecuente á los ojos de sus inferiores. Por otra parte, un hombre que entra y sale; que maneja los intereses de la familia; que está informado de los pequeños detalles domésticos, y de los grandes resultados buenos ó malos de sus especulaciones y negocios; un hombre, digo, que puede consultar la esperiencia ajena y pesar todas las circunstancias, es el que está en aptitud de dar órdenes, tomar medidas y dictar arreglos en la familia, y cuando él dispone como jefe, su esposa debe ser la primera en dar el ejemplo de una pronta obediencia. La confianza ilimitada que en otra parte le he impuesto como un deber, la pone en el caso de poder hacer moderadas reflexiones que es que encuentra que objetar á los mandatos de su esposo. Pero, si despues de una discusion pacífica y razonable insiste él en sus determinaciones, entónces no hai recurso, es necesario obedecer para no escandalizar.

Parto del principio de que no habrá hombre tan necio y obcecado que mande cosas indebidas solo por tener el placer de dar órdenes y que quiera ejercer su dominio sobre aquellas cosas que son esencialmente del resorte de la mujer, que solo ella puede conocer y dirigir, y que de ella exclusivamente deben depender. Supongo que los hombres no querrán darse el ridículo que les proporcionaría esta usurpacion de los derechos mujeriles, porque con tal manejo darian á conocer que tienen un menguado entendimiento, y sobra de arbitrariedad y despotismo.

No se me oculta al hablar de estos deberes pasivos de las mujeres, que puede haber casos en que esta ciega obediencia seria peligrosa y aun criminal; por ejemplo, si se trata de sacrificar una hija á la avaricia; ó al vano deseo de engrandecer la familia. Mas, estos casos son raros entre nosotros, y en asuntos de tamaña magnitud, la razon, la conciencia, el juicio de las personas prudentes y el fallo del público bastan para indicar á una buena esposa el camino que debe tomar. Lo mismo digo en el caso de que una mujer discreta se encuentre unida á un imbécil indigno de ser jefe de su familia; porque no pueden establecerse reglas claras y fijas para casos variados y singulares.

Volvamos pues á mi asunto. ¡ Desgraciado matrimonio aquel en que la mujer se reserva el derecho de no hacer sino lo que quiere, y en que usurpando la autoridad de su esposo se convierte ella en déspota y árbitro de todos los negocios! Entonces todo se desorganiza, porque no hai hombre por bondadoso ó necio que sea, que no conozca el lugar que le corresponde en su casa y que no se irrite al verse despojado de las prerogativas con que lo han investido Dios, la naturaleza y las leyes, y esto aunque no tenga la fuerza de recuperar sus derechos. Parece que la sociedad entera se ha puesto de acuerdo para

castigar con sus burlas y su desprecio al hombre débil que se deja gobernar por su mujer; pero, esta sufre á su turno una desaprobacion jeneral é inspira por todas partes la mas declarada aversion. No imaginemos locamente que una mujer se da mas importancia ó se hace mas respetable cuando ha obligado á su esposo á cederle el primer lugar. Lejos de esto, todo el mundo la ridiculiza y su conducta es citada como un modelo de atrevimiento, descaro y fatuidad. Todavía digo mas; cuando una mujer se encuentre por su desgracia, en el caso arriba indicado, es decir unida á un imbécil incapaz de gobernar su familia, y se vea por consiguiente obligada á desempeñar las funciones que á él le tocan; es de su deber ocultar los defectos de su esposo, disculpar su ineptitud y no hacer alarde de sus propios talentos, tanto porque una mujer debe ser modesta en todas las circunstancias de su vida, como porque el desprecio que ella hubiese atraído sobre su marido refluirá sobre sí misma, pues una esposa será mas respetada en la sociedad en proporcion del honor y respeto que ella tribute al hombre que es su esposo y padre de los hijos que ella ama, y á quienes debe buen ejemplo en todo.

¿Qué diré de la paciencia, de esta virtud celestial, atributo especial de la mujer, y fuente de sus mas heróicas acciones? Se necesitarian muchas pájinas para encarecer las ventajas que proporciona esta sublime virtud. Pero, me contentaré con decir, que ella es la única arma de que una mujer puede usar siempre sin peligro; que ella cansa á la maledicencia, embota los tiros de la envidia y aplaca frecuentemente los indignos furoros de un marido brutal y desenfrenado. La paciencia es la que inspira y sostiene aquella dulzura que he aconsejado para las correcciones de la familia; ella es la que consuela á una infeliz oprimida por un esposo cruel; ella es la que

mantiene, por muchas noches seguidas, á la esposa sensible á la cabecera de su marido enfermo; la que hace tolerar las molestias que causan los caprichos de los niños; la que da á una criatura tímida el valor de presentarse delante de los tiranos para implorar la justicia ó el perdón en favor de su esposo proscrito; la que guía á una mujer delicada en medio de los desiertos y las privaciones para acompañar y consolar á aquel á quien ama su corazón. La paciencia es la sostenedora de todas las virtudes de la madre, la hija, la esposa y la ciudadana, y por medio de ella se han ejecutado estas acciones heróicas, estos prodigios de amor, de lealtad y consagracion, que han hecho inmortales los nombres de tantas y tantas mujeres que recuerda la historia. ¿Qué sería del jénero humano sin la incansable paciencia de la mujer? Y sin embargo, muchas de entre ellas se creen humilladas cuando hai quien juzgue que tienen paciencia. Un necio orgullo las arrastra, y quieren manifestar que miran el sufrimiento como una vil abyeccion. ¡Cuántas hai que hacen alarde de sus arrebatos violentos, de su carácter altanero, de sus modales altivos é imperiosos! ¡Cuántas que no se avergüenzan de reñir aun á sus propios maridos en presencia de extraños! Mas, no las imiteis vosotras las que anhelaís por la felicidad doméstica. La ira, como yá lo habreis observado, hace odiosa á la mujer, y esta pasión indigna con nadie es mas mal empleada que con el marido. Si él es injusto y llega á faltarle á su esposa, esta debe aguardar con paciencia el momento del arrepentimiento ó de la calma, y si este momento no llega nunca á lo menos su corazón y su conciencia la consolarán de una pena que no ha merecido.— ¡Cuántas veces sucede que un hombre entra en su casa rabioso y colérico y desahoga con su mujer los arrebatos de su injusto enojo! Entonces ella debe

callar reflexionando que un hombre es muchas veces escusable por la multitud y calidad de los negocios que maneja y que mucho peor seria si manifestara sus disgustos y mal humor fuera de su casa. La ira le pasará pronto, porque un estado violento no puede durar, y porque él mismo sufre á causa de su injusticia y necesita mover de nuevo su pecho con impresiones suaves y pacíficas. Entonces es que la mujer debe hablar y derramar sobre aquel corazon ulcerado los tesoros de dulzura y bondad que Dios ha depositado en su seno. Mas, si su marido no es susceptible de arrepentimiento ni razon, ¿qué hará la triste esposa? La paciencia es su único recurso, porque ¿qué adelantará en volver injurias por injurias y furoros por furoros? Esto seria el colmo de la imprudencia, seria, como dicen los árabes, arrojar aceite sobre el fuego, y dándole así pábulo y violencia causaria probablemente un incendio inestinguible.

Si por un efecto de las revoluciones políticas ó de las visicitudes de la suerte, ó tal vez por mal manejo del marido se ve la mujer reducida á la miseria, rodeada de privaciones y amenazada de mayores calamidades, ¿que Dios preserve su boca de prorrumpir en quejas excesivas ó en agrias reconvenciones! Oponga la paciencia al infortunio, manifieste una alma magnánima, y sea la consoladora de aquel que sufre con ella los rigores de la adversidad.

¿Cuan recomendable é interesante es una mujer que sabe sufrir con dignidad y resignacion las muchas penas que cercan su sexo! ¡Ah! ¡criaturas débiles é infortunadas! ¡Cuánto necesitareis de vuestra paciencia anjelical en todo el curso de vuestra existencia que ha de sufrir tan rudas y amargas pruebas! En calidad de esposas y madres no vereis pasar un solo dia sin tener que ejercitar esta virtud sublime.

DE LA ECONOMIA Y ORDEN.

La economía y el orden interior de una casa están relacionados tan íntimamente con la felicidad del matrimonio, que nada habria yo hecho con hablar de los demás deberes de una mujer, si no dedicara algunas líneas para tratar de estas preciosas y necesarias cualidades.

Un autor juicioso ha dicho que la primera regla de economía consiste, en no gastar un individuo mas de lo que le producen sus rentas ó su industria; y para perfeccionar esta regla añade que debe tenerse siempre un sobrante para los casos imprevistos. Me parece que para el objeto que me he propuesto este principio es diminuto ó demasiado jeneral. Me explicaré mas claramente. Tal hombre por ejemplo tiene una renta de 1,200 pesos anuales y reserva 400 al fin de cada año. Es evidente que este hombre no ha consumido sino las dos terceras partes de su renta, y no por esto podremos asegurar que se ha manejado con economía. Segun la rigurosa acepcion de esta palabra se entiende por economía *la administracion y dispensacion recta y prudente de los bienes temporales*. Y de aqui resulta que el que gastó sin rectitud ni prudencia 800 pesos, no es económico aunque tenga guardado el sobrante de 400 pesos para conformarse con la regla que prescribe que los gastos sean menores que las rentas.

Para observar una economía perfecta es necesario, no solamente que los gastos no excedan á las rentas, sino que el mantenimiento y vestido del individuo ó la familia estén en harmonía con sus medios de subsistencia, y sean análogos al puesto que ocupe en la sociedad; que no haya una alternativa de lujo dispendioso, y alarmante escasez; que la mesa, la casa, los vestidos, las limosnas y hasta lo que se invierte en diversiones, guarden entre sí una justa proporcion; que

se vea en el conjunto y en todos los pormenores un equilibrio esacto (perdóneseme esta frase) y bien calculado, y que en cualquiera dia y hora en que sea necesario mudar de hábitos y de jénero de vida á causa de un aumento ó rebaja de fortuna, se pueda partir de una base fija y conocida, para practicar con la debida proporcion el ensanche ó diminucion de las comodidades. Ahora bien, jamas podrá llegarse á este fin con el debido acierto si una mujer activa, vigilante y diestra no ayuda en la grande obra de regularizar los gastos y ordenar el manejo interior de los diversos ramos que le están encomendados.

Solo una mujer puede entender en los detalles minuciosos de la despensa y la cocina; solo ella puede repartir el vestido y el mantenimiento de la familia sin mezquindad ni despilfarro; solo ella puede utilizar todos esos pequeños desperdicios diarios de víveres, ropa, utencilios y tiempo que descuidan en la mayor parte de las casas por su pequeñez, y que al cabo del año forman una suma considerable de cada una de estas cosas. Al cuidado de una mujer prudente está la distribucion de los quehaceres, el abasto de la despensa, el arreglo del gallinero y palomar, el aseo y conservacion de los muebles, la compostura y calidad de los vestidos y la claridad y órden en las cuentas del gasto interior. Ella debe saber por menor el precio de los comestibles para proveer su casa en tiempo de cosechas y abundancia de aquellas cosas que no se mermaa ni desmejoran con estar guardadas un largo espacio de tiempo; debe averiguar la calidad y valor de las telas para vestir su familia de aquellas mas decentes y durables segun sus circunstancias y la fortuna de que goce; y debe conocer los métodos mas económicos para hacer tales ó cuales obras del servicio interior dentro ó fuera de la casa, segun el pais en que viva, y la calidad y número de criados que se nece-

siten. Todos los muebles y trastos de la casa desde los adornos de la mas lujosa habitacion hasta los utensilios de la cocina, deben serle conocidos, á fin de que advierta cuando le roban ó destruyen alguna cosa; y que pueda vijilar sobre la conservacion de todo. Seria conveniente que fuese tan práctica en el lugar que ocupa cada cosa, que pueda hallar lo que se necesite aun en medio de las tinieblas de la noche.

Preveo que no faltará quien me diga que estos pequeños pormenores son indecorosos para una señora de comodidades y que quien tiene dinero puede y debe proporcionarse un mayordomo ó ama de gobierno que desempeñen las subalternas funciones á que quiero sujetar á una mujer de alto rango. No, jamas convendré en que hai desdoro en el cumplimiento de las obligaciones, ni una mujer es menos respetable cuando llena con esactitud todos sus deberes. Una casa bien ordenada hace honor á quien la dirige; y es necedad esperar de criados mercenarios una vijilancia y economía cuyas ventajas no podrán conocer jamas. Se dirá que una señora dedicada á tantos y tan minuciosos cuidados no puede atender personalmente á la educacion de sus hijos, ni podrá nunca, por falta de tiempo, presentarse en la sociedad á donde alguna vez la llaman su calidad y relaciones. Empero, ¿quién ignora que el buen ejemplo es la primera leccion que se debe dar á la familia? Las hijas están destinadas á ser esposas y madres algun dia, y ¿cómo sabrán gobernar su casa las que no aprendieron á hacerlo al lado de su madre?—Pagarán tambien mayordomos y despenseras.—Bueno; mas ¿quién asegura que la familia será perpetuamente rica, y que podrán comprarse con dinero jentes encargadas de cumplir deberes que las señoras de casa se atreven á desdeñar á la faz del mundo entero? ¿quién responderá de la fidelidad de estos sirvientes, que de ordinario se enriquecen á costa

de los indolentes amos, á quienes saquean y arruinan? Además de esto, es bien sabido que nunca falta tiempo al que sabe distribuirlo con economía y orden; y que una señora de juicio y prudencia dispone siempre con tanto acierto de sus horas, que sin quitar ni un instante á sus ocupaciones indispensables, le quedan sobradas horas para gozar de las recreaciones y pasatiempos que le son permitidos. Si yo tratara aquí de ostentar erudición, y enseñar con grandes ejemplos lo que solo deseo persuadir por medio de un convencimiento íntimo, no me sería difícil ojear la historia y sacar de ella muchos nombres ilustres que servirían para apoyar todo lo dicho sobre esta materia. Mas, no quiero hablar á la vanidad sino al corazón y á la razón; y cuando he afirmado que el rango no se opone al desempeño de las obligaciones caseras, es porque tengo la convicción profunda, apoyada en la observación mas constante, de que esto es así; y creo que hasta la poderosa soberana de Inglaterra hallaría, si gustara, el tiempo suficiente para gobernar su casa por sí misma, sin que esto le causara ni mengua ni deshonra. Pero este libro no es escrito para personas de tan elevada condición; en la Nueva Granada no hai reinas ni princesas; casi todas nuestras damas son iguales; madres, hermanas, hijas y esposas de los hombres que alternativamente nos gobiernan, de los que defienden á la patria en los campos de batalla, de los que la ilustran con su saber ó la enriquecen con su industria y comercio; sus fortunas son semejantes y sus rangos difieren poco. Aquí no hai familias opulentas, ni orgullosos titulados, ni banqueros millonarios, y no debe haber mujeres inútiles y holgazanas. Nuestra república necesita ciudadanos virtuosos, y estos deberán ser formados por madres laboriosas, prudentes y honradas. Las rentas del Estado han de estar manejadas con orden y economía; y estas virtudes se aprenden desde

la infancia con los consejos y ejemplos de una buena madre. Estas se hallan encargadas de esta enseñanza, y no puede temerse que nuestra moderada sociedad se avergüence de la práctica de lo bueno y lo útil, solo porque algunas calaveras hayan tenido el antojo de llamarlo bajo y degradante.

Y ¿por qué han de desdeñar las mujeres unas ocupaciones y cuidados que las hacen necesarias á sus esposos y respetables en el recinto doméstico? ¿Por qué han de abandonar este gobierno prudente que aumenta sus comodidades, ensancha su autoridad y economiza el fruto de los sudores de sus padres y esposos?— ¿Ignoran ellas, acaso, los peligros, fatigas y comprometimientos que rodean cada una de las profesiones que los hombres abrazan para buscar la subsistencia de su esposa y sus hijos? Y siéndoles todo esto conocido, ¿cómo podrá parecerles tan penosa la pequeña parte de trabajo que les toca, á fin de economizar y distribuir con prudencia lo que un padre de familia gana frecuentemente con peligro de su salud y de su vida? Por otra parte, ¿cuánta será la satisfacción de una mujer honrada que sabe mantener en su casa la abundancia y las comodidades, no por lo crecido de sus rentas sino en virtud de su actividad, industria y buen orden! Estos cuidados no se pierden en el corazón de un marido. Aunque su esposa tenga la modestia de no hacerle notar los efectos ventajosos de su administracion, él los observará en todo; y si fuere tan distraído ó indolente que nada haya notado, la casa de un amigo ó las quejas de un vecino, presentándole un objeto de comparacion, le revelan estos misterios de orden y buen gobierno debidos á la economía de su esposa. Entónces él bendecirá en su corazón la dichosa eleccion que supo hacer y el dia en que se unió á una compañera laboriosa y modesta. ¿Es poca esta satis-

faccion para una mujer? ; Cuan deliciosa debe serle la aprobacion de un marido amado !

Aun diré mas; si un hombre por sus vicios y mal carácter, ni nota, ni agradece, ni aplaude estos buenos procederes de su esposa, este es un motivo de otra especie mui poderoso para que ella se contraiga mas al cuidado de su casa; tanto porque los quehaceres alivian de las penas del espíritu, como porque un buen manejo doméstico es lo único que puede equilibrar el despilfarro de un vicioso, y prevenir ó retardar la ruina de una familia.

Como la economía y el buen órden doméstico son el resultado del juicio y prudencia de una mujer, creo que no será fuera de lugar el recordar aquí otro deber de moderacion que está relacionado con el cuidado de los intereses del marido, y es uno de los ramos de la economía. La mala educacion de muchas mujeres y sus frívolas y pueriles pretensiones las han habituado desde niñas a mirar como necesarios todos los dijes de la moda, y cuantas costosas estravagancias usan. las personas que tienen muchas comodidades ó mui poco juicio. De aquí nace que sin reflexion sobre los recursos con que cuenta un hombre, sin calcular los muchos costos que trae consigo y como accesorios un objeto de lujo, se atreve una mujer á solicitarlo con importunidad, y compromete el amor ó la vanidad de su esposo á hacer desembolsos considerables con perjuicio de sus mas sagradas obligaciones. Yo quisiera desterrar esta perniciosa manía de imitar el lujo ajeno, y que las mujeres se acostumbraran á no tener mas adornos superfluos sino aquellos que son compatibles con un modesto decoro, y con los medios de subsistencia con que cuenta su marido. ; Qué se adelanta con poseer una joya, un mueble, un vestido de eccessivo valor? — Atraer por un momento la atencion envidiosa de al-

gunas mujeres y abrir un campo inmenso á la maledicencia para que forme sus temerarias y ultrajantes conjeturas. Lo repito, una mujer casada no debe presentarse en público sino con aquellos adornos que están en consonancia con el respetable estado del matrimonio, y con las comodidades que su marido disfruta. El uso contrario es criticable, opuesto á la moral, extravagante siempre, y frecuentemente escandaloso.

Nuestras instituciones políticas nos prohíben el lujo, y puede asegurarse sin temor de incurrir en equivocacion que jamas se hará una verdadera república de un país en donde haya un considerable consumo de esos objetos costosos cuyo uso favorece las pretensiones y distinciones aristocráticas, y ha corrompido tantos pueblos, y cuyo abuso ha arruinado tantas familias. A las mujeres toca dar el ejemplo de esta moderacion que debe formar el caracter distintivo de los republicanos, y está en sus intereses educar temperantes, virtuosos y económicos á estos hijos que algun dia serán nuestros majistrados, lejisladores y economistas.

En efecto, ¿con qué disposiciones se criará una familia que oye hablar continuamente de trajes costosos, cintas, encajes, joyas de inmenso valor y magníficos muebles sin haber observado nunca que se haga el menor reparo sobre el precio? ¿No pensará naturalmente que sus padres poseen tesoros inagotables, que todo se puede pedir con tal que ocurra desearlo, y que si faltan los atavíos del lujo se rebaja su familia de su nobleza y dignidad? Este resultado es bien probable; el niño no vé sino un vano brillo, pero ignora el trabajo que cuesta, las deudas que se contraen, los petardos que se causan, las angustias que se sufren y la crítica y desprecio que ataca por todas partes á sus locos y desgraciados padres. El niño está ya enseñado á que se contenten sin escámen sus caprichos; le dan costosos juguetes, se le

viste con un esmero afectado, se le permite manejar dinero, y jamas se le da una leccion de economía ó de templanza; nunca se le deja entrever lo que cuesta adquirir estos objetos que él destruye por descuido ó pasatiempo; ni se le indica siquiera que estos reales que él gasta por hábito en golosinas que ya le empalagan, saciarian el hambre, cubririan la desnudez y harian la felicidad de toda una familia que jime en la mas espantosa miseria. Así es como la falta de órden y economía de una mujer todo lo pervierte, todo lo vicia, y ahoga hasta los sentimientos de humanidad en el corazon de sus inocentes hijos.

Fácil me sería trazar el cuadro que presenta en su interior una casa mal gobernada, porque desgraciadamente he podido hacer muchas observaciones sobre orijinales bien notables. Aquí se veria una escena ridícula de vanidad y miseria: allí una negligencia irritante, mas allá una ignorancia vergonzosa. Pero, me abstengo de esta triste pintura, porque no quiero que se sospeche siquiera que he trazado un solo rasgo con intencion de zaherir á alguna persona. No; yo amo demasiado á mis conciudadanas para poder consentir en mortificarlas de ninguna manera. Sé que, en lo jeneral, no son ellas culpables de los defectos adquiridos por una educacion diminuta ó viciada, y conozco demasiado que el mal viene de mas lejos. Sin embargo, me parece que lo dicho es suficiente para inspirarles amor á la economía y al órden, y por esto no me detengo en manifestarles otras mil ventajas que les procuraria la práctica de estas virtudes, ni los horribles males que acarrea su inobservancia. Me limito únicamente á indicarles la senda que me parece buena, suplicándoles á las que adolecen de los defectos que quiero corregir, que se dignen observar, estudiar é imitar á tantas matronas respetables de todos estados y clases que honran nuestro suelo con su moderacion, su juicio y sus virtudes.

CAPITULO 6.º

DEL ASEO.

¡Un capítulo sobre el aseo!! ¿Quién hubiera imaginado que esta cualidad llegaría á enumerarse entre las obligaciones esenciales de las mujeres? Mas, haciendo una breve reflexion debe cesar la sorpresa y encontrarse razonable mi idea.

El aseo es el auxiliar de la economía de que acabo de hablar y el conservador de la salud. El dá encantos á la juventud, presta atractivos á la vejez, realza la belleza y aun hai quien piense que la prolonga mucho mas allá de su término ordinario. He aquí algunos de los títulos con que cuenta esta amable cualidad para figurar en el catálogo de las principales virtudes de una esposa. Diré mas todavía, todas las afecciones tiernas que experimenta el corazón de una mujer le prescriben el deber del aseo.

Voi, pues, á hablar del aseo en casi toda su estension porque así es que se hace mas interesante y que puede conocerse toda la necesidad que hai de observarlo con la mas escrupulosa vijilancia.

Bien sabido es, que muchos individuos guardando la mas esacta limpieza en su persona y vestidos, miran con indiferencia el aseo de su cocina, al paso que otros ecsijiendo los cuidados mas atentos en los manjares y el servicio de la mesa, no piensan jamas en lo necesario que es estender á sus manos, cabeza y cuerpo estos mismos cuidados.

Pero, en una mujer es imperdonable la falta de limpieza, y no comprendo como es que una señorita se atreve á ostentar un lujoso collar de perlas sobre una garganta afeada con el mas reprehensible desaseo. Lo mismo observo con relacion á los vestidos: muchas veces cubre un rico y costoso traje una ropa interior sucia, desgarrada y mal hecha. Todo esto se

nota mas de lo que se piensa y hace perder infinitamente á las mujeres. La que no cuidó de la limpieza de su persona en la juventud será aun mas descuidada cuando vaya entrando en edad, y por consiguiente carecerá de una de las prendas importantes que deben adornar á una madre de familia y de uno de los atractivos que hacen interesante á una anciana. *Resulta pues, de aquí, que el aseo está prescrito por el interes personal, porque capta la benevolencia aun de aquellos aturdidos á quienes repugna la vejez.*

Los niños necesitan baños frecuentes, ropas limpias y holgadas, dormitorios ventilados y barridos, donde se respire un aire puro y saludable. Estas precauciones conservan su salud, los robustecen y contribuyen eficazmente al pronto y vigoroso desarrollo de sus facultades intelectuales; porque es bien sabido que cuando el cuerpo está débil y enfermizo el espíritu se encuentra oprimido y pierde poco á poco su enerjía. *Se infiere de aquí que el amor maternal ordena á las mujeres el aseo.*

No será necesario emplear un largo discurso para persuadirlas que como esposas tienen una absoluta necesidad de cuidar de la limpieza de sus personas, porque la perpetua compañera de un hombre tiene un interes mui grande en evitar todo lo que á él pueda serle molesto y en procurar todo aquello que contribuye á prolongar las ilusiones del amor y á hacer agradables las relaciones íntimas del matrimonio. Este deseo de complacer á su esposo no ha de limitarse á su persona, pues debe dirigirse su vigilante cuidado ácia todos los objetos que admiten limpieza y que están bajo su direccion. Aun el mas tosco alimento agrada al paladar, si está preparado con aseo, servido sobre un blanco mantel y en platos bien fregados y secos. Lo mismo sucede con respecto á

la cama, porque la mas escrupulosa limpieza no es excesiva en un lugar donde se pasa por lo menos la cuarta parte de la vida. El mismo cuidado ecsijen todos los muebles y utensilios de una casa. Todo lo que hai en ella esta especialmente encomendado á la señora y es probable que cada objeto de servicio doméstico se haya conseguido con trabajo y fatiga. El aseo conserva los muebles que se poseen y aleja la necesidad de hecer nuevas adquisiciones para reponer aquellas cosas que pudieran destruirse por un abandono culpable. *Así, pues, queda demostrado que la ternura conyugal y una prudente economía prescriben el cuidado y aseo de su persona y su casa.*

Hai una infinidad de enfermedades cutáneas y otras varias que aflijen particularmente á los niños, y que tienen horribles consecuencias, las cuales por lo comun nacen ó se desarrollan con el desaseo. La suciedad de la boca causa ó acelera la corrupcion de la dentadura y de aquí se orijinan esos crueles dolores de muelas y dientes que empezando por martirizar, concluyen por afean hasta los mas hermosos y frescos semblantes haciendo que negros y asquerosos raigones ocupen el lugar de una blanca y hermosa dentadura. Si todas las madres acostumbraran á sus hijos al aseo, los médicos tendrian menos ocupacion, y la sociedad contaria en su seno mayor número de individuos sanos y de buena presencia. *He aquí como el amor de la humanidad en jeneral aconseja tambien la limpieza.*

¡ Con quanto gusto entrará un hombre en su casa sabiendo que siempre la encuentra limpia y bien ordenada! ¡ Con qué satisfaccion acariciará á su esposa y á sus hijos! ¡ Cuan delicados y sabrosos le parecerán los alimentos preparados con aseo y servidos sobre una limpia mesa rodeada de una familia

feliz y robusta por los cuidados de una buena madre! ¡Qué delicioso le será el sueño que disfruta en un lecho aseado y al lado de esta amiga querida que lo complace con la pureza de su alma y de su cuerpo! ¡O! ¡qué felicidad para una mujer tener tantos medios de complacer á su marido y poder bajo tan distintos puntos de vista hacerse agradable y necesaria al compañero de su vida! Y ¡qué dicha para un hombre haber hallado una amiga tan estimable que con sus cuidados y ternura le endulza todas las amarguras de la existencia!

Veamos ahora las cosas por otro lado. Se formará malísimo concepto y todo el mundo censurará á una mujer que se encuentra siempre con los vestidos sucios, los cabellos en desórden, las manos manchadas y cuya casa sin barrer y cubierta de telarañas y polvo, nos descubre por donde quiera la desidia, pereza y abandono de quien la gobierna. Además, es cosa mui desagradable ver una mesa cubierta con un mantel chorreado y con tenedores y cucharas que conservan restos de la comida del dia anterior. ¿Qué cosa mas asquerosa que la vista de manjares llenos de mosquitos, carbones y cabellos? ¿Quién podrá reclinarsse con placer sobre una almohada hedionda y gracienta? ¡Y qué objeto tan repugnante son unos niños mugrosos y desarrapados cuyas facciones apenas se distinguen al travez de la asquerosa costra que tan horriblemente los desfigura! Todo esto inspira mala idea del carácter de una mujer, y yo he conocido un marido que concibió la mas invencible aversion ácia la suya á causa del excesivo desaseo que observaba en su persona y su casa. Ninguna señora de juicio se desentenderá de estos por menores que tanto le interesan y que hacen que su persona, sus hijos, sus criados y su habitacion conserven el debido aseo y presenten este hermoso as-

pecto de alegría que comunica la limpieza aun á las cosas inanimadas.

Aconsejo, pues, á las esposas que acostumbren á su familia á levantarse con el Sol, y que las tres primeras horas de la mañana se destinen á bañarse, peinarse, barrer, sacudir y fregar los muebles y trastos de la casa y poner en orden todas las cosas. Una vez establecido este método, será bien corto el tiempo que en lo sucesivo se emplee diariamente en esta policia doméstica porque es mui poco lo que puede haberse ensuciado ó desarreglado en el corto espacio de veinte y cuatro horas. Las ventajas que produce este espíritu de orden y de aseo son conocidas y sentidas por todo el mundo, y es verdad que muchas veces nos sorprendemos de hallar que la limpieza sola basta para dar cierto aire de elegancia y buen gusto á una pobre cabaña, y para prestar los encantos de la belleza á una jóven aldeana de una fisonomia comun. Esto prueba que las mujeres tienen una necesidad absoluta del aseo, y que aquella que descuide la pulcritud de su persona y no cifre en ella uno de sus mas poderosos medios de agradar, no merece ciertamente fijar por largo tiempo las atenciones de un hombre delicado y gozar por toda su vida de la afeccion y cuidados de este. En fin, lo repito, el aseo recrea la vista, conserva los bienes de fortuna, ensancha y embellece la habitacion, mantiene la salud y encubre los estragos del tiempo, dando á la vejez el aire festivo y risueño de la edad de los placeres. Esta virtud es el ausiliar poderoso de los muchos y variados medios que posee una mujer para hacerse amable y necesaria á su esposo; y es un indicante de que quien la observa en todos sus ramos, será madre cuidadosa, esposa tierna, administradora económica y activa, y excelente señora de casa. No se debe, pues, descuidar el cultivo de una

cualidad que puede contribuir tan poderosamente á la felicidad de la vida privada que es la única á que deben aspirar las mujeres.

Mas ya es tiempo de concluir mi tarea. Espero que las mujeres me favorecerán á lo menos con su induljencia si he tenido la desgracia de no merecer su aprobacion. Aconsejándoles la fidelidad y la obediencia no he dicho nada que no les estuviera ordenado por un lejislador divino y por sus propios intereses. Solamente he tratado de recordarles lo que una educacion diminuta puede haberles hecho olvidar. Hablándoles sobre algunas de las otras cualidades que deben adornar á una esposa, no he hecho sino reunir bajo un solo punto de vista lo que ya han dicho muchos moralistas y que hallándose esparcido en muchos volúmenes y mezclado con otras mil cosas, ni es fácil de leer en poco tiempo, ni está tan espresamente acomodado á nuestra sociedad granadina. La felicidad de una mujer en esta y en la otra vida estriba en llenar fiel y relijiosamente sus deberes, en cualquier estado que abrace, por arduos y dificiles que parezcan. A esto se reduce cuanto queda dicho en los seis capítulos anteriores y en toda la obra. Sé que para esplicar clara y distintamente todos los deberes de una esposa se necesitaria hacer una obra mucho mas larga que esta: pero hablo a criaturas intelijentes, sensibles y deseosas del bien, y no dudó que bastará lo dicho.

¡O esposas y jóvenes solteras que leis este escrito! No imagineis que he intentado hacer mas pesado para vosotras el yugo del matrimonio. No; la naturaleza, vuestra propia conveniencia, y el convenio de todas las sociedades civilizadas os han marcado vuestro lugar. Necesitais un apoyo, un protector; pero debeis merecerlo. Renunciad á la corruptora coqueteria, á los frívolos caprichos, á los perniciosos

pasatiempos que ocupan vuestra juventud, y muchas veces vuestra vida entera. Penetraos de los deberes sagrados que os imponen los títulos de esposas y madres, y preparaos á desempeñar dignamente las funciones que les están anexas. Unidas una vez á un hombre con el vínculo mas respetable, desterrad á los demas hombres de vuestro corazon. Dedicad á hacer la felicidad de aquel á quien os ligó la Providencia, y mereciendo su amor, su respeto y su gratitud habreis obtenido la veneracion y aplausos de toda la sociedad.

¡Permita el Cielo que mi corto trabajo sea de alguna utilidad! ¡Cuanto placer seria para mí haber contribuido á enjugar las lágrimas, á calmar los dolores, á minorar los escándalos que causan tan frecuentemente esos himeneos desacertados!

Padres y madres de familia; jóvenes de ambos sexos que deseais casaros, creedme, sino cumplis vuestras obligaciones respectivas, jamas sereis dichosos; y si á pesar de cumplirlas os persigue el infortunio, no os priveis del testimonio de una conciencia pura que es el mas sólido fundamento de la esperanza, y el dulce y único consuelo en la adversidad. Guardad vuestros juramentos, respetad el matrimonio y no desmoraliceis con vuestra conducta y vuestros sarcasmos esta santa y venerable institucion. Entonces dejará de ser considerada como una odiosa esclavitud. La sociedad se pervierte y corrompe, y la república se perjudica porque los casados no son lo que deberian ser. Amaos y no abuseis de vuestras prerogativas. Acordaos que, *de una y otra parte hai derechos que es justo respetar, y deberes que es preciso cumplir.*

NOTA. Si mi ensayo no fuere mal recibido, publicaré varias notas que servirán para aclarar mis ideas, apoyar mis principios y probar mis aserciones. Tambien verá la luz un tratadito sobre la economía doméstica, destinado á las Señoras de casa y á las amas de gobierno.

TRATADO

SOBRE

ECONOMIA DOMÉSTICA

PARA EL USO

DE

LAS MADRES DE FAMILIA Y DE LAS

AMAS DE CASA.



BOGOTA.

IMPRESA DE JOSÉ A. CUALLA.

1848.

PRIVILEGIO.

MARIANO OSPINA, GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BOGOTÁ,

Hago saber, que la Señora María Josefa Acevedo de Gómez se ha presentado ante mí, reclamando el derecho esclusivo para publicar i vender una obra de su propiedad, cuyo título ha depositado, i es como sigue.—“*Tratado de economía doméstica;*” i que habiendo prestado el juramento requerido, la pongo por las presentes en posesion del privilegio por quince años, los cuales podrán prorogarse por otros quince, cuyo derecho le concede la lei 1.^a, part. 1.^a, trat. 3.^o de la Recopilacion Granadina que asegura por cierto tiempo la propiedad de las producciones literarias i algunas otras.

Dado en Bogotá á 26 de Setiembre de 1848.

(L. S .)

MARIANO OSPINA.—J. M. Escovar.

Sala de Patrimonio Documental



BOGOTÁ

IMPRESA DE JOSÉ A. CHALINA

1848

A la Señorita Dolores Neira.

Cuando traté de publicar en el año de 1844 mi "Ensayo sobre los deberes de los casa los," solamente en tí, mi amada sobrina, i en el esposo de mi hija, hallé la benévola proteccion que otras personas no pudieron, ó no quisieron darme. Al saber tú que yo tenía un manuscrito que deseaba publicar, me brindaste espontáneamente tu bolsillo, i entregándome el dinero que habías pensado destinar para tus recreaciones i adornos, me facilitaste los medios de imprimir mi libro. Mi corta ganancia pecuniaria, i la satisfaccion que he sentido al ver reimpressa i elogiada una obra mia, son ventajas i placeres que debo á tu generosidad, i me complazco hoi cordialmente, dedicándote en retribucion este "Tratado de Economía doméstica." Acepta, pues, mi querida Dolores, este pequeño testimonio del afecto i de la gratitud de tu tia.

J. A. de G.

ADVERTENCIA.

Hace largo tiempo que ofrecí un pequeño tratado sobre Economía Doméstica. Circunstancias inevitables me habian impedido cumplir antes de ahora mi oferta; pero al fin hoy me presento por segunda vez ante el público granadino con el carácter de escritor, i no quiero ni cansar su atencion con la apologia de mi obra, ni implorar su indulgencia si este escrito se considerase indigno de ver la luz pública. He querido ofrecer á mis compatriotas este pequeño fruto, no de mis estudios i meditaciones (porque en verdad nada de esto se necesita para escribir una obra tan corta i superficial) sino de mis ocios i de mis cortos momentos de tranquilidad. Debo advertir que no es el deseo de adquirir reputacion literaria el que me ha puesto la pluma en la mano. Una voluntad decidida por comunicar á los demas lo que me parece útil, i la necesidad de aumentar en lo posible los medios de subsistencia, son las causas únicas que me han determinado á escribir. Añadiré á lo dicho, que, aunque en varias de las pinturas que aquí presento, puedan descubrirse algunos rasgos semejantes á originales muy conocidos, no ha sido mi intencion hacer retratos, i por consiguiente protesto contra toda interpretacion maligna, i declaro francamente que este libro no necesita clave.

Si yo tuviere la dicha de agradar i ser útil á mis lectoras, i la ventaja de vender mi obra, quedaré satisfecha. Si por el contrario mereciere la critica i el desprecio, sufriré un perjuicio positivo que, unido á la vergüenza que me causará este desengaño, será suficiente castigo de mi temeridad.

TRATADO

Sobre economía doméstica.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ECONOMÍA DEL TIEMPO.

Si vous aimez la vie, ne prodiguez pas le temps; car, comme dit le bonhomme Richard, c'est l'étoffe dont la vie est fait. Si le temps est la plus précieuse de toutes les choses, prodiguer le temps doit être la plus grande des prodigalités; puisque, le temps perdu ne se retrouve jamais, et que ce que nous appelons *assez de temps*, se trouve toujours fort peu de temps.

Que signifient donc les désirs, les espérances de temps plus heureux? Nous pouvons rendre le temps meilleur si nous savons agir. L'activité n'a point besoin de former de vœux; celui qui vit d'espérance mourra de faim.

FRANKLIN.

Para tratar de la economía con algun orden i claridad, es necesario empezar por el ramo mas descuidado, i talvez el mas importante. No podemos adivinar ciertamente, cuanto dinero, cuantos bienes de todas clases, podrá concedernos la mano de la Providencia. Empero, si sabemos que la mas larga vida no alcanza ordinariamente á la duracion de un siglo. Deduciendo de ella la época de la infancia, en que no se prevee ni se compara, los dias empleados en la primera educacion que recibimos sin pensar en ello, i por disposicion de otros,

lo que nos quitan de la existencia activa el sueño i las enfermedades, ¿qué nos resta? Un breve espacio, un instante imperceptible, si hemos de medirle comparándole con la inmensidad de nuestros deseos, la estension de nuestras esperanzas, i la viveza ardiente de nuestra imaginacion. Este instante, ó si se quiere, estos cuarenta ó cincuenta años de una precaria é incierta duracion, son de la mayor importancia, son nuestro tesoro, puesto que de ellos se compone nuestra existencia. ¿I qué uso hacemos de ellos? Los prodigamos, los perdemos lentamente por horas, por minutos, por segundos, dejando escapar, sin provecho de nadie, el tiempo inestimable de la vida, como se vertería en un lugar desierto un precioso perfume encerrado en una redoma ligeramente hendida. ¡Lamentable ceguedad por cierto! Amar la vida hasta el extremo de querer conservarla aún en medio de la enfermedad i la pobreza, soportarlo todo á trueque de alargar unos dias mas una carrera que infaliblemente debe terminarse; i no saber usar de estos dias, de estas horas contadas, que pasan para no volver, i de cuyo uso ha de pedirnos cuenta el que no pasa ni se acaba jamas. Este tiempo indefinible, este tiempo de que todos hablamos sin comprenderle, este tiempo, nuestro bien mas precioso, nuestra transitoria i querida propiedad, es el objeto de nuestros desvelos i cuidados, i por una contradiccion inconcebible, le prodigamos locamente, no solo sin sacar de él provecho alguno, sinó comprando, á costa de su uso imprudente, remordimientos, pesares, enfermedades i temores. Las conversaciones frívolas, la disipacion, la ociosidad i la pereza, son otras tantas fuentes por donde corre i se nos escapa sin cesar este tiempo inestimable que se nos ha concedido con tan diverso objeto. Una muger instruida ha dicho: «Emplead vuestros dias en cultivar vuestra inteligencia, practicar la virtud, hacer todo el bien posible, no solo á vuestros semejantes sinó á todo ser que tenga vida i sen timientos, en alabar i bendecir al dispensador de todos los bienes, i habréis empleado el tiempo con utilidad.»

Todas las edades, i todos los estados de la vida, imponen deberes de que no podemos desentendernos sin cometer una falta mas ó ménos grave. Haciendo un buen uso del tiempo, estaremos con mas aptitud para cumplir estos deberes, i yo voi á hacer algunas ligeras indicaciones sobre este uso de las horas del dia, i sobre el modo de utilizarlas, advirtiéndolo á mis lectores, que escribo para las mugeres, i especialmente para aquellas que no tienen una inmensa fortuna, pero sí una casa que gobernar, i una familia que educar.

Todo el mundo sabe cuan importante es madrugar, i es cierto tambien que la salud, la alegría, el despejo del entendimiento, i la belleza, adquieren con este uso un aumento, un realce encantador: tal vez su existencia depende de la loable costumbre de levantarse de mañana. La muger que se levanta al aclarar el dia, puede emplear sin afan las dos primeras horas en el arreglo de su cama, cuarto, tocador, i aun la casa toda; otra hora en el aseo i adorno personal, i media hora en su desayuno; i ya desembarazada de estos indispensables quehaceres, tiene delante de sí mas de ocho horas de cuyo buen uso podrá sacar grande utilidad. Sea cual fuere su oficio, ó profesion, le será ventajosísimo no emprenderle hasta que haya puesto orden en su casa, i que su persona esté con el aseo i la compostura que permiten sus circunstancias. Entónces se da principio á la costura, al dibujo, á la enseñanza de los niños, á la fabrica de flores ó á cualquiera otra ocupacion, suponiendo sí, que todos los individuos de la familia bajo su direccion i ejemplo, habrán hecho lo mismo. Para no perder tiempo se habrá habituado desde luego á colocar los instrumentos de su oficio en un lugar fijo, i á no dejar ni aun momentáneamente ninguna cosa fuera del sitio que se le ha destinado. El orden es la primera cualidad de una señora de casa, i sin él no hai aseo, economía, ni tranquilidad. He visto casas donde el desayuno se tomaba á las once, no porque tal fuese el uso de la familia, sinó porque, no teniendo lugar la llave de la despensa, se pasaba la mitad de la mañana en que la

señora, los hijos, i los criados, buscasen aquella llave por todos los rincones i sobre todos los muebles de la casa. Otras señoras he visto pararse siete ú ocho ocasiones en el instante de empezar su labor, para buscar las tijeras en el dormitorio á donde se llevaron para preparar el papel con que rizaron el pelo, el dedal en el lugar donde se lavaron las manos, el agujetero en la despensa á donde se llevó para arreglar el vestido de un niño, i así sucesivamente todos los utensilios de la costura esparcidos i diseminados por una espaciosa casa. La reunion de estos diversos objetos causa una pérdida de tiempo, que sumada al cabo de un año, da cuatro ó seis semanas empleadas en dar vueltas atolondradamente por una casa, como el que juega á la gallina ciega. De aquí se infiere, que el orden i buen método son indispensables para ahorrar tiempo. Es mui útil que la Señora de casa, ó la criada de confianza, ó la hija encargada del cuidado de la despensa, acostumbre disponer desde la víspera el almuerzo de la familia. Esto facilita el trabajo á los criados, i no causa embarazo en el servicio de la casa, si una mala noche, ú otro accidente imprevisto, obligase á la señora á permanecer por la mañana una ó dos horas mas en la cama. Despues del almuerzo es preciso disponer i sacar lo necesario para la comida; i aquí se presenta otra ocasion para manifestar despejo i buen orden. La señora no debe contentarse con abrir la despensa i sentarse luego como una estatua, miéntras la cocinera (que en este país, por lo comun, es viciosa é ignorante) dispone i saca á su antojo, disipando tal vez en una sola comida lo que habria bastado para mantener tres ó cuatro dias á toda la familia. Se ordena lo que ha de hacerse para la comida conforme á las conveniencias de que se disfruta; se ve que la criada saque de todo con la debida proporcion para que no haya escasez ni desperdicio; se observa cuánto puede necesitarse para guisar i preparar los platos que se han dispuesto, i se ve que todo vaya en las cantidades suficientes, porque los criados desperdician ordinariamente el exceso de especias, cebolla, pan, legumbres, etc;

ó por lo ménos, estas cosas que sobran les sirven para mantener la cocina en perpétuo desarreglo i desaseo, dejando un poco de cada cosa sobre los fogones, las piedras de moler, los estantes, la puerta del horno, el mortero, el almirez, i las demas vasijas del servicio diario. Por otra parte, una salida hasta la despensa para sacar cada una de las cosas de que ha de componerse la comida, causa un enorme desperdicio de tiempo. Si á las horas de comer, se sirven platos de aquellos que solamente se prueban, ó que por su naturaleza pueden i deben reservarse para el dia siguiente, la persona encargada de la despensa los guardará al instante mismo de levantarse la mesa; porque, venir despues de haber tomado oficio, es malgastar el tiempo, i dar lugar para que los criados, ó los niños prueben, ó manoseen cosas que debieron conservarse con limpieza. Para que el tiempo esté bien empleado, es necesario que se dé alguna hora al ejercicio corporal. Las personas que piensan mas, trabajando diez ó doce horas seguidas sin levantar la cabeza, hacen ciertamente un mal cálculo, porque anticipan con este método homicida los achaques i las enfermedades de la vejez. Las mugeres deben hacer ejercicio diario, i recrear su espíritu para conservar el vigor i la salud que han de asegurarles una larga vida, i muchos años de aptitud para trabajar en los perpétuos i penosos quehaceres domésticos. Esta consideracion para los que se hallan escasos de fortuna no debe ser indiferente, puesto que el trabajo representa un cuantioso capital, i le es equivalente. Así, pues, conviene dar una hora al paseo que proporciona placeres, ayuda al desarrollo de las fuerzas, mantiene en buen estado la circulacion de la sangre, i conserva el equilibrio en el calor natural que, segun un sábio médico, es el mas poderoso auxiliar de la salud. Este paseo es mas conveniente ácia el campo en donde se respira un aire libre i saludable. El ejercicio entra, pues, en el buen empleo del tiempo.

Las visitas entre nosotros consumen por lo ménos la quinta parte de la semana, sin provecho, sin placer,

i sin necesidad. Se da parte de todo i por todo, i con pretesto de cumplir con los deberes de la urbanidad, se pasan dias enteros en las casas de los vecinos, conversando inutilidades, i adquiriendo relaciones que, por íntimas i afectuosas que parezcan, se abandonan ú olvidan al mudar de calle ó barrio. Las mugeres por su propio interes deberian ser ménos inclinadas á visitar, sobre todo cuando la curiosidad, las bufonadas insulsas, las insufribles conversaciones sobre enfermedades i criados, las confidencias amorosas, ó la desapiadada maledicencia, forman el fondo invariable de casi todas estas conversaciones de visita. Seria mejor visitar ménos, i dedicar para esto las tres primeras horas de la noche; con lo cual se evitaría tambien encontrar al paso á los mas intolerables ladrones del tiempo, á los perpetuos conversadores de las calles, que sin reflexionar sobre el perjuicio que causan deteniendo á las personas que tienen deberes i ocupaciones, viven acechando en las esquinas á cuantos pasan para detenerlos á todo trance, sin querer notar la distraccion ó lá impaciencia con que casi siempre se les escucha (*). Las visitas de noche pueden prolongarse un poco mas sin inconveniente, i serán mui agradables si reina en ellas una cordial urbanidad, i se establecen conversaciones francas i generales. Aquí, por lo comun, la etiqueta, la murmuracion, las rivalidades, i la desconfianza, hacen poco frecuentes, i aún peligrosas, estas reuniones de individuos que en otros paises sirven de recreacion á los espíritus, i de descanso i solaz á los que han pasado el dia en ocupaciones indispensables i tal vez molestas. Estas reuniones íntimas, i casi familiares, proporcionan

(*) *Estas personas ociosas son tambien las que promueven enojos i rencillas entre las familias; porque van á sus casas i las de sus amigos á contar que se les ha hecho mal modo, i atribuyen á veleidad i orgullo el afan con que las gentes ocupadas procuran sacudirse de ellos, i huir de su impertinente charlatanería.*

un cambio de ideas, noticias, conocimientos i placeres, i generalizan el espíritu de sociabilidad que tanto dulcifica las costumbres, haciendo á los hombres mas amables, tolerantes i comunicativos. La conversacion es un placer de primer órden, i puede ser útil si es científica, amena i variada, aun cuando se escluyan de ella los asuntos del tema comun. Una noticia que facilite el modo de hacer alguna cosa con mas prontitud i perfeccion, una receta sencilla para trasmitirla á las gentes del campo, algun adelanto sobre el cultivo de las flores, la crítica i exámen atento i razonado de las producciones literarias, el conocimiento de alguna desgracia ó miseria del prójimo que se pueda remediar ó aliviar, en fin, mil i mil puntos hai sobre que hacer rodar conversaciones gratas é instructivas que jamas cansen, ni déjen arrepentimiento en el fondo del corazon. Habia una señora que al volver á su casa despues de haber hecho una larga visita, recorria los distintos asuntos de que en ella se habia tratado, i al recordar alguna noticia importante que habia oido, un suceso histórico que habia rectificado ó aprendido, una anecdotita interesante, ó una receta útil que le habian comunicado, decia alegremente: «¡Gracias á Dios que no perdí mi tiempo!»

El ejercicio de las artes, como la música, el baile, el canto, etc, etc, es mui agradable modo de emplear el tiempo, siempre que no se dé á estas ocupaciones una atencion preferente i esclusiva; porque una madre de familia, por lo comun, no puede ser artista, i porque debe hacerse una distincion entre lo que es indispensable saber, i lo que es únicamente agradable.

La moda ha introducido otra manera de perder el tiempo trabajando, cosa que parece una paradoja, i que sin embargo, es una verdad evidente. Las fajitas de abalorio, los bordados de lomillo en angeo, las sortijas de pelo, i otras frioleras de este jaez, han tenido sus épocas, i las mugeres (sobre todo, las que llaman de tono) no se han avergonzado de pasar meses enteros trabajando ociosamente en estas inutilidades, con per-

juicio de la economía doméstica, del cuidado de la familia, i de la educación de los hijos. Pero esta ha sido la moda, i la moda, como se sabe, es un tirano muy exigente. No es esto decir que aquellas cosas no deban aprenderse i practicarse en algunas ocasiones, ni pretendo sostener que tales habilidades no sean útiles hasta cierto punto, pues que aún son el oficio que da á varias personas la subsistencia; mas lo que me parece incomprensible es que una madre de familia abandone sus quehaceres, durante una larga temporada, para dedicarse exclusivamente á semejantes futilidades. El abuso en todas las cosas es pernicioso, i este es el que creo reprobable.

Nada mas grato i provechoso que la lectura. Empero, si de ella se hace la única ocupacion, si no se eligen libros recomendables, i si por no interrumpir una novela se deja de cumplir con un deber, es preciso convenir en que la lectura causará mas mal que bien.

Hai otro modo de perder el tiempo, proporcionándose males físicos i morales que es necesario evitar. Este consiste en el estremado abuso de las prácticas religiosas; i para evitar ultrajantes i malignas interpretaciones, repito que solamente hablo del *abuso*, i que mis indicaciones se derijen á las madres de familia, i á las personas que, teniendo casa que gobernar, deben su tiempo i sus cuidados á obligaciones muy superiores i urgentes. La muger que, estando en este caso, deja sus atenciones de madre por oír tres misas en la Candelaria; que de allí sale á visitar á Nuestro Amo, á quien se hace una velacion en San Juan de Dios; que por la tarde va á salve á San Diego, i por la noche á cuarenta horas al Cármen; la que asiste á la novena del Patriarca, que no falta al mes de María, que está frecuentemente en retiro espiritual ó en Madre Antigua; la muger, en fin, que puede siempre entrar á ejercicios, ya de penitente, ya de lectora, ya de sirviente; i que comulga todos los diez i nueve, fuera de los dias de la Virgen, los Evangelistas, los Apóstoles, el Córpus, la semana Santa i el dia de las ánimas; esta muger, digo, sea cual fuere la hermosa

i respetable calificación que crea merecer, no es buena para esposa, para madre de familia, para preceptora, para jefe de un establecimiento cualquiera, excepto un beaterio; i por buena que sea la devoción, llevada a este extremo, perjudica a personas que, teniendo deberes sagrados que cumplir, deben á estos su tiempo preferentemente.

Las mugeres para quienes escribo, tienen el deber de oír la misa en el templo mas inmediato, de enseñar á los suyos la religion del Evangelio, de presidir las oraciones diarias con que una familia cristiana debe comenzar i concluir el dia, de confesarse i comulgar cuando lo manda la Iglesia, i de consagrarse de resto al exacto cumplimiento de los deberes de su estado, siguiendo los admirables consejos de San Pablo i San Francisco de Sales. La persona que, con perjuicio de sus obligaciones, da su tiempo á la devoción consistente en prácticas exteriores, i en paseos de Iglesia á Iglesia, hace una cosa nociva, impertinente, ridicula, i que no le produce ni el corto placer de engañar momentáneamente al público; porque cada cual sabe á lo que ha de atenerse, i Jesucristo pintó con tal maestría á los Fariseos, que con dificultad dejan de conocerse los que él llamó tan enérgicamente *sepulcros blanqueados*.

¿I qué diremos del modo de prodigar el tiempo de las personas que presumen de alegres, chistosas, festivas, i de almas vivificantes de todas las sociedades? Para ellas no hai deberes, no hai ocupaciones, no hai placeres, sinó en medio del bullicio i la disipación. El carnaval, la pascua, la noche buena, los Reyes, Santa Rosa, Santa Ana, i las once mil Vírgenes, son dias de festejo i francachela. Les nace un hijo; se les casa un sobrino; cumple años un tio, postrado tal vez de reumatismo ó gota; llega un cuñado, que cada año se va i vuelve; canta misa el ahijado de un vecino; saca papas de su huerta una comadre: todos estos son acontecimientos de celebrar: por todos hai baile, paseo, comilona, guitarra, algazara i disipación. Esto llega á con-

vertirse en hábito, de tal suerte que, cuando se muere algún pariente allegado, se sale á pasar el duelo fuera de poblado con todos los amigos que es posible reunir, para rezar el novenario, que siempre es terminado con sabrosas jícaras de chocolate de pésame, (es decir, mui substanciosamente acompañado,) con una prolongada tertulia, i á veces con un baile casero en que solo suena una guitarra, i en el cual se baila sin dejar el pañolon negro, ni el pañuelito atado en la cabeza. Entre esta clase de gentes el amor de la disipacion es una pasion irresistible, i los dias se les pasan en divertirse ó en hacer proyectos de diversion, sin recordar que el exceso en todas las cosas viene á ser culpable; que los placeres son mas intensos cuando no se logran con tanta facilidad; que la vida es corta, i que el mejor uso que de ella podemos hacer, es emplearla con utilidad para nosotros i para nuestros semejantes. Estas gentes esencialmente alegres, i que solo viven riendo i jugando, forman un contraste chocante en la sociedad, que, atacada en la generalidad por el infortunio, mira con mal ojo á estos emblemas de fiesta, que casi siempre están demas en medio de los que piensan i los que sufren. Por otra parte, el corazon de estos entes alegres se endurece, i se hace egoista, i aunque no fuera otro el mal resultado de este modo de perder el tiempo, debería bastar él solo para curarnos de semejante locura. En fin, para no perder el tiempo es necesario que pensemos en su brevedad, no para atormentarnos en esta vida como si este fuera el único medio para lograr la eterna; no para agotar locamente los goces todos como si no esperásemos nada mejor, sinó alternando con utilidad entre el recreo i el trabajo, la piedad i el estudio: todo con prudencia, calma, meditacion i contento de espíritu. Se emplean bien las horas trabajando, aprendiendo, pensando i divirtiéndose. La inteligencia debe presidir á todo, i dirigidos por ella no seremos holgazanes ni distraidos, no gemiremos como animales de carga, no nos reiremos como estúpidas cotorras, no

haremos de la devocion la vida, ni de la vida un perpetuo sarao. La muger sensible, razonable, comunicativa i piadosa, debe combinar estas cosas de manera que todos sus dias, todas sus horas i momentos sean empleados con ventaja, i que por corta que sea su carrera, los que le sobreviven puedan decir: "cumplió con sus deberes, fué útil, i se hizo amar."

EPISODIO.

¡Feliz el que se case con nuestra vecina! decía Edmundo á su padre. Esa jóven es noble, rica, bonita, tiene una madre mui amable, i dos hermanos excelentes, de quienes se puede hacer dos buenos amigos; su educacion es esmerada, i su genio admirable. Solamente dos veces la he visto en el teatro; no es coqueta ni devota, sus modales son atractivos, i siempre la veo ocupada, sin salir á su balcon, sinó un rato á la una del dia, i otro á las cinco de la tarde. ¿No piensa usted, papá, que el hombre que logre tal compañera será mui dichoso?—El Sr. Mauricio reflexionó un momento, i algo movido por la indicacion de Edmundo, sobre todo por el segundo capítulo de sus observaciones, se propuso indagar, i conducir las cosas á punto de que su hijo fuera el esposo feliz. Para esto vió su almanaque, i marcó en su cartera el dia de San Justo i San Pastor, buscando ocasion de visitar á su vecina con el pretesto de darle los dias. Llegado el dia, él i Edmundo entraron, á las doce dadas, en una hermosa sala adornada con elegancia, i ocupada por la amable madre, i la hermosa hija que estaba, como siempre, dedicada á su labor. Despues de los primeros cumplimientos, dijo el Sr. Mauricio. ¿En qué se ocupa usted, señorita? ¿No es para usted festivo el dia del Santo de su mamá?—Sí señor, i para ella es que estoi concluyendo esta obra.—Era la obra un perro de Terranova jugando con una niña; todo en un retazo de angeo de media vara en cuadro. Las figuras de léjos parecian hermosas; pero de cerca no tenían perfiles, gracia ni espresion. Ya se ve, el lomillo no se presta. Sin em-

bargo, la niña recibió un lisonjero cumplimiento de los dos caballeros. Había en la sala un hermoso piano, i el jóven rogó á la señorita que le hiciese oír alguna pieza nueva, que ejecutada por ella, sería, sin duda, admirable. Es ocioso instarle, dijo Doña Pastora; hace ya seis meses que no toca.—¿I por qué?—Mire usted, dijo la niña: en la primera semana de enero empecé copiar un Salomon que vino en unas muestras de lomillo. Era mi primera obra, i me costó algun trabajo. A los dos meses, cuando le estaba concluyendo, me faltaron lanas; envié á conseguirlas donde todas mis amigas, i por fin, en marzo se acabó. Era para cuelga del Señor Arzobispo; pero no me atreví á regalársele porque se había dañado un poco. Despues vino la Pascua, i era preciso regalarle algo á mi tio. Copié para él un cazador inglés con su escopeta, su perro, i tres perdices. Al fin del mes, Santa Catalina; hice para una amiga de este nombre una canasta de rosas. En mayo, San German; tuve un capricho sin objeto para ese dia, i por consiguiente, tarea nueva.—¿Qué hizo usted? preguntó Edmundo—Un corazon, i dos palomitas. Me quedaron lindísimas; ¿no es verdad, mamá....? El 23 de junio, San Guillermo, era preciso que mi primo á su regreso de París, i el dia de su cumpleaños, encontrase algo que le hiciese ver que las bogotanas tambien tenemos habilidades. Despues, el Santo de Carmencita; le bordé unos zapatos; i ahora, mi mamá. Antes he hecho demasiado en medio año.—¿I por esto es que usted ha dejado el piano?—Sí, señor.—¿Luego estas obras han ocupado todo su tiempo?—Sin duda. ¿I le parece á usted poco?—No, señorita; pero la constancia de usted me admira.—Esto no es raro, interrumpió Doña Pastora; cuando se hacían cordones de pelo, esta niña empleó en esta ocupacion nueve meses, sin que, durante este tiempo, me ayudase ni aún á mandarles de refrescar á sus hermanos: es una muchacha incansable, i cuando coje una cosa por su cuenta, ¡Jesus nos asista!

—Esto es bueno, porque en todo se perfeccionará—No, señor, porque si se presenta algo nuevo, á eso se consagra, i lo dejado una vez, se enterró para siempre.—I cuando usted se canse de dar dias en angeo ¿qué hará? —No me cansaré; la constancia es mi fuerte, i además de eso, leo mucho.—¿Usted lee mucho? ¿I podremos saber cuál es su gusto en literatura? Creo adivinar que es el teatro.—No, caballero; me desagrada mucho esa inverosimilitud de hablar todos en verso i en voz alta.—Tiene usted razon; ¿i las novelas?—Tampoco me gustan; ya he leído muchas, i en todas encuentro que quitar ó que añadir.—¿Los viages, pues?—Ménos; yo prefiero ver el mundo en cosmorama.—Pues la historia tal vez, ó la física.....?—No se canse usted; leo medicina i cirujía—¿Ha estudiado, usted, los principios de la ciencia?—No, señor; pero deseo emplear el tiempo en cosas útiles: tengo aquí los libros de mi hermano, i usted ve que la medicina es necesaria en todo tiempo, i en todo el mundo.—Usted receta, sin duda.—No, tengo mala memoria, i los enfermos me causan asco.—Pero la medicina, sobre todo la parte patológica, debe tener mucho de repugnante para una señorita.—Yo no hago caso de eso; lo que me importa es no malgastar el tiempo.

Meditaba, al oír esto, el Sr. Mauricio, i la madre miraba, sonriendo de orgullo, á aquella muchacha singular que hacía todas sus delicias. La visita concluyó pronto, i al volver á casa preguntó el padre al hijo: “I bien, Edmundo, ¿qué dices de Clarita?”—No pensemos ya en ella, papá. Lee libros que no entiende para emplear bien su tiempo, i para manifestarse constante trabajadora, é infatigable en las labores de su sexo, copia caricaturas en angeo con las cuales da dias á toda alma viviente. ¿Qué uso hará, pues, de su inteligencia? ¿En qué obra mecánica, útil é ingeniosa, empleará sus bonitas manos?

Mas de quince dias pasó Edmundo pensando en el cruel desengaño que le había dado la laboriosa Clara; pero la casualidad le condujo á casa de la señorita X...

Aquel fué otro mundo. Trato franco, lenguaje correcto i sentimental, música, baile, flores, bordado, paisajes, lectura de novelas, periódicos, viages i poesías: toda la cultura de la buena sociedad, toda la confianza i amable intimidad de una reunion de familia. Bien pronto fué Edmundo de la casa. Se le consultaban los paisajes, se leía con él, i para él, etc. Nada faltaba para completar el encanto, porque Sofía, Adela i Berta, eran bellas i amables cuanto podia desearse. Su casa, reunion escojida de elegantes de ámbos sexos, presentaba una amena variedad de recreaciones i placeres. Se proyectó un paseo al Salto, i Edmundo fué invitado. A las cinco de la mañana el patio estaba lleno de caballos, i la casa toda en aquel bullicio de alegría que precede siempre á una diversion apetecida.—¿Tu galápago, Sofía? ¿En dónde está tu galápago? preguntó su hermano Eugenio.—No sé; creo que le he prestado á Doña Laura, ó á mi tia Mercedes.—Que vayan á buscarle.—I yo no tengo *fuete*, dice Berta, ¿quién me da uno?—Seis le fueron ofrecidos al punto por los jóvenes. Entretanto, Adela salió dando ruidosas carcajadas: su sombrero i velillo, abandonados en un rincon despues de su último paseo á Chapinero, se habían convertido en un fecundo nido de ratones. El Sr. P....salió en busca de estos objetos para la señorita. La mamá no tenía guantes, el papá no pudo hallar sinó una espuela. Pero, por fin, el viage se formaliza á fuerza de suplementos i carreras. Llegan á Soacha donde han de pasar tres dias, segun el convenio de la alegre caravana. Corren las horas, i el hambre urje. ¿Qué harémos? dice Doña Manuela; niñas ¿no tienen ganas de comer?—Sí, mamá, pero no hai qué. ¡Voto á tal! esclama el padre, i yo no tuve la ocurrencia de traer en un bolsillo un par de salchichones i un pedazo de queso. Temo que la debilidad cause á Sofía un ataque nervioso.—Edmundo salió á buscar alguna cosa. Mal pan, manteca, cordero flaco i papas, todo crudo, incluso el pan, fué cuanto trajo. I bien, dijo entrando, esto es cuanto hai en el

pueblo.—Como si nada hubiera, replicaron las niñas, acostándose tristemente en unos sucios escaños. Roberto i Luis se quitaron sus casacas, i pasaron á la inmunda cocina de la posada á hacer su aprendizaje de cocineros. Por fin, un mal *agiaco* fué la comida i la cena de los convidados de Doña Manuela. Pero las niñas bulliciosas, calmada la necesidad de comer, entraron á una alcoba, i con los vestidos del casero, las casacas de los improvisados cocineros, i los sombreros i ruanas de los mozos de labranza, efectuaron en sus personas el mas extraño i ridículo disfraz, con el cual salieron á invitar á bailar á sus compañeros, haciendo tocar un panderete i un mal violin á la mamá i al papá, que reían de todo corazon al ver la alegre travesura de las tres chicas. Terminado el baile, siguieron algunos juegos, i despues de media noche se trató de dormir. Habíase traído un mal provisto almofrez, i por consiguiente, las ruanas de los hombres fueron embargadas para el abrigo de las señoritas; porque en Soacha hace un frío que quiebra los huesos. Se durmió mal, pero al fin se durmió porque el ejercicio produce sueño. Al dia siguiente, al Salto. Llovió, i, como era natural, los jóvenes cedieron sus ruanas á las niñas; pero esto no fué bastante, i todos se mojaron. Ocurrió, aunque tarde, que en el almofrez podía haber venido una muda á prevencion. Este incidente unido á la falta de víveres acortó el paseo. Las niñas, mojadas i embarradas hasta la rodilla, reían como locas. Perdióse un riego prendedor, se desgarraron los velillos, desapareció en la posada la cigarrera del papá; pero estos son inconvenientes de todo paseo: i se reflexionó con razon, que todas las cosas han de acabarse algun dia, lo cual es una ventaja para las fábricas i el comercio. De vuelta á la ciudad resbaló en el rio de Fucha el caballo de mamá la cual sufrió un mortal susto, i tuvo dislocado un brazo.—¿Qué harémos?—Que se quede atras con papá, dijo Sofía.—Sí, sí, repitieron las hermanas; una dislocacion no es mal de muerte, i no la remediaríamos con

aflijirnos.—Nada debe turbar nuestro buen humor en este delicioso paseo, cuando sabemos que dentro de tres ó cuatro dias estará buena mamá. ¡Resuelto! Se continuó la marcha con mayor algazara, carreras, juego i *buen humor*. Este era el lado fuerte, ó mejor dicho, el lado débil de aquella familia.

Edmundo volvió triste á su casa. Había perdido en el paseo todas sus ilusiones. Las señoritas X.... con todo el brillo de su educacion superficial, habían malgastado su tiempo. Descuidadas, imprevisivas, inútiles, inmodestas é insensibles, ¡todo esto son!! decía Edmundo, recordando con despecho todos los incidentes del paseo. Apesar de su belleza, sus talentos, sus amables modales, i sus brillantes habilidades, ¡todo esto son!! Mi padre dice bien: “No habiendo aprendido “ á hacer un buen empleo del tiempo, lo demás es “ inútil, i acaso perjudicial ”

Tres meses pasó Edmundo sin visitar mugeres. Casualmente en aquella época llegó su tia con la amable Isabel. Esta muchacha había aprendido baile, canto, música i dibujo casi en su infancia; pero no cultivaba ya estos talentos agradables. Era sobresaliente en todas las labores de su sexo; sabía hacer vários oficios, tenía un genio admirable, i la figurá mas seductora. Edmundo había apénas contemplado su semblante encantador, i las demás noticias relativas á su prima, las tenía por por su tia i por el Sr. Mauricio. En vano visitaba la casa con frecuencia, para ver i tratar á aquella interesante persona. Rara vez tenía el placer de encontrarse con la linda Isabel, quien siempre le dirijía una frase afectuosa con un acento celestial.

Entretanto, la tía se enfermó, i Edmundo creyó aquella la mejor ocasion para acercarse á su bella prima, i estudiar su carácter. El mal de la tia hizo grandes progresos, i el jóven no abandonó la cabecera de la enferma. Contra todas sus esperanzas, Isabel no parecía allí sinó unos breves instantes. Una noche á las siete hubo una crisis terrible, i pasado el peligro, Edmundo se

aventuró á preguntar ¿en dónde está Isabel?—No tengas cuidado, le contestó la moribunda madre. Está en San Carlos. Hai esta noche una plática del P. Fernández, i ella no la perdona.—I ayer tarde cuando le dió á usted la convulsion ¿dónde estaba?—En la Tercera; ella es hermana, i no puede faltar á esos ejercicios.—¿I el martes qué se hizo toda la mañana?—En el jubileo de la Porciúncula, i desde que supo las muchas indulgencias que allí se ganan, no ha dejado de concurrir.—¿Luego ella es mui devota?—Tanto, Edmundo, que quizá no hai dos docenas de muchachas de su clase, educacion i belleza, que sigan con tal asiduidad el camino de la salvacion.—Pero, segun veo, mi prima no tendrá lugar para ayudar á usted en los quehaceres domésticos, ni para coser su ropa, ni para enseñar á leer á Joaquineta.—No, ciertamente; ella ha dejado todo lo transitorio i perecedero por lo único positivo i durable; i no se puede negar que discurre bien. Si tú la oyeras, Edmundo, te edificaría. “Mamá” me dice frecuentemente, “yo no puedo ya salir de la casa de Dios. Paréceme que una mano poderosa me detiene en ella. Fuera de sus puertas no veo sinó *vanidad de vanidades* i *afliccion de espíritu*. Ahora, durante la enfermedad de usted, suelo pasar cinco horas hincada delante de la imágen admirable de San Ignacio, i cuando me levanto no siento el cansancio de mi cuerpo, porque la oracion me ha espiritualizado. Pido por la salud de usted, i Dios me oye.”—Pero apesar de eso, replicó Edmundo con impaciencia, usted va de mal en peor.—Sí, dijo la madre, creo que la cosa no conviene, cuando Isabel no la ha obtenido, pues debe tener valimiento en el cielo. Es pura como un ángel; ha hecho á Dios el sacrificio de todo lo que halaga la juventud; oye cuatro ó seis misas cada dia; comulga frecuentemente; gana millares de indulgencias; hace oracion mental; se da disciplina, i si no ayuna es porque su delicada constitucion no se lo permite. ¿No crees, Edmundo, que Dios le perdonará esta única omision

de los deberes de cristiana, cuando es tan puntual en todo lo demás?—¡Oh! ¡Señora! mi prima es ya una santa; pero si aún le restan escrúpulos sobre el ayuno, yo le aconsejaría que sostituyese esta penitencia duplicando la disciplina. En mi opinion, el azote no le iría mal.

Despues de la convalecencia de la tia, Edmundo se retiró de la casa, i sumerjido en sus meditaciones, esclamaba de cuando en cuando. ¡Dios mio! ¡cuántos diversos modos de perder tiempo!

No obstante, resuelto como estaba á continuar sus indagaciones, porque era de aquellos hombres que con dificultad se desalientan, se hizo presentar en casa de Rosalía i Vietorina, jóvenes recién llegadas de una provincia, i hermanas mui queridas de sus dos condiscipulos predilectos en la época en que él hacía sus estudios de colegio. Ambas muchachas eran lindas; parecían dos sílfidas cuando bailaban, cantaban como sirenas, sus flores artificiales solamente carecían de perfumes i rocío; sus dibujos eran animados como la naturaleza, i cuanto salía de sus manos se distinguía por el primor, la elegancia i la perfeccion con que era hecho. Edmundo se complació observando que no iban á la Tercera ni á la Madre Antigua, que variaban sus quehaceres, ocupándose muchas veces hasta en el cuidado de barrer la escalera de su casa; i por último, que no eran estrechamente alegres, ni gustaban de disfraces i franquichelas. Aquí, por fin, decía Edmundo, aquí tal vez.... Pero luego se detenía con timidez, por no concluir un pensamiento delicioso que acaso se trocaría en una nueva ilusion que debía ser desvanecida por tristes realidades. En sus primeras visitas él no habló sinó con la madre i los hermanos; pero, disipada poco á poco la primera etiqueta, las niñas empezaron á hablar, i por consiguiente á dejarse conocer. Edmundo era asaltado por una infinidad de preguntas necias i extravagantes. Ya querian saber si el Diablo se alumbraba con pajuela, ó con candil de aceite; ya, si la brújula habla á los marineros en los dias de peligro; ya, si el profeta Elías

comulga en el Paraíso, i si el Sumo Pontífice de Roma está en buena armonía con el Papa. Otras veces le referían un combate presenciado por ellas entre la luna i un cometa; otras, las palabras proféticas proferidas por un esqueleto de lechuga; otras, la maldición de un hechicero que convirtió en piedras las gallinas del cura de cierto pueblo. Sus relaciones de brujas, vampiros, milagros i apariciones, eran interminables i absurdas; i pensar en inculcarles ideas razonables, en darles algunas nociones de astronomía, de física, de historia, era pensar en lo imposible. Edmundo trabajó en vano por desarraigar el error de aquellas cabezas viciadas, i no podía comprender cómo era que los hermanos de aquellas hermosas señoritas habían mirado la cultura de su entendimiento con indiferencia, tanto mas cuanto que ellos habían hecho unos lucidos i dilatados estudios (*). Pero aquellas niñas pasaban las tardes leyendo libros de mágica, adivinanzas, secretos extraordinarios, relaciones espantosas, i por la noche, llenas de terrores i temblando al oír el mas ligero ruido, alternaban las horas de la velada rezando, temiendo ver ánimas, conversando necedades, ó tal vez echando varillas para descubrir tesoros ocultos. Era evidente que estas niñas para viciarse así, habían malogrado todo el tiempo de su infancia i una gran parte de su juventud, i que actualmente hacían un detestable uso de largas horas, alimentando errores perniciosos, i anulando, entre absurdos i puerilidades, la inteligencia que Dios les dió. No eran, pues, Rosalía i Victorina las jóvenes entre quienes Edmundo podía elejir una compañera. Desconsolado con el mal éxito de todas sus indagaciones, resolvió visitar á una célebre belleza de moda.

(*) *Es mas comun de lo que se piensa. el desprecio con que miran los hombres la inteligencia de las mujeres. ¡Que Dios bendiga á los esposos, padres i hermanos que tratan de sacarlas de la estrecha esfera del fanatismo, los errores i la ignorancia!*

Allí vió el aseo i la elegancia llevados á la mas grande perfeccion. La cortesania i dulzura de los modales cautivaban las voluntades, i mil habilidades i talentos cultivadas con esmero, daban realce á la mas seductora hermosura. Un language correcto i fino, i los mas nobles sentimientos de humanidad i filosofía, hacian de Serafina una muger hechicera. Edmundo la veía con admiracion, i la oía con entusiasmo. Cada vez que se abría aquella boca de rosas, él esperaba oír una frase culta, un pensamiento sublime, ó un chiste delicioso. Mas, bien presto notó que Serafina pasaba la mayor parte de las horas del dia en el espejo para verse, ó en la ventana para ser vista; que los rasgos admirables de su talento, no eran sinó muestras de una feliz memoria; que sus ponderados sentimientos filantrópicos i elevados, no eran sinó un eco de lo que otros decían ó celebraban; que sus movimientos, risa, miradas i acento eran obra del arte, i de la mas refinada afectacion; i en fin, que nada poseía de cuanto la hacía admirar por los espíritus superficiales, sinó su belleza, i que desgraciadamente ella sabía mas que las otras que poseían esta peligrosa ventaja. Fuera de esto, se creía de un gran talento, i del entendimiento mas despejado, á causa de que sus adoradores con elogios exagerados habían estraviado el poco que realmente tenía. Este error la inducía á hablar mas de lo que permite la modestia á una señorita. Sus amigas se veían frecuentemente humilladas por ella, i los jóvenes de pocos alcances, que no saben amar sinó la hermosura física, sacrificaban su dignidad en las aras de la orgullosa Serafina. Por consiguiente, ella era caprichosa, maligna é imperiosa; finjía padecer mal de nervios; tenía extravagantes antojos; se guiaba por antipatías, i se mostraba fatigada de cualquiera conversacion que no estuviese sembrada de encomios i lisonjas sobre su mérito singular. En una palabra, era intolerante como toda hermosa que sabe que lo es, é intolerante como toda muger que cree saber mas que las otras. Había malgastado una gran parte de su tiempo,

fomentando sin tino ni discrecion su insensata vanidad i ahora esta vanidad ciega viciaba su carácter.

Edmundo se cansó de quemar incienso delante de esta divinidad deslumbradora á quien no podía adorar. Mas inclinado al deismo que á la idolatría, no quiso tributar á una muger hermosa, pero no estimable, un mero culto exterior, cuando él anhelaba por poder consagrarle la adoracion pura i profunda del entendimiento i el corazon.

Un nuevo amigo adquirido en un pequeño viage á Choachí le proporcionó la ocasion de conocer i visitar á sus dos hermanas Isidora i Anastacia, la primera completamente hermosa, i la segunda medianamente fea. Edmundo notó despejo i buen lenguaje en ambas hermanas; i resuelto por su parte á no perder mucho tiempo en sus indagaciones, entabló un dia con ellas el diálogo siguiente: *Edmundo*—Señoritas, ¿ustedes bordan en anejo?—*Anastacia*. Sí, señor, cuando nos encargan espresamente alguna cosa.—*Edmundo*. ¿I les divierte á ustedes mucho esa ocupacion?—*Isidora* ¡No! ese trabajo es casi inútil i poco lucido.—*Edmundo*. ¿Leen ustedes algunos libros de medicina ó cirujia?—*Isidora*. ¿Nosotras? ¡qué estraña pregunta! ¿Para qué habíamos de leer lo que no entendemos?—*Edmundo*. Ya...! A ustedes les gustará mucho el buen humor i la alegría *Isidora*. Muchísimo. La gente de buen humor es amable, i la alegría hermosea.—*Edmundo*. Entónces ustedes estarán siempre alegres.—*Anastacia*. No siempre, porque cuando hai alguna desgracia no es posible alegrarse.—*Edmundo*. Pero la alegría embota el dolor i una diversion hace reir aunque se atraviere al paso un entierro.—*Anastacia*. Perdone usted, pero eso me parece absurdo. Las penas i los placeres tienen su oportunidad que no puede equivocarse.—*Edmundo*. Me figuro que deben ustedes gozar mucho con los disfraces, el baile i los juegos.—*Anastacia*. A mi hermana poco le gustan esas cosas; á mí me complacen casi siempre; el baile, sobre todo, me encanta.—*Edmundo*. ¿I baila usted aun

qué sea con mala música?—*Anastacia*. Tal vez sí, por condescendencia; pero en ese caso creo que no me causaría un gran placer el baile—*Edmundo*. Creo que su hermano de ustedes me ha dicho que ustedes son muy inclinadas á las cosas piadosas; que son muy devotas—*Anastacia*. ¿Mi hermano dice eso? No sé porqué. Cuando concurreo á una solemne función religiosa me siento devota, me enternezco, amo i venero con todo mi corazón, pero al salir del templo, la grata impresión se disipa poco á poco, i apesar mio me llaman la atención otras cosas. No sé en verdad porqué sucede esto, pero no vaya usted á pensar que dejo de ser buena cristiana; es que fuera del templo me distraigo i no soy devota, pero la fé, el amor i la esperanza están siempre en mi corazón—*Edmundo*. ¿I no hacen ustedes mucha penitencia?—*Anastacia*. No, ¿Para qué? mamá nos reprendería por esto, i vale mas no disgustarla. Por otra parte, yo he oido decir á un buen predicador, que se puede ser buena cristiana i cumplir con los preceptos del decálogo sin ser penitente, i esto lo apoyaba con el ejemplo de muchos santos—*Edmundo*. ¿I ustedes creen en brujas, aparecidos i cosas maravillosas?—*Isidora*. ¿Porqué nos juzga usted tan tontas? Emilio, mi hermano, nos dice que solo debe creerse lo que comprende el entendimiento; i fuera de los misterios de la fé, nos hace examinar todo para que en nosotras obre siempre el entendimiento i no la preocupacion, la rutina ó la ciega deferencia á ciertas autoridades—*Edmundo*. Yo supongo que ustedes saben que son hermosas i..... *Isidora* al oír esto hizo un ademán desdeñoso. *Anastacia* que era fea se avergonzó, i arrojando sobre su interlocutor una mirada de enojo i despecho, le dijo con mal disimulada impaciencia:—Esto no se lo estabamos preguntando á usted, caballero. Somos como Dios nos hizo—*Edmundo*. Perdon, señorita. Yo quisiera saber si ustedes padecen de los nervios, si tal vez su delicada constitucion les inspira antipatías, si.... —*Isidora*. Son estrañas las preguntas de usted; aun mas, son indiscretas. Des-

cubro por ellas que usted nos estudia, ó que le han dado de nosotros una mala opinion—*Edmundo*. No, señoritas; nadie ha tenido la osadía de hablarme mal de las hermanas de mi amado Emilio; pero confieso á ustedes que es cierto que deseo conocerlas á fondo—*Isidora*. ¿I qué adelanta usted con esa imprudente i fatigante inquisicion? Si fuéramos artificiosas, fácil nos sería dar á usted respuestas ambiguas; el trato i el tiempo facilitarán á usted los medios de conocernos sin hacerse importuno, ni herir nuestro amor propio. Nos hallará usted llenas de defectos i de errores, pero tambien con buenas cualidades, i un deseo ardiente de ser cada dia mejores para merecer la estimacion general. Mi madre nos da ejemplos de moralidad, laboriosidad i atencion; mi hermano nos instruye i nos hace adquirir habilidades. Mi carácter imperioso é intolerante se doma poco á poco con la razon i el convencimiento; la vivacidad i gustos frívolos de Anastacia se modifican con el tiempo i la esperiencia, con el trato, i con el ensanche de sus conocimientos. Sobre estas bases está fundada nuestra educacion. ¿Quiere usted saber algo mas?—Avergonzado Edmundo por el aire frio, severo i firme de Isidora, se escusó humildemente por su atrevida curiosidad, i obtuvo el perdon de las dos muchachas. Pero, no por esto dejó de observarlas i hacer de su genio, sus modales, sus gustos i su educacion el mas profundo estudio. Aquella conversacion habia hecho en su alma un prodigioso efecto. Mil pensamientos pasában rápidamente por su ardiente imaginacion, i no podia ménos de recordar con placer las ingenuas i juiciosas respuestas de aquellas amables hermanas. Frecuentó la casa con mayor empeño, i tuvo la satisfaccion de encontrar en la señora Adriana una madre prudente, vigilante, i económica del tiempo, puesto que todo el suyo era empleado en dar buen ejemplo, instruir á su familia, i hacer bien á los infortunados. Edmundo conoció mil defectos en las niñas; pero no descubrió vicio alguno en sus corazones, ni errores substanciales en sus entendimientos. Presenció frecuente-

mente las rabieta de la una, la desdeñosa censura de la otra, i las severas reprimendas de la madre. Pero siempre vió que esta cojía el fruto de sus lecciones, i que trataba de que para sus hijas fuesen igualmente útiles el estudio i el trabajo, el descanso i las recreaciones. Por último, Edmundo conoció que pueden existir en la sociedad mugeres que no prodiguen neciamente su tiempo; i es mas que probable que la hermosa i sería Isidora, ó la siempre amable, ingénua, i festiva Anastacia, fijen por fin la eleccion de este jóven que ya ha pasado cuatro años buscando una muger que haya sabido hacer buen uso de su tiempo, i que dé garantias de que sabrá emplearle con provecho cuando se revista con los títulos sagrados i preciosos de esposa i madre.



CAPITULO SEGUNDO.

ECONOMÍA DEL DINERO.

Vous n'avez besoin ni de trouver un trésor, ni d'heriter d'un riche perent: le travail est le père du bonheur, et Dieu donne á ceux qui s'occupent.—

Si voulez être riche, songez á menager ce que vous acquérez.—

Beaucoup de gens ont été ruinés pour avoir fait de bors marches. C'est une folie d'employer son argent á acheter un repentir.

(FRANKLIN)

Hai una multitud de gentes que creen que la economía del dinero consiste en no gastarle, ó en tener siempre un sobrante, i no se han tomado la pena de examinar si el uso que hacen de él es prudente i arreglado. Debemos empezar por decir, que es siempre cuerdo i acertado no gastar todo lo que se gana, porque puede llegar una época en que no haya entrada ninguna, i esta falta la suplen los ahorros.

Es bueno clasificar los gastos, i luego medir nuestro caudal segun la escala que da esta clasificacion. Por ejemplo, pueden ponerse en primer lugar los necesarios, en segundo, los útiles; en tercero, los de beneficencia; en cuarto, los de placer i divertimento. Fuera de estas cuatro clases de gastos, cuyos objetos se mezclan i confunden frecuentemente, no creo que pueda permitirse otros una persona moral i sensata. El dinero prodigado para lograr una venganza, para fomentar un vicio, para recompensar espionajes i denunciantes, para hacer ostentacion de unas conveniencias que no se tienen por la necia vergüenza de confesarse pobre, etc, etc, todo el dinero que así se invierte es malgastado, i valiera mas no haberle poseido nunca.

Los desembolsos de dinero hechos para adquirir cosas de primera necesidad, como alimentos, vestidos i habitacion, deben ser siempre proporcionados á los medios de subsistencia con que se cuenta, i al rango de la persona; pero por regla general puede aconsejarse á las madres de familia, i á las amas de casa, que prefieran en todo la moderacion i los gustos sencillos, i que sacrifiquen siempre la vanidad á la comodidad. Pudiera acaso presentarse una ocasion de comprar barato un objeto de lujo, i sin embargo se hará mal en adquirirle, si no se tiene el fondo suficiente para proporcionar las demas cosas que deben estar en armonía con aquella. Por ejemplo, sentaria mui mal un espejo de cuerpo entero i ricos floreros en un sala sin estera, sin cristales, i amueblada con taburetes i sofás viejos i desgarrados. Un chal de seda i una elegante gorra no harán buen efecto acompañados de un traje de zaraza burda, unas medias ordinarias, i unos zapatos de cordoban gastados i rotos. Comprar estos objetos aislados, si puede decirse así, i adquirir cosas que no han de necesitarse jamas, como una prensa de imprenta en casa de un albañil, una biblia en latin en casa de una ignorante costurera, i sin mas razon sinó porque tales cosas se vendieron á bajo precio; es peor que arrojar el dinero por la ventana; porque al fin, en este caso podria recojerle alguno que de él se utilizase.

Hai otro modo de desperdiciar dinero, que es reuniendo una cantidad indebida é innecesaria de cosas que, aunque útiles i buenas, no hacen falta. Cuando una casa está bien amueblada, es una culpable prodigalidad comprar sofás, alfombras, láminas i otros lujosos adornos para los corredores interiores, el zaguan, i otras piezas de la casa que no los necesitan. Lo mismo sucede con la despensa. Debe estar provista, pero con discrecion i prevision. Si se compran dos pesos de pan donde no se consumen sinó dos ó tres reales, i en un lugar en donde la multitud de panaderías hace fácil proveerse

diariamente de este género, se ha hecho un gasto mal calculado, porque el pan se endurece, la familia no le come, i se va desperdiciando poco á poco. Si en lugar de comprar una carga de arroz, se compran seis ó siete para ponerlas en una pieza húmeda i plagada de ratones i gorgojo, se habrá hecho un disparate, aunque el arroz se haya pagado por la mitad del precio corriente. En toda especie de compra debe tenerse presente la calidad de la cosa, el estado i la fortuna de la persona ó familia para quien se destina, la época en que se adquiere, i la armonía que debe reinar en el todo. Muchas cosas dejan de ser necesarias por ciertas circunstancias independientes de las mismas cosas, como los abanicos donde no se usan, ó no hace calor; las hamacas i mosquiteros en tierra fria; el tabaco donde no se fuma; el coche donde no hai caminos para hacerle rodar; las navajas de afeitar en una casa de mugeres solas; etc. La adquisicion de superfluidades indica siempre falta de economía i orden, i muchas veces da á conocer la mas ridícula fatuidad, ó una lastimosa estupidez. El proverbio comun dice: «Quien compra lo que no ha menester quiere empobrecer.»

Por regla general puede decirse, que cada individuo debe gastar su dinero en procurarse todos los instrumentos i utensilios de su arte, ó profesion, abundantes i de buena calidad, porque esto ayudará á dar perfeccion á sus trabajos; i porque es ridículo que un pintor use agenos pinceles, que una costurera pida prestadas las agujas, ó que un abogado no tenga en su estudio los cuerpos de leyes que diariamente ha de necesitar.

Entre las cosas útiles en cuya adquisicion debe emplearse con gusto el dinero, la mas importante es una buena educacion. Para lograrla no deben omitirse gastos: es decir, aquellos que puedan hacerse sin perjuicio del mantenimiento i abrigo de la familia, que, como son cosas de absoluta é imperiosa necesidad, no deben posponerse á nada. Mas, en los sacrificios que se hacen con el fin de obtener una buena educacion,

conviene observar siempre el método i la discrecion ya aconsejados, para no perder el dinero, i no hacer cosas discordantes, dispendiosas ó extravagantes. Por mui grato i útil que sea dar á la familia una educacion escogida, me parece que debemos limitarnos á los ramos que están en consonancia con nuestra fortuna, i con el lugar que hemos de ocupar en la sociedad. Así es que no convendria que una familia medianamente acomodada, emplease una parte considerable de su corto caudal en dar á sus hijos una educacion brillante en que no se descuidase ninguno de los ramos del saber humano; ni que los artesanos honrados, á quienes apénas da su trabajo una pasable subsistencia, hagan que sus hijos aprendan baile, música, canto, lenguas, astronomía, agricultura, etc. etc. Basta que se les enseñe la moral, la religion, leer, escribir, hablar bien su idioma, la historia de su país, el amor á las instituciones liberales, el conocimiento de su dignidad i sus derechos, i ciertos ramos de matemáticas, como aritmética, geometría i dibujo linear, porque estas tres cosas se necesitan mucho para el desempeño de ciertas profesiones, i para la práctica, el adelanto i los progresos de todas las artes mecánicas.

En la profusion de enseñanza con que algunos padres quieren adornar á sus hijos, enseñándoles lo que probablemente nunca han de practicar ni necesitar, se cometen dos graves errores: primero, cansar la inteligencia en vez de desarrollarla; i segundo, inspirar á los hijos hastío i desprecio por la profesion ú oficio de sus padres. En suma, la buena educacion indispensable, necesaria á todos, de utilidad para todas las clases, estados i fortunas del hombre, estriba en tres puntos principales, á saber: moralidad, hábitos de orden i trabajo, i buenos modales. Para lograr estos tres puntos hai que cultivar varios ramos, como todo el mundo lo sabe, pero estos no son complicados, difíciles ni dispendiosos, i para procurárselos no es necesario hacer grandes sacrificios. El Evangelio de Jesucristo espli-

oado con claridad i buena fé (*) dará todas las instrucciones de moral que el hombre necesita para cumplir con sus deberes ácia sí mismo, i con respecto á toda la sociedad. El hábito del trabajo se comunica desde la infancia, acostumbrando á los niños á ocuparse en varias horas del dia, inspirándoles odio i desprecio por la holgazanería, tributando en su presencia la alabanza i respeto debidos á los que con su industria i laboriosidad contribuyen á las comodidades i bienestar de sus semejantes, i procurando premiar en ellos el buen empleo del tiempo, i su propension á estar útilmente ocupados. Los buenos modales se adquieren con unas ligeras nociones de urbanidad, i poniendo el mayor cuidado en practicar con los demas lo que gustamos que se haga con nosotros, i en evitar todo aquello que nos ofende, ó desagrada que los otros hagan, ó lo que frecuentemente oimos criticar por personas capaces de juzgar.

Despues de medir cada gefe de familia sus medios i facultades, i examinada que sea la carrera probable que sus hijos han de seguir en la sociedad, se deben emplear todos los recursos disponibles en la educacion, atendiendo á que los conocimientos que se adquieren forman el único capital permanente que la familia puede heredar, el único fondo inagotable que ninguna vicisitud puede arrebatár, i que la sociedad entera gana cuanto mayor sea el número de sus miembros que tengan buenos principios, cultura, profesion útil, i amables modales. Este es, pues, el primero de los gastos útiles en que debe invertirse el dinero, i conviene notar que nadie está dispensado de contribuir al bien i á la mejora de la sociedad dando su contingente en la educacion que proporcione á su familia, i en las virtudes que logre

(*) Digo buena fé, porque he oído á varios individuos hacer de este santo libro el uso que hacen los tintorrillos de las leyes, es decir, acomodár un testo que favorezca sus caprichos, sus pretensiones, sus errores, sus pasiones, ó sus culpables intereses.

inspirarle. Este es un fondo comun de que todos sacamos considerables provechos.

Los libros son tambien una adquisicion ventajosa. Empero, si yo empleo en libros lo que debia servirme para comprar el pan de mis hijos; si yo acopio tratados de ciencias exactas, siendo una persona de cortos medios, i mas cortos alcances; si reuno obras escritas en griego, ó latin, que ni entiendo ni hallaré quien me pueda enseñar; si formo una biblioteca de romances, versos, cuentos ú obras dramáticas, cuando tal vez carezco de cama, vestidos i habitacion cómoda, seré una persona justamente censurable, i habré manifestado mi necesidad al hacer un acopio de cosas que en rigor no pueden calificarse de inútiles. Todo se reduce, pues, al tino para elejir, i á la proporcion que debe guardarse, al comprar libros, entre nuestra fortuna, nuestros gastos i nuestra capacidad.

Por rico que sea un individuo, hai desembolsos que debe omitir por cordura i racionalidad. Un comerciante millonario, pero radicado en el interior i padre de hijas solamente, haría un solemne disparate en comprar brújulas, barómetros, cartas de marear i otros instrumentos cuyo uso principal es para los marineros. Semejante familia, como se ve, no está destinada á la navegacion, i se establecerá, vivirá, i morirá probablemente en el suelo que la vió nacer. Un hacendado rico, pero esclusivamente consagrado á la agricultura, i que solo tiene hijos varones, haría mal en comprar un surtido de las cosas necesarias para fabricar flores, ó para ejecutar otras labores mugeriles. Lo útil es tambien relativo bajo otro punto de vista; i un objeto dado que no solo sería provechoso sino necesario á un individuo, vendría á ser supérfluo, i aún embarazoso para otro. Un habitante de las riberas del Magdalena necesita una piragua, una red, un canalete: ¿i de qué servirá todo esto al chantre de la catedral de Bogotá? La Recopilacion Granadina, tan necesaria en el estudio de un abogado, ¿no estaría por demás en

casa de una lavandera ó un dentista? Se deduce de lo dicho, que aunque muchas cosas sean esencialmente útiles para ciertos individuos, harían mal en adquirirlas todos indistintamente, i que el dinero que se emplea en comprar objetos de que no podemos servirnos, ni sacar provecho alguno, es un capital estancado, i que habría sido mas conveniente invertirlo de otra manera. I no se me diga que es bien empleado todo gasto hecho para satisfacer nuestros gustos i antojos, con tal que á nadie ofendamos, ni dispongamos para ello sinó de nuestro propio caudal. Este modo de discurrir encierra un error fácil de refutar; mas me parece que haría un grande agravio á la moralidad i al buen sentido de mis lectores, si ocupase en ello su tiempo i mis razones.

Los gastos que hacemos en obras de beneficencia son hasta cierto punto hechos en favor de nuestros placeres; porque ciertamente pocos hai mas dulces i profundos que los que proporcionan las bendiciones i alabanzas que los infortunados tributan á sus benefactores. Pero prescindiendo de nuestro propio interes, de este interes delicioso de gozarnos con el bien ageno labrado por nuestras propias manos, todos debemos procurar dar alivio i socorro á cualquier ser que sufre privaciones i penalidades. Lo que empleamos en adquirir cosas supérfluas no nos pertenece: es un robo que hacemos á la clase necesitada é infeliz. I si los hombres en general fuesen mas morales i mas humanos, desaparecería de la tierra una suma inmensa de miserias i calamidades, i mil rostros abatidos que hoi bañan el suelo con su llanto de amargura i desolacion, se levantarían radiantes de alegría para bendecir la mano benéfica que hubiera enjugado sus lágrimas (*) ¿Qué digo yo? Millares de crímenes dejarían

(*) Así centenares de infelices bendicen diariamente al señor José Ignacio Paris. Este caballero rico, i gozando de todas las comodidades que le pro-

de manchar á la humanidad desesperada, millares de víctimas serían arrancadas al dolor, i á la justicia humana, si los hombres sensibles á las penas de sus semejantes, les tendieran una mano protectora prestándoles generosamente de su supérfluo la corta cantidad suficiente para satisfacer las primeras i mas urgentes necesidades de la vida. ¡ Cuantas veces gime de frio i de hambre un infeliz á las puertas del rico satisfecho! ¡ Cuantas se comete un crimen atroz por la falta de medios para procurarse la satisfaccion de una imperiosa necesidad! ¡ I cuantas, ¡ cosa triste! en el mismo templo del Dios de la caridad ostenta el lujo mas escandaloso una muger mundana, al lado de la madre indigente que pide en voz baja al padre de los pobres el pan necesario para alimentar su hambrienta familia! ¡ Ah! séame permitido en esta ocasion esclamar contra estos ricos insaciables de goces, que no osan penetrar en la cabaña del infeliz temiendo que la compasion agite un momento sus almas endurecidas, i arranque algunos maravedis á su inhumano egoismo, i que entran sin rebose al almacén de un negociante opulento para dejar allí centenares de pesos en cambio de esos lujosos juguetes, de esas pomposas inutilidades con que se colman las mesas de las señoras, i aun de los hombres mismos. Este insulto atroz hecho á la miseria de

*S*cura su fortuna independiente, tiende siempre una mano protectora á sus amigos, socorre á innumerables familias indigentes, obsequia á su patria monumentos bellos i costosos, i no necesita de que el mendigo, el enfermo i el anciano reclamen la sensibilidad de su corazón. Su atenta benevolencia, su compasiva humanidad ahorran al necesitado la triste i penosa relacion de sus miserias. El señor Paris sabe ser rico i benéfico sin orgullo ni ostentacion. ¡ Que Dios bendiga su buen corazón! ¡ Que se aumenten sus bienes, i que sus negocios prosperen á medida de los consuelos que él ha sabido prouigar á tantos infortunados!

nuestros hermanos, es defendido con especiosas razones que muchas veces deslumbran i atraen nuevos sectarios al lujo i á las frivolidades. Sin estos ricos, se dice, la industria desfalleceria; las artes de agrado carecerian de estímulo; el comercio perdería parte de su vigor; los millares de brazos que se ocupan en aquellas producciones quedarían ociosos, i la sociedad perdería multitud de miembros útiles que, á causa de su desocupacion, se convertirían ó en limosneros ó en bandidos. ¡Oh! No marchéis tan de prisa, protectores de la insensibilidad, detractores de la caridad cristiana. Yo no pretendo que se cierren las fábricas de muñecos, flores, cristales i costosas bagatelas; yo no quiero que el comerciante millonario tenga su casa amueblada con esteras de junco i toscos bancos de madera, ni que el lecho de una señora rica esté reducido á una tarima, un jergon i una manta. No; fabricad, traed, distribuid entre los ricos todo lo que el lujo i la molicie han inventado de mas ridiculo, inútil i deslumbrante, pero dejad algo para el pobre, socorred al indigente, sacrificad una vez siquiera cada semana los antojos de vuestra vanidad, los caprichos de la moda, i trocad estos goces superficiales i efimeros por el placer profundo, durable i fecundísimo de dar pan a una familia hambrienta, vestir á un anciano desnudo, aliviar á un enfermo desfallecido. Si alguna vez llegais á saborear este placer celestial, yo no dudo que despues le buscaréis con empeño, i que os le procuraréis mil i mil veces mas; porque ¿quién no desea disfrutar placeres? ¿quién pudiendo gozarlos los dejará escapar con fria indiferencia?

Mas, el ejercicio de la beneficencia no corresponde solamente a los ricos, aunque sean ellos quienes mas digna i satisfactoriamente pueden desempeñarle. No hai quien no pueda, quien no deba ser benefico. Ningun mortal, por miserable que sea, puede decir: « A mí no me obliga la caridad; nadie es mas pobre é infeliz que yo. » No, seres infortunados, jamas podréis señalar la última grada en la escala de la miseria humana

¡Jamás! Es inmensa, ilimitada, asombrosa; i siempre que lo intentéis descubriréis mas allá de vosotros otros desgraciados por quienes no querríais cambiaros, i á quienes podréis tender vuestra mano diciendo: Hermano, yo te socorreré, yo te aliviare, pues soi ménos miserable que tú. »

Hace poco, mui poco tiempo, que en esta capital ha ocurrido el caso siguiente: Una madre de familia, una señora pobre que en otro tiempo había gozado de algun bienestar, veía un dia llorar de hambre á sus hijos pequeños. Habiendo agotado todos sus recursos i los socorros de las buenas gentes, se hallaba próxima á la desesperacion. Un mendigo andrajoso tocó á su puerta, i pidió con su acostumbrada importunidad una limosna por amor de Dios. La madre exasperada le dijo con tono áspero: « ¡Váyase usted! Yo no tengo que dar; mis hijos lloran de hambre. ¡Váyase usted. » El pobre se detuvo; la miró compadecido, i desatando de un sucio i roto pañuelo medio real, se le alargó á la madre diciendo: « Mi señora, yo no sabía su necesidad; yo no tengo hijos; ya me desayuné, i me acaban de dar este medio. Compre usted con él pan para los niños. » La madre recibió, i lloró. ¿Pero el nombre del mendigo? Se ignora; mas el hecho se sabe, i todo ser sensible al conocer este rasgo, pedirá al cielo que colme de bendiciones al pobre caritativo. Esta es de parte de los hombres la recompensa de la virtud humilde i obscura. Su galardón inmortal le vendrá de la justa mano de Dios. Pero la beneficencia debe practicarse con discrecion i cordura. No todo lo que á primera vista puede parecer supérfluo debe darse á los pobres, ni todos los pobres tienen igual derecho á la generosidad de los que pueden socorrerlos. Los niños, cuyo corazón tierno está siempre dispuesto á recibir las impresiones mas vivas, se complacen tanto con el ejercicio de la caridad, que suelen incurrir en perniciosos excesos. Así se necesita vigilar, i dirigir sus limosnas, porque con la misma facilidad dan un real que una onza de

oro, i lo mismo un vestido usado que la mas preciosa joya. Las limosnas deben ser repartidas por manos espertas, i no darse sinó á los menesterosos honrados, ó á aquellos que estén en imposibilidad de procurarse el sustento, aunque se sospeche algo en contra de su conducta. En las ciudades populosas hai multitud de vagos, de viciosos estafadores i ruines que piden por hábito, por corrupcion, ó por no gastar lo suyo. Socorrer á estos tales es fomentar la holgazanería i el vicio, es propender á la desmoralizacion, i arraigar en los pueblos la mala fé, la mentira i la ociosidad tan contrarias á las buenas costumbres. Hai una porcion de pobres que á primera vista pueden socorrerse sin duda i sin inconveniente; como los ciegos, los ancianos, los estropeados é inválidos, los enfermos que carecen de asilo, i los que se ve que trabajan á pesar de sus enfermedades. En cuanto á aquellos que tienen el aspecto de la lozanía i la juventud, ó los que hacen largas i minuciosas relaciones, ó que andan vestidos con decencia, i frecuentan las casas de juego i las tabernas, no se debe darles sin que preceda un exámen sério sobre su situacion i las causas que los obligan á pedir. Los socorros que se dan pueden tener por objeto, ó satisfacer una necesidad urgente del momento, ó procurar al infeliz los medios para que trabaje i salga para siempre de los horrores de la indigencia. En el primer caso es tan insignificante la cantidad que suele darse, que no creo necesario encargársele mucha prudencia sobre esto. En el segundo, es preciso que quien se resuelve á ser el protector de un desgraciado, se informe de sus circunstancias i procederes, i que siéndole estos informes favorables, dé, si es posible, al necesitado lo que fuere suficiente para sacarle del apuro, i ahorrarle la humillacion de pedir de puerta en puerta. *Mas nunca, en ningun caso debe burlarse la esperanza que intencionalmente se ha hecho concebir al que pide. Si no se le puede auxiliar, debe desengañarsele al punto, i con atentas palabras. Hacer es-*

perar lo que no se tiene voluntad de dar, no solamente es una crueldad, sinó tambien una burla indigna en que se goza con orgullo de la humillacion agena. Por último diré, que siempre que presida la prudencia á los gastos que se hacen en obras de beneficencia, estos son justos, i que en calidad de tales no deben omitirse jamas.

Los gastos que hacemos para nuestro placer i divertimento deben ser estremadamente moderados, puesto que lo que invertimos en obras de beneficencia nos procura un dulcísimo é intenso placer, i lo que empleamos en instruirnos nos da un grato i útil divertimento. Así es que en la clasificacion imperfecta que he hecho de los objetos de gastos, no he podido separar completamente el placer, la utilidad i la beneficencia. Se tocan de tal manera estas cosas en vários puntos, que yo no soi capaz de separarlas, ni comprendo beneficencia sin goces, ni creo tampoco que sea de absoluta i rigurosa necesidad esta distincion en un pequeño tratado de economía doméstica.

Los paseos, los convites, el baile, el juego i el teatro son los divertimientos mas usados en la sociedad culta. Para procurarse estos goces es necesario siempre que preceda un exámen prudente sobre los gastos que puedan ocasionar, para rechazar desde luego los que hayan de causarnos un desembolso que esceda á nuestras facultades. Si ha de contraerse una deuda para buscar caballos i pagar escote, se renuncia al paseo i la comida; si para asistir al baile se ha de fiar el traje, es mejor no ir al baile; si ha de arriesgarse al juego la subsistencia de la familia, debe huirse del juego (que en mi opinion, es nocivo i perjudicial, siempre que se juega por interes); si para conseguir un palco se ha de petardear donde un amigo, ó prestar dinero, ó ser importuno abusando de algun ofrecimiento hecho por urbanidad, es mejor no concurrir al teatro. Cuando se pide, se presta, se empeña ó se arriesga para ocurrir á las necesidades indispensables de la vida, no solamente hai

disculpa, sinó razon para ello. Empero, esponer la tranquilidad, la fortuna i la honra por divertirse un rato, es la mayor de las locuras, es la insensatez mas vergonzosa en que pueda incurrirse: tanto mas inescusable cuanto que los seres bien organizados i bien educados, hallan por todas partes placeres fáciles i puros que no agotan ni debilitan su salud, ni cansan sus fuerzas i su inteligencia. Cuando el corazon no está viciado disfruta con dulzura los encantos de la naturaleza, los desahogos i placeres de la sociedad doméstica, las confidencias intimas de la amistad, los consuelos de la religion, las delicias de la beneficencia, los atractivos del estudio, las tiernas impresiones de un amor honesto, i mil otros variados goces que se escapan sin ser percibidos por los corazones egoistas, por las almas gastadas de los sibaritas que no saben usar, sinó abusar de todo lo que Dios crió para nuestro bienestar i felicidad.

EPISODIO.

El doctor Alejandro L... tenía mucho adelantado para ser feliz. Su carácter dulce i pacífico, sus amables modales, su vasta instruccion i sus gustos moderados, le daban derecho para esperar una larga vida, una salud cumplida, i una calma inalterable. Su familia numerosa, rica i bien relacionada, le amaba i veneraba porque conocía sus virtudes, i porque sabía que en él encontraría siempre el buen juicio de un prudente consejero, i la indulgencia de un afectuoso padre; por la misma razon sus muchos amigos le trataban con respeto, deferencia i confianza. Pero el doctor Alejandro no era rico, ni sabía ni quería pedir, i estaba devorado por la pasion de la beneficencia, por el ardiente deseo de mejorar la suerte de una multitud de indigentes cuyas necesidades conocía á fondo. Un dia en una concurrida sociedad de amigos i parientes, se atrevió á proponerles que entre todos formasen un fondo para socorrer á los pobres. Observaré vuestros gastos, les dijo, i siempre que me parezca que habéis invertido una cantidad de

una manera indebida i contraria á una prudente economía, os lo haré notar. Si despues de una detenida é imparcial discusion, os convenzo de que habeis hecho mal, la partida gastada se apuntará en un libro, i de estas cantidades os obligaréis á pagarme un medio por ciento para emplearle en el alivio de los infelices. Todos los presentes convinieron fácilmente en una idea que comprometía á tan poco, i ya desde aquel instante tuvo nuestro doctor una árdua i constante ocupacion. Su hermana fué la primera que llamó su atencion, i que ocupó sus cálculos. Esta señora era rica, i tenía siete hijos, cinco criados, dos ahijadas i una compañera honoraria, que no era señora ni criada, que comía á la mesa, hacía mandados, recibía silenciosamente las visitas en ausencia del ama, conversaba con los niños, refería la crónica escandalosa de la capital, i pasaba la mayor parte de los dias cosiendo i fumando en el hueco de una ventana. Con tan numerosa familia se hacían crecidos gastos, i la hermana del doctor, con la ayuda de su compañera, resolvió emprender várias economías.

Empezó por comprar por junto los víveres que habían de abastecer su despensa por mucbo tiempo. Cincuenta arrobas de azucar, doce cargas de arroz, otras tantas de papas, veinticinco arrobas de garbanzos, lentejas i otros granos, treinta arrobas de cacao, vários cajones de fideos, tallarines i macarrones, i en fin, otros efectos por valor de mas de trescientos pesos fueron comprados de una vez per la señora. Mas, imprevisiva i ligera, no había preparado el local en que debían almacenarse tantas provisiones. Se pusieron, por lo pronto, en una pieza baja contigua á la alberca. La cañería no estaba corriente; se reventó, é inundó el cuarto, sin que los habitantes de la casa lo advirtiesen. A los trece dias, cuando se abrió el almacen para surtir de nuevo la despensa, todo se había dañado completamente. El doctor apuntó su primera partida.

El señor H... su amigo, compró un palacio, i dejó su casa porque, con la manía de las cosas aristocráticas,

no podía resolverse á vivir sin ostentacion i despilfarro. Aunque su familia no se componía sinó de su esposa, un despensero, un page, i dos criadas que cuidaban con esmero dos graciosos gatitos, hizo amueblar con ostentacion i magnificencia este palacio inmenso, i no quedó pieza alguna por retirada é inútil que fuese, que no estuviera en estado de servir de alojamiento á un fastuoso príncipe europeo. En fin, todo marchaba en aquella casa en proporcion con los suntuosos muebles i el grandioso edificio. La vanidad del señor H... se lisonjeaba i estimulaba locamente al oír los elogios que hacían de su buen gusto i magnificencia los muchos desocupados que concurrían á hacerse pasear por aquel vacío i adornado palacio. El doctor Alejandro halló que la cantidad alcanzaba á algunos miles de pesos, aún cuando se diera por bien hecho, que aquellos dos individuos gozasen de todo el lujo, ostentacion i comodidades de ricos capitalistas. Hízose un cómputo razonable, i con el beneplácito del mal aconsejado é incorregible señor H..., apuntó el doctor un respetable guarismo en su libro.

Cárlos i Enrique, hijos de una íntima amiga del doctor, gustaban de vestirse con esquisita elegancia. Un sastre francés recién llegado, ofreció á los dos jóvenes vestirlos como á los príncipes de Joinville i D' Aumale. No se necesitaba sinó de estos dos nombres para decidirlos. Un abundante surtido de calzones, casacas, levitas de cazador, chalecos, capas, corbatas, etc, etc, pasaron inmediatamente á la habitacion de los petimetres, en cambio de algunas talegas de fuertes que el extranjero recibió con mil cortesías i cumplimientos. Mas, ocurrió que ántes de un mes llegó á la capital un aventurero que hablaba siete idiomas, había viajado, segun decía, por Siria, Etiópia, Rusia, las regiones polares i la China. Este caballero había asistido á la exhumacion de Napoleón, á la coronacion de la reina Victoria, á la exaltacion del Pontífice actual, al matrimonio de la hija primogénita de Nicolas i á la reconciliacion de Isabel

2.º con su esposo, i despues de haber conversado familiarmente con todos los príncipes, los sabios i los diplomáticos de Europa, venía á explorar las repúblicas sur-americanas vestido como el Gran Duque, heredero del imperio Ruso. Esto pareció mas elegante, mas aristocratico, i hasta mas moderno á Carlos i á Enrique. Los hijos de S. M. Luis Felipe casi son nuestros camaradas, i sus nombres, sus acciones i sus títulos se leen con demasiada frecuencia en los periódicos, al paso que todo lo que pertenece á la Rusia nos es mas desconocido, i apénas puede divisarse desde la América meridional. En consecuencia de tan poderosas consideraciones se abandonaron los trages á la francesa, que desde luego fueron á parar á una percha colocada en un cuarto retirado, que es lo mismo que decir, que quedaron fuera de servicio. Adoptóse sin vacilar la vestimenta del Gran Duque, i este triunfo de la Rusia sobre la Francia, fué ventajoso al doctor Alejandro.

Pocos dias despues, su amigo el célebre médico H... compró en su presencia dos bellos cuadros que le aseguraron ser obras del famoso Vásquez. El doctor Alejandro le preguntó:—¿Sabes positivamente que estas pinturas sean de aquel artista?—No, ni me gustan los cuadros.—¿I para qué los compras, pues?—Porque quiero que de todo haya en mi gabinete. Deseo que se venga á mi casa como á la de un conocedor, de un anticuario, de un naturalista; i así es que los bribones que saben cuál es mi manía, me arrancan diariamente cuantiosas sumas en cambio de libros, piedras, medallas, esqueletos, manuscritos, retratos, caracoles, monedas, i mil curiosidades tan inútiles para mí como las leyes de responsabilidad para los altos magistrados. Todas estas baratijas me cuestan á veces mas de lo que me da el ejercicio de la profesion; pero, amigo, esta es mi manía, i nosotros estamos en el mundo para darnos gusto. Yo aprendo ó compongo sobre cada uno de estos objetos una historia científica, que relato con gravedad á los curiosos que vienen á admirar mi museo. Espero

que esto me dará nombre i gloria, i tú convendrás en que la gloria no podría pagarse jamas demasiado cara. —Cierto, replicó el doctor, pero como albricias de la hermosa adquisicion que vas á hacer, me debes algunas docenas de pesos para aumentar el capital de los pobres. Esto pareció justo al señor H ..

De allí á algunos dias, refiriendo esta locura á su tia Sara, muger de 67 años i que llevaba una vida mui sedentaria, esta le dijo:—No critiquemos, sobrino mio; todos tenemos antojos i manías. Mira, yo acabo de comprar por cuatrocientos pesos el hermoso caballo de don Isidoro. Sé que no vale tanto, pero es un animal soberbio, i creo que pasan de mil personas las que en esta ciudad me envidian esta propiedad.—¿I usted para qué le quiere?—Para admirarle; i tú mismo me has dicho que hacemos un buen uso de la inteligencia admirando las bellas obras de Dios.—El doctor se encojió de hombros al oír aquella peregrina aplicacion de un pensamiento exacto, i se contentó con preguntar á su tia, si podría contar con un par de pesos para el fondo de los pobres. La señora Sara los entregó con gusto, i pasó á la cabailleriza á ejercitar dignamente su inteligencia.

Un primo hermano del doctor, el respetable canónico W..., le convidó á comer á su casa. Era este un hombre austero i penitente; pero, no obstante, su mesa era servida con lujo i profusion. En ella se pusieron esquisitos vinos que, probados apénas por el convidado, fueron entregados al despensero de la casa que al punto los repartió con los otros criados. No pudo ménos el moderado doctor de hacer notar aquel despilfarro á su primo, quien le dijo: No lo estrañes, todos los dias se hace lo mismo, i rara vez sucede que la botella que se descorcha hoi, vuelva á servirse mañana. ¿A cuánto ascenderá la suma que usted gasta en vino semanalmente? No lo sé con fijeza; pero no baja de cincuenta pesos por mes. Supongo, mi respetado primo, que de esta partida de seiscientos pesos anuales, querra

usted concederme el medio por ciento para mi fondo de los pobres.—En verdad que esto es justo, Alejandro, i aún algo mas, porque en mi mesa hai un completo despilfarro que ya me parece irremediable en casa.

Pocos dias despues, visitando el doctor á uno de sus amigos íntimos, tuvo lugar de hacer otras observaciones. En aquella casa se pagaban catorce maestros de idiomas, dibujo, baile, música, botánica, geografía, matemáticas, i diversas labores mugeriles; todos estudiaban. La señora abuela, anciana ya sexagenaria, aprendía botánica i astronomía, apesar de que no podía soportar el aire libre del campo, ni el sereno de la noche: una señorita de 15 años estudiaba álgebra: los niños se dedicaban á todo; i la cocinera, el portero i demás sirvientes asistían (aunque no sabían ni leer), al aula de idiomas, por ser esta de tarde en horas bastante desocupadas. El jefe de aquella familia era decidido por la educacion, i quería generalizarla sin tino ni reflexion, como suelen promoverse las reformas é innovaciones en los congresos de mi patria. El tren de libros, instrumentos músicos, globos, esferas, herbarios, telescopios i demás cosas necesarias para el estudio de tan diversos ramos, era inmenso i costoso. No sabía el padre de familia el proverbio comun que dice, “ El que mucho abarca poco aprieta. ” Suponía equivocadamente que, al emprender muchos estudios á la vez, era seguro adquirir mucha ciencia, i que el dinero gastado de esta suerte, era el mas bien empleado que hubiese salido de sus arcas. El doctor Alejandro tuvo la inmensa paciencia de llevar aquella cuenta, i de asistir á la mayor parte de las lecciones, i deducido lo necesario en el ramo de enseñanza, i aquello de que él veía que sacaba, ó podía sacar provecho la estudiosa familia, quedaba sin embargo un sobrante bastante considerable de gastos supérfluos é indebidos, sobre el cual cobró modestamente su contribucion que su amigo no pudo rehusar.

¡Pero cuál fué su asombro al formar el cálculo de los

desembolsos inútiles hechos por su prima Adela en los juguetes, trages i joyas destinados al recreo i adorno de su primogénita Sofía! No había objeto alguno necesario, ó cómodo para el servicio personal, de que no estuviese provista la señorita, i que, además, no se hallase remedado en miniatura para la casa de muñecas que tenía en el extremo del jardin. Los trages de la niña estaban variados segun todas las muestras de las modistas extranjeras; sus joyas eran finas, lujosas, encargadas exprofeso á Paris, Nápoles, Amsterdam ó Londres. Para cada hora del día había diverso traje, para cada variacion de la atmósfera, distintos usos, distintas necesidades i diferentes alimentos. El médico se hallaba siempre á su cabecera, i recetaba diariamente cordiales, espíritus, sales, panaceas i todo lo que la ciencia podía sugerirle; porque la chica sabía ya sentir ataques nerviosos, jaqueca, convulsiones, inflamacion, gastritis, histérico, i en fin, todo lo que padecen, ó creen padecer las señoras grandes. Fuera de esto, todos los dias i todas las noches se trabajaba para dañar su tersa i blanca piel, aplicándole cuantos cosméticos anuncian en los diarios todos los charlatanes conocidos ó improvisados de Francia. Semana había de gastar treinta ó mas pesos en juguetes de porcelana, cristal, i dorada plata; i la chica, altiva i viciada, envidiosa i ridícula, quería todo cuanto veía, i no podía sufrir que otra muger, grande ó pequeña, la eclipsase en adornos, lujo, i elegancia de moda. Así, este ser casi imperceptible, inútil i desagradable para cualquier otro que no fuese su padre i su madre, hacía invertir en la satisfaccion de sus pueriles caprichos, i en el adorno de su insignificante personita, un inmenso capital que habría bastado para dar conveniencias i bienestar á cuatro ó seis familias prudentes i modestas. El doctor sacó su cuenta, i quedó sorprendido de aquel esceso de despilfarro. ¡Cuán caro paga Adela, esclamaba él, la corrupcion é infelicidad futuras de Sofía! ¡Cuántos gastos i trabajo para pervertir un buen natu-

ral, i para multiplicar las penalidades de la vida!

Hizo algunas observaciones moderadas á su prima, quien defendía cada partida como empleada en objetos de primera necesidad para su hija querida. Apesar de que Adela era la fuente de la fátuidad, el orgullo i la necedad con que había de nutrirse aquella niña, convino al fin en que había una suma harto crecida de gastos inútiles, por la cual pagó al doctor el medio por ciento convenido.

De la misma suerte, i analizando las limosnas de su amigo Timoteo, encontró que daba una cuantiosa suma á los holgazanes que pasan sus dias en las esquinas, á las pobres vergonzantes que tienen alegre tertulia, i trages a la polka, á las beatas i mogigatas que hormiguan en esta ciudad, i que se emplean únicamente en rezar, comer i charlar; i por último, que distribuía una cantidad considerable de cuartillos i medios entre ese enjambre inmundo de limosneros que obstruyen las calles de esta ciudad, i que no tienen otro oficio sinó importunar al prójimo, otro placer sinó la embriaguez, ni más aspiraciones sino vivir i morir entre sus andrajos. Estas limosnas mal dirigidas, i peor agradecidas, iban consumiendo las cuantiosas rentas de Timoteo. El doctor le hizo ver claramente, que procedía mal i con sobrada indiscrecion en un punto tan delicado; le obligó á ser mas económico i equitativo en la práctica de sus obras de caridad, i le persuadió que no es justo distribuir el dinero entre holgazanes que ofrecen romerías, velaciones i misas, del bolsillo ageno; i embusteras atrevidas que escriben diariamente seis ú ocho circulares, contando trágicas historias, i poniendo á contribucion los bolsillos de todas las gentes que trabajan. Despues de haber manifestado á Timoteo muchas verdades sobre esta importante materia, cobró su derecho sobre las cantidades malgastadas en el último año.

Pero en donde halló uno de los ramos mas productivos para su fondo de caridad en favor de los verdade-

ros pobres, fué en la sociedad de jóvenes que se había prestado á aquella idea.

Las diversiones con que se recreaban eran siempre costosas. Partidas de caza para las cuales se sostenían numerosas jaurias de perros, hermosos caballos, escopetas i los demas enseres concernientes á este pernicioso pasatiempo. Fuerte juego en que se perdían en una noche doscientas, ó mas onzas de oro. Suntuosos bailes, en los cuales bailar era la parte secundaria, siendo el principal objeto, (como sucede aquí frecuentemente) embriagarse con licores fuertes i esquisitos. Necias apuestas sobre corridas de caballos, riñas de gallos, i otras aún mas absurdas i estravagantes; tales eran las diversiones en que aquellos jóvenes invertían su tiempo i su fortuna para hacer un acopio de deshonor i miseria. El doctor concurría á todos estos recreos de moda, i llevaba la cuenta exacta i minuciosa de las sumas desperdiciadas en tan culpable despilfarro. Su fondo crecía rápidamente, como no podía dejar de suceder teniendo su origen en los estravíos i las locuras de los hombres.

Aunque acostumbrado, á causa de estos grandes desórdenes, á apuntar gruesas partidas en su libro, no por eso descuidaba los pequeños gastos inútiles, hechos por personas que no podían ser pródigas en cosas considerables.

En una casa se necesita un dedal para la criada pequeña que está aprendiendo á coser. La señora compra una docena, separa el que conviene, i da los sobrantes á las niñas para que jueguen.—Un sugeto quiere obsequiar á un amigo con unos cigarros. Desde entonces se compran cuantos cigarros se vienen á ofrecer á la puerta, para elejir los mejores, i como la señora no los usa se dan á los criados.—Se recibe en otra casa una bandeja de dulce de regalo: no se toma sinó un platito, i lo demás se abandona á los gatos i loros, porque aquello fué regalo i no *costó nada*.—Es necesario vestir una muñeca para dar una recompensa á la niña

que supo su leccion; se corta el retazo precisamente de un traje de lujo que está sin hacer, i que ya queda inutilizado, i por tanto el resto se reparte para pañuelos i mangas de camisa á la muger que carga el mercado, á la aguadora, á la que vive en la tienda inmediata.—Se necesita comprar cacao, azúcar, maíz, legumbres; sale la señora i paga un peon para que lleve á su casa un almud de maíz; despues otra persona hace viage espresamente á comprar el azúcar, otro individuo va por el cacao, i para cada una de estas comisiones se pierde el tiempo i se paga nuevo conductor.—En otra parte se compran várias cargas de estera; miéntras buscan al esterero se colocan en el cuarto de los *curies*; el artesano, como es costumbre en esta tierra, engaña i se hace esperar por espacio de dos ó tres semanas consecutivas, i entre tanto los animalitos hacen de las estereras los átomos de Descartes.—Hizo falta un cedazo en otra casa; no lo hai por lo pronto, i se destina para esto un pañuelo de *linon*, pero como un pañuelo no es cedazo, al terminar la cosa para que se necesitó se le regala á la criada. Cinco dias despues vuelve á ocurrir que hace falta el mismo mueble; nuevo apuro; se habilita la manga de un traje que se está cosiendo; para reponerla se busca género en la calle real, pero desgraciadamente se ha acabado en las tiendas i almacenes. La señorita dueño del traje se impacienta, pues le quería para el domingo próximo. Es necesario contentarla, i madama Gautron hace á la ligera un traje caro, pero hermoso. Entónces el que se ha dañado se le acomoda á la hermanita menor, haciendo un notable desperdicio de tela.—Se proyecta en otra parte sembrar flores, se compran con este objeto veinticinco tazas: no hai por el momento ni buena tierra, ni semillas. Van pasando los dias, i la idea del jardin portatil se olvida. Entretanto el mico se suelta várias veces, i de las veinticinco tazas apénas deja nueve en estado de servir. La señora ordena entónces que se regalen á algun aficio-

nado á flores, pues sería contrario á la economía, dice ella gravemente, que el mico las rompiese todas.

Estas i otras mil observaciones sobre el mismo asunto, pero de una infinita variedad, han dado ocasion al doctor Alejandro para poner en su libro las notas mas curiosas. El interes le ha hecho doblemente atento, i por todas partes halla nuevos objetos á que aplicar su vigilante i útil curiosidad. Nada se le escapa, i trapa- jando asiduamente, ha visto con placer que el fruto de este trabajo ha escedido á sus esperanzas. Llega, pues, el dia en que se cumple un año desde aquel en que se formó el compromiso entre él, sus amigos i contertulios.

El doctor los reúne á todos, i les dice: “ Os presento
 “ mis cuentas corrientes, i pronto os presentaré los in-
 “ felices que he socorrido á costa de vuestro despilfarro,
 “ pero que, no conociendo el origen de la renta que
 “ les habéis formado, os bendecirán como á sus bene-
 “ factores. El capital para los pobres alcanza hoi á mil
 “ pesos. Esto supone el mal uso hecho de la cuantiosa
 “ suma de doscientos mil pesos que es el capital que
 “ habéis desperdiciado en un año, i del que yo he to-
 “ mado el medio por ciento de nuestro convenio. Los
 “ contribuyentes componen veintidos familias, i yo no
 “ puedo pensar que la casualidad haya reunido aquí
 “ precisamente á las ménos juiciosas. Así, pues, po-
 “ demos suponer que entre la clase acomodada de la
 “ sociedad se encuentran centenares de individuos que,
 “ procediendo como vosotros, cometen los mismos des-
 “ aciertos. Al remediarse estos, es infinito el bien que
 “ pudiera hacerse á la clase menesterosa. Calculad
 “ cuántas son las sumas que se invierten sin tino, sin
 “ economía, sin orden, ni humanidad; i cuántas son
 “ las miserias que con ellas pudieran aliviarse. De
 “ vosotros depende procuraros anualmente el inmenso
 “ placer de oír las bendiciones de los pobres, i de
 “ restituir á la sociedad una multitud de miembros
 “ útiles que á falta de oportunos socorros perecerían
 “ en la indigencia, ó se convertirían en criminales, im-

“ pulsados ya por la miseria i la desesperacion, ya
“ por el frío egoismo de las gentes ricas.

“ Todos vosotros anheláis ser felices, i yo os ase-
“ guro que jamas lo lograréis haciendo tan mal uso de
“ la fortuna con que el Eterno os ha favorecido. La
“ justicia condena el abuso que hacemos de los dones
“ de Dios; el indigente os pide un alivio, i la razon
“ debe sugeriros los medios prudentes i económicos
“ que habéis de emplear para dar este alivio acerta-
“ da i oportunamente; i Dios i vuestra conciencia os
“ recompensarán por el bien que hagais, i por el mal
“ que evitéis. No olvidéis jamas que el orden i la
“ economía son fuentes inagotables de goces, bienes-
“ tar, honra i tranquilidad de espíritu.”



CAPITULO TERCERO.

ECONOMÍA DE JOYAS, VESTIDOS, MUEBLES I PROVISIONES.

Il est plus aisé de réprimer la première fantaisie que de satisfaire toutes celles qui la suivent. L'orgueil, dit le bonhomme Richard, dinne de vanité, et soupe de mépris,—Mais après de tout, à quoi sert cette vanité de paroître, pour la quelle on se donne tan de peine et l' on expose à de si grands dangers? Elle ne peut ni nous conserver la santé, ni adoucir nos souffrances; et sans augmenter notre mérite, elle nous rend l'objet de l'envie, et accélere notre ruine.

(FRANKLIN.)

Es imposible escribir sobre la economía sin que haya mil repeticiones; mas nunca se repetirá demasiado á las madres de familia, i á las mugeres que gobiernan una casa, que deben ser cuidadosas, aseedas, atentas á sus deberes, minuciosas en fin, en cuanto tiene relacion con el órden i la economía doméstica. Cada uno de los objetos á que debe estenderse la esmerada vigilancia de una ama de casa, está subdividido en vários ramos pequeños, que aisladamente parecen insignificantes, pero que reunidos forman un todo considerable que debe llamar la atencion conservadora de una buena madre de familia. Mugeres conozco que poseen joyas preciosas, i que ni cuidan de guardarlas, ni tienen un lugar destinado para esto, sin atender á que un doméstico infiel, un trámposo desvergonzado que se vende por amigo, ó un ladron que se aprovecha de la primera oportunidad, puede arrebatár estos objetos preciosos que representan una parte considerable del caudal de la familia, i que probable-

mente se han adquirido con mucho trabajo i fatiga. Por consiguiente, para guardar las joyas debe destinarse un escritorio, cofre, caja, ó cómoda con buena llave, la cual no andará en mano de todos. Las alhajas de valor no han de emplearse en adornar á los niños, sinó en el caso de poder colocar cerca de ellos un fiel vigilante; pues se sabe que los niños son traviesos, descuidados i fáciles de engañar, i es necedad entregarles lo que ellos no saben, ni pueden apreciar.

Las señoras deberían abstenerse de usar sus adornos preciosos en los viages, pues mas de una vez se ha visto que en las carreras á caballo, en los peligros de un mal camino, ó en las detestables posadas de este país, han desaparecido joyas de considerable valor. Cuando una madre i sus hijas entran á su casa de regreso de un espectáculo público, no deben empezar á despojarse de sus adornos en las piezas de la casa en que no se acostumbra guardarlos, porque la ménor ocupacion ó distraccion produce olvido, i de este resulta el desórden. Aquello que se quita de la persona debe colocarse al punto en su lugar, ya para evitar una pérdida, ó un daño causado por un niño, ya para no perder el tiempo en buscar la cosa á la hora de guardarla, ya en fin, para hacerse un hábito de órden que siempre es útil i honroso. Parece una cosa impropia i necia pedir prestadas joyas de valor para adornarse en dias de Inocentes, Carnaval, ó moigangas privadas ó públicas. Sin embargo, esto se practica frecuentemente sin reflexionar que lo que ha costado penas adquirir, lo que alguna vez puede ser de inmensa utilidad, lo que se aprecia, no debe arriesgarse sin motivos poderosos. Así pues, no temo aconsejar á toda clase de personas, que ni pidan, ni den para estas fiestas bulliciosas las alhajas que posean, porque un accidente cualquiera puede ocasionar un disgusto, ó una pérdida. No hace muchos años que para una novia de campo solicitó su madre un collar i unos sarcillos de perlas de mucho valor. La jóven ostentó

con orgullo por todo el día aquellos ricos i desusados adornos, i por la noche los dejó sobre un taburete. Al día siguiente todo había desaparecido. Sus padres se arruinaron por pagar; el recién casado vivió largos años sospechado de ladrón por sus suegros, i aún por su misma esposa á quien le constaba que solamente él había entrado en el dormitorio; i la familia de la señora que dió prestadas las joyas la mortificó mil veces echándole en rostro su imprevisiva condescendencia. A los tres años se trató de reedificar la casa en que había sucedido aquella pérdida, i se hallaron las alhajas en una ratonera. Pero, no siempre sucede esto, porque rara vez son los ratones los que roban estos objetos. Llegan también casos en que la pobreza, ó las persecuciones obligan á una familia que fué rica i ya solo posee sus joyas, á empeñar, ó vender estas para ocurrir á los indispensables gastos de subsistencia i vestidos. Entónces es una locura valerse de criados ignorantes para que saquen á vender estas cosas; i aún es peor depositarlas en casa de personas de reputación dudosa, ó de mal corazón, porque se ha visto frecuentemente en el mundo, que al llegar una familia arruinada al punto de vender sus alhajas, los malos abusan, i ceden muchas veces á la tentación de negar un depósito, ó de efectuar un cambio de piedras falsas por finas, siendo comunes los casos en que las personas de buena fé han sufrido el mismo engaño que tanto afligió á Gil Blas. En una palabra, se debe cuidar de todo, pero doblemente de aquello cuya pérdida sería mui considerable, i nos privaría de un recurso para el día de la adversidad.

El cuidado de la conservación de los vestidos debe ser mui esmerado i minucioso, porque sin ellos no se puede vivir. Las personas ricas deben cuidar sus trages de lujo, de la misma manera i por los mismos motivos que he aconsejado el cuidado de las alhajas preciosas. Un rico vestido, como una joya de gran precio, representa un capital, i en los días de la calamidad puede

ser un recurso. La señora que estrenando un lujoso traje, no evita el sentarse en el suelo, que se baña las manos, ó come alguna fruta sin cuidar de no salpicarle ó mancharle, que permite al perrito i al gato dormir sobre sus faldas, que al terminarse la funcion, visita, ó ceremonia para que lo hizo, no se le quita, sacude, dobla i guarda con esmero, deja conocer que no es aseada, económica ni considerada con las personas que le han dado aquel vestido, ni consigo misma, pues desfalca así sus bienes sin discrecion, ni prudencia. Una costosa saya no debe usarse para asistir á la misa de siete que es la que ordinariamente oyen las señoras en esta ciudad, ni para ir al mercado. Nuestras iglesias son, en general, poco aseadas, i los lugares en que se venden los víveres están obstruidos por una nube de limosneros, i por el inmundo populacho que llena esta ciudad. Así es que los vestidos que se llevan con frecuencia á estos sitios ú otros semejantes, serán tan maltratados i sucios, que con dificultad podrán servir para concurrir con decencia á reuniones mas elegantes i escojidas. Los trages que se guardan en perchas deben estar cuidadosamente cubiertos con un gran lienzo para impedir que el polvo los desmejore. La menor arruga ha de destruirse pronto para que no se haga imborrable, i afee la ropa. Las gorras, papalinas, flores i otros adornos de esta especie deben ocupar un lugar desahogado i limpio, como un armario, ó cómoda, i nunca ha de permitirse á las niñas, que al entrar de la calle tiren descuidadamente estos objetos sobre los asientos, ó que arrojen su chal, sombrilla, i pañuelon encima de las gorras, plumas i flores que hacen una parte tan vistosa de su adorno. Es necesario no olvidar que cada cosa debe ocupar un lugar fijo, i que no alterando este método, es mas fácil conservar las cosas por medio del orden i el aseo. De lo contrario se hallarán los encages enredados con las joyas, los ramos ajados con la sombrilla, el trage sucio con los zapatos. *Orden i aseo* debe ser la divisa de

la señora que gobierna una casa. Por lo que hace á las personas de medianas conveniencias, que no tienen cosas de lujo que cuidar, i á las pobres que apénas pueden procurarse lo estrictamente necesario, creo que deben tener presente que les son doblemente obligatorios el aseo i el órden, i que si no logran ser ricas por este medio, lograrán á lo ménos conservar lo que poseen, i presentarse en el mundo con cierto aire de bienestar i decencia que agrada á todos, i da buena idea de las personas. Siempre que á los niños se les hace un vestido nuevo, debe cuidarse de que no le ensucien i manchen, á fin de que pueda servirles para ponérsele como nuevo tres ó cuatro dias festivos, ó cuando se les lleva á visita, i en aquellas circunstancias en que se acostumbra presentarse con mayor decencia. Este cuidado no es difícil, i frecuentemente basta vencer la pereza que causa mudar de trage ántes del fin del dia. Los vestidos cuyo lucimiento se prolonga solo con no reducirlos al uso diario desde la primera vez, pueden aún conservarse por mucho tiempo en buen estado, aún cuando sean de colores poco firmes, con tal de que se tenga el cuidado de hacerlos lavar con esmero, sin que les dé el sol, ni los manche un mal jabon ó alguna cosa ácida. Lo mismo debe hacerse con las medias i pañuelos de seda. Las lavanderas por lo general duplican los gastos en ropa, pues mas saben destrozarla i desteñirla, que quitarle la mugre que es el objeto con que la llevan. Por consiguiente, es mui importante que las señoras sepan algo sobre el arte de limpiar i blanquear la ropa, para que puedan dar consejos é instrucciones á sus lavanderas. Los niños acaban mucho calzado, porque, corriendo i brincando sin cesar, no pueden durarles largo tiempo los zapatos.. Es conveniente acostumbrarlos á ponerse dentro de su casa los mas usados, para que en la hora precisa de salir á la calle, no resulte que todos los que tienen están rotos. La ropa de toda la familia, especialmente la de los chiquitos, debe componerse i remendarse para que la nueva dure por mas

tiempo, regular i decente. Várias personas opinan que es mas apreciable el tiempo que se invierte en este molesto trabajo, que la poquísima economía que proporciona. Convengo en que hai casas i personas que harían mal en emplear el tiempo en remendar, siéndoles fácil reponer con nuevo, i habiendo tantos infelices á quienes puede darse las ropas usadas. Pero, generalmente hablando, es necesario dar algunas horas á esta ocupacion, es bueno i útil que todas las niñas aprendan á pedacear un par de medias con cariosidad, á hacer un zurcido con esmero, á pegar un remiendo con regularidad, en una palabra, á saber presentar una pieza de ropa vieja, compuesta de tal modo, que nadie conozca á primera vista su estado. I digo que esto es preciso, ya porque á nadie le está garantida para siempre la buena fortuna, i que la familia mas opulenta hoi puede verse indigente mañana, ya porque un accidente casual puede hacer un roto, ó una quemadura en un vestido nuevo, i la muger que sabe manejar la aguja como se debe, se halla en el caso de remediar este daño de una manera satisfactoria. Por otra parte, de la distribucion del tiempo depende el hacer este trabajo sin invertir en él largas horas, i sin quitarlas á ocupaciones preferentes. Cuando hai várias niñas pequeñas que ya aprendieron los pespuntos, dobladillos i otras puntadas que se usan para hacer los vestidos, se les debe poner á coser en viejo para que aprendan á componer sus trages i los de los niños pequeños, i á acomodar ropa para los pobres. Ademas del aseo i la economía, resulta de esta práctica la ventaja de acostumarlas á vencer la pereza tan comun en su edad, i á ser mas cuidadosas. Cuando saben que ellas mismas han de pedacear sus medias, cojen sin repugnancia los pequeños puntos, i evitan ciertos juegos destructores, como el de correr sobre las esteras, i los patios i corredores empedrados ó enladrillados, sin llevar puestos los zapatos. La muchacha que remienda sus trages no retoza bruscamente, ni juega con el perro, ni

hace travesuras con fuego, ni se trepa á los árboles, ni se olvida jamas de la moderacion i compostura que deben acompañar las acciones de una muger. Ademas, la aplicacion á la costura le proporciona tambien la ventaja de poderse presentar en otra casa sin temor de las críticas de las niñas hábiles é instruidas en las labores de su sexo, i aún cuando haya de quitarse sus zapatos por la humedad ó cualquiera otra causa, no tendrá que avergonzarse de que le vean los dedos por los agujeros de la media, ó que se noten los fruncidos ó corcusidos que ha hecho en vez de las costuras esmeradas que deben esperarse siempre de mano de las mugeres. En una palabra, las niñas han de componer i remendar sus vestidos de manera que cualquiera pieza de ellos pueda sufrir el exámen de una hábil costurera, sin atenerse jamas á que tal ó cual pieza es demasiado interior para que pueda pasar por otros ojos fuera de los de la madre i de la lavandera. En esto se padece un error, i frecuentemente circunstancias é incidentes casuales ponen de manifiesto la desidia, el desaseo, la negligencia i el abandono de las madres i las hijas. De consiguiente, han de proscribirse los corcusidos provisionales, los hilachos en vez de cordones ó cintas, los agujeros en lugar de la hembra del broche, i los fruncidos donde se han desbaratado los pliegues de un traje. Con el mismo cuidado se evitarán las manchas de grasa, ácido, ó licores. Un traje manchado equivale á uno sucio, i de poco sirve almidonarle i aplancharle porque siempre parecerá viejo i mugroso. Conozco que es difícil enseñar á las niñas á conservar sus ropas con el aseo que pueden tener las personas grandes; pero con paciencia, constancia, buen ejemplo i vigilancia, por fin se logra este objeto, i las mugeres están tan dispuestas siempre para todos estos quehaceres, que es indisculpable la madre que deja prevalecer en sus hijas los malos hábitos de abandono i negligencia. Contraídos estos en la niñez, no se pueden vencer fácilmente en la juven-

tud, i yo conozco multitud de señoritas decentes, presumidas, aseadas en apariencia, i aún mui ricas, cuyos vestidos están malísimamente cosidos, i cuya ropa interior se halla atestada de remiendos mal puestos, i de zurcidos que no se atreverían á dejar ver ni aún al hombre ménos atento á las obras de costura. Si á todo esto se agrega la consideracion de que casi todas las mugeres están llamadas á ser algun dia esposas i madres, se verá la necesidad que tienen de aprender á hacer con esmero toda suerte de costuras. Cuando se ve á un hombre con una camisa mal cosida i peor remendada, cuando se observa que su cuello está roto, su corbata sin dobladillar, su chaleco sin botones, se le compadece porque es hombre *solo*, ó porque está ausente de su familia. ¡Qué vergüenza para las infinitas mugeres que viven con sus esposos, sus hermanos, sus hijos, quienes se presentan tan rotos i mal trazados como los que no tienen muger que cuide con esmero de su ropa! I como para coser no se necesita largo estudio, ni disposiciones intelectuales, ni costosos maestros, no hai muger alguna que teniendo ojos i manos, esté dispensada de saber cöser.

Aunque queda ya indicado que hai reglas de economía que observar para dar á lavar la ropa, añadiré algunas observaciones que pueden ser útiles. En várias casas se da la ropa á lavar, i luego se almidona i aplancha sin haberla cosido ántes, lo que no es acertado, pues resulta que al ponerse un vestido se le encuentra un rasgo, ó faltan broches, botones, ó cintas, por cuya causa es necesario repararle despues de haberle desdoblado, i yo he visto mas de una vez descolgar de una percha seis ó siete trages, i por último dejar sin mudar á la niña, por no hallarse uno solo en estado de servicio. En otras casas se usa mandar á una criada que cosa la ropa sucia, sin considerar que ni aquello quedará bien hecho, ni es justo causar esta mortificacion á nadie, ni es decente la operacion. En otras partes se cose la ropa despues de almidonada, i

no creo necesario decir que no puede quedar bien compuesta, pues la dureza i las arrugas que forma el almidon no permiten arreglar un remiendo, ni hacer con esmero una costura. Por último, hai casas en que se pegan los botones á los chalecos, i las cintas á los trages despues de aplanchados, i esta práctica tiene el inconveniente de ajar la ropa. El mejor método es el de coserla cuando viene del lavadero, i así se sabrá que todo lo que está guardado en los baules, cómodas, armarios i perchas se encuentra en completo estado de servicio. Para que todo esto se haga con facilidad, i economía de tiempo, es necesario que haya lugar fijo para reunir la ropa sucia, otro para poner la que viene rota del lavadero mientras se le hacen los reparos precisos, otro para acopiar la que se vaya almidonando, i finalmente que al entregarla la aplanchadora, se distribuya i guarde con orden i aseo.

Para vestir á la familia se debe procurar que los géneros sean de buena calidad, por que no es precisamente el poco precio el que hace la economía de gastos. No han de comprarse piezas enteras de telas cuyo uso es pasajero, ni hacerse un acopio de ciertas cosas cuya forma varía segun los caprichos de la moda, como gorras, sombrerillos, peinetas, pendientes, etc. Las telas de lana guardadas con poca precaucion, se apolillan. Los trages de lujo deben ser pocos, aún entre las familias ricas, porque como no se usan todos los días, se quedan mui pronto arrinconados por su forma i hechura, i en un rico vestido no es soportable el atraso de la moda por las comodidades que hace suponer en quien le lleva. Se acostumbra pagar á las modistas para que hagan estos trages, i yo no temo aconsejar á las señoras que tengan tiempo i habilidad para ello, que los hagan por sí mismas, pues fuera de la ventaja de que quedarán mejor arreglados i cosidos, se logrará la utilidad de guardar los sobrantes de tela, forros, encage, cintas i demas adornos que pueden necesitarse i utilizarse despues. I si esto digo con res-

pecto á los trajes costosos, con mayor razon cuando se trata de los vestidos de telas comunes, pues parece mal ocupar i pagar personas estrañas en coser géneros ordinarios, haciendo mayor gasto en pagar hechuras, solamente por la pueril ostentacion de decir que todo lo hace la modista. Mucho mas podría añadirse sobre la economía i el órden relativo al solo ramo del vestido; pero no creo necesario decirlo todo, i supongo que quien comience á probar las ventajas de la economía, no ha menester que le sugieran todo lo que puede i debe hacer, pues las cosas i circunstancias se lo irán indicando progresivamente.

El cuidado i la economía de los muebles es también indispensable para ricos i pobres, i la especie de despilfarro que hai en este ramo arruina á las familias mejor establecidas. En ninguna casa debe haber una acumulacion de muebles inútiles. Aún en las mas ricas habitaciones choca esta profusion de trastos que no solamente es contraria á la economía, sinó tambien á la elegancia. Pero no hablemos sinó de las personas i familias que solo gozan una modesta medianía. Estas harían un gasto imprudente alfombrando todas las piezas de su casa, adornando todas las habitaciones con láminas i espejos de cuerpo entero, i comprando muebles que ya no hubiera donde colocar, ó que se pusieran sin discernimiento en lugares que no se usa adornar con ellos. Sobre esto ya se ha indicado algo en el capítulo anterior. No debe permitirse á los niños, que jueguen en donde hai cristales, briseros, arañas, láminas ú otros objetos que pueden quebrarse i dañarse fácilmente. Es desaseo dormir sobre los sofás, i ninguna persona urbana i bien educada se permite escupir sobre las alfombras. Si se deja que los criados sirvan la comida sobre una manchada i sucia mesa, dentro de poco tiempo no se sabrá cómo era su superficie, i será necesario pagar al carpintero para que la limpie i barnice, ó comprar otra nueva. La loza que no se friega con frecuencia i esmero, se percude,

! no puede servirse en ella á personas aseadas. Los candeleros, cafeteras i otros objetos de metal que no se limpian diariamente, pronto están empañados é in-
 servibles; el baul, ó cómoda, ú otro mueble que sin ser destinado para ello, se emplea en guardar carne, ó cebollas, ó cosas que dejen mal olor, se inutiliza para su objeto; i si se pierde la llave, ó se descompone la cerradura de alguno de estos muebles, no sirve ya para lo que se hizo con tales seguridades, i las gentes á quienes pertenecen estos trastos diminutos ó dañados, se esponen á ser robadas por criados infieles, ó por ladrones de fuera que siempre están vigilantes para aprovechar una ocasion. Por consiguiente, es económico i prudente hacer reparar un daño cualquiera en las cosas de nuestro servicio diario, pues la negligencia sobre este punto suele ser causa de grandes pérdidas. Yo he visto por largo tiempo en cierta casa una mesa rota, i destinada para colocar en ella la loza, habiendo suplido el pié con un puntal apoyado en la pared. Una cabra hizo caer este puntal, i toda la loza se rompió, despues de lo cual se llevó la mesa á casa del carpintero que la compuso por una peseta.

En cuanto á las cosas de despensa que están exclusivamente encomendadas á la señora de casa, exigen mayor orden i aseo que las demas, ya porque están mas espuestas á ensuciarse, ya porque tocando inmediatamente con lo que nos sirve de alimento, requieren una limpieza esmerada que agrada á todos los sentidos, i conserva la salud. El desórden en este ramo hace perder mucho tiempo, i ocasiona gastos escesivos. Si la piedra de moler chocolate no se tiene con el aseo i separacion debida de los demas usos, resulta que una cocinera descuidada muele en ella la sal, el maíz, etc, i no solamente hará perder mucho tiempo en calentar agua para lavarla cada vez que se necesita, sinó que por fin la inutiliza. Lo mismo sucede con un almirez, un cedazo, una artesa de fregar loza, i varias otras cosas que han de tener su lugar i destino invariables.

Cuando se dejan las vasijas sucias, los ratones las quiebran, i si se amontonan trastos desaseados, se atraen á ellos vichos i sabandijas que todo lo destruyen i dañan, i se hace malgastar el tiempo aseando con mayor dificultad cada cosa en el preciso momento en que se necesita. El cuidado de una señora de casa que se emplea en hacer sacudir i cubrir los suntuosos muebles de un salon, debe estenderse hasta los mas humildes trastos destinados para el servicio doméstico; i la parrilla, los fuelles, el mortero i la escoba están encomendados á su cuidado de la misma manera que las cómodas, sofás i tocadores. La buena ama de casa no desdeña ninguno de sus deberes, i se ocupa con placer en todos los detalles de la economía doméstica, porque sabe que de estos pequeños descuidos, de estos insignificantes desperdicios se originan al fin grandes pérdidas, i que es mejor evitar un mal, que llorarle cuando ya es irremediable. No faltarán mugeres que piensen que esta minuciosa atencion es indigna de un rango elevado, i que basta saber mandar, i tener buenas criadas. Pero, ¿con qué éxito mandará quien no sabe dar un buen ejemplo? ¿Cómo instruirá a sus hijas i criadas en elaseo, la economía i los oficios caseros, quien no sabe lo que posee, quien jamas ha calculado el valor de las cosas, quien no ha hilvanado un remiendo, ni hecho nunca una taza de sopa para un desayuno? ¿I cuáles son los domésticos que puedan inspirar tanta confianza á la señora negligente que jamas se molesta en visitar su despensa i su cocina? Es cierto que si por una semana sola cayera una de estas casas en manos de una muger de buen gobierno, serían grandes los abusos que tendría que corregir, muchos los desórdenes que habría de remediar, é inmensa la orgullosa ignorancia, la pereza vergonzosa que tendría que compadecer. Gran parte de estos males se evitarían enseñando á las mugeres desde niñas á llevar la cuenta de sus gastos, á calcular, comparar i dirijir por sí mismas todo lo que tiene relacion con

ellos. Pero esto no se practica casi jamas, i aunque hai várias que llevan sus libros, es solamente por la forma, i acaso por deslumbrar á los maridos, ó á los padres, pues en dichos libros se apuntan las partidas como las dictaron el page i la cocinera, i cuando resulta un déficit, se remedia añadiendo un renglon de *vários gastos*, ú otra frase semejante que iguala los gastos hechos con la cantidad recibida para ellos. Esto no es disculpable, i en cierto modo debe preferirse la que no supo ó no quiso llevar su cuenta, i encargarse de esta parte de sus deberes, á la que aparentando exactitud i vigilancia, deja que los sirvientes roben al padre, ó al esposo, patrocinando la mala fé de ellos con su falsa vigilancia. La ignorancia de las ciencias no ha de extrañarse en las mugeres; el que desconozcan las artes de agrado es comun, i no causa deshonor, ni es origen directo de necesidades; pero la total ignorancia de las labores mugeriles, del gobierno de la casa, i de los quehaceres i minuciosa economía doméstica, admira, choca i produce ménosprecio en quien observa, i debería llenar de amargura i vergüenza á la que se encuentre en este caso.

Podría darse ya por concluido este pequeño tratado sobre la economía doméstica; pero he creído que no serían mal recibidas várias indicaciones que me sugieren la observacion i la esperiencia. Téngase presente que escribo para las mugeres á quienes no puede parecer inútil ninguno de los cuidados interiores de la casa, ni degradante el cumplimiento de estos sagrados deberes, sobre todo en Bogotá, en donde generalmente hablando no hai buena fé, no hai aseo, ni hai criados que sirvan como se desea.

El hacer por junto compra de víveres en circunstancias i épocas de bajos precios, solo es bueno, como ya queda dicho, cuando hai lugares á propósito para depositar las cosas, i cuando han de ser manejadas por una persona económica i esperimentada. De otra suerte lo único que se logrará será gastar por junto. Si

se acópia, por ejemplo, mucho combustible, i no se cuida de su distribucion, en vez de lograr un ahorro, se habrá hecho una pérdida. Otros géneros no pueden comprarse en grandes cantidades porque se dañan, como el jabon llamado comunmente de la tierra. El chocolate guardado donde no se evapore su aroma, puede durar largo tiempo, i se compone, á no ser que el clima sea cálido i húmedo; pero el que se muele con panela en vez de azúcar, se daña pronto en todas partes. Los dulces de almíbar se conservan buenos mas ó ménos tiempo segun la fruta de que están hechos, i á cualquiera se le ocurre gastar primero los que están espuestos á agriarse. Los licores espirituosos se guardan años enteros, i su calidad se mejora en proporcion del tiempo que pasa; i la leche apénas puede soportarse al segundo dia. Un acópio de huevos mui considerable donde no es mucho el consumo, sería desacertado porque se dañan, ó se van secando sin podrirse, i entónces es necesario duplicar la cantidad ordinaria para cada cosa que va á hacerse. Las frutas i hortalizas son mejores frescas; i el tabaco hecho cigarros es mas grato, segun dicen los fumadores, cuando ha permanecido algun tiempo guardado en donde no le dé el sol, ni el aire, i cubierto con algunas hojas aromáticas del gusto de los consumidores. De esta suerte se ve que cada cosa exige una atencion particular, i que solo la esperiencia puede darnos reglas para esta clase de economías que estan relacionadas frecuentemente con el clima en que se vive, con los gustos de las personas (*), i hasta con la forma i situacion de la casa en que se habita.

Es un ramo notable de economía el hacer todo cuanto se pueda dentro de la misma casa. Mas en Bogota donde no solamente no pueden tenerse muchos

(*) Hai personas que gustan de comer las carnes dañadas, la leche agria, i el pan duro. Estas son escepciones, i harán lo que quieran.

criados, sinó que no hai ni los puramente necesarios para el servicio de cada familia, es preciso que muchas cosas se traigan de otra parte, i en várias circunstancias esto es lo mas juicioso i económico. El chocolate, dulce, almidon i algunas otras cosas, se lograrán por lo general mas aseadas i baratas si se fabrican en la casa; pero no así el pan, las velas, los salchichones, el jabon etc; porque estas cosas requieren un tren, un director, brazos, tiempo de que no todos pueden disponer, i lo que es mas difícil, una esperiencia i una práctica que no se adquieren prontamente. Son pocas las casas en que estas ocupaciones emprendidas por economía dejen verdaderos ahorros i utilidades. Cuando tales cosas no hayan de hacerse por una especulacion bien calculada, vale mas contentarse con vigilar sobre el buen manejo, conservar con esmero lo que se tiene, i no permitir que los criados, los hijos, ó los estraños destruyan ó malgasten lo que proporciona comodidades á la familia. Una muger laboriosa i cuidadosa hace que su familia disfrute de mil conveniencias, i evita millares de disgustos á su marido. Por consiguiente, el amor, este sentimiento dominante en el corazon de una muger que es madre i esposa, debe inducir la á practicar virtudes que le son tan ventajosas.

EPISODIO.

El señor Alberto M, rico propietario i negociante, era padre de tres hijos, Adolfo, Luciano i Amelia. La naturaleza habia dotado á estos tres seres de todas las perfecciones físicas, de un claro entendimiento i de una indole dulce i dócil. Su madre, la señora Mariana, estaba hechizada con aquellos preciosos frutos de su feliz matrimonio. Estaban aún en la infancia los tres niños, cuando sus padres compraron una hermosa casa i la adornaron con toda la profusion i elegancia que permitia su inmenso caudal. Se buscaron los maestros necesarios para la educacion de los

niños, pero se les advirtió que aquellas criaturas privilegiadas debían ser complacidas en todo, porque sus padres eran ricos i podían hacerlo así. Adolfo manifestó deseo de aprender, i con efecto á los tres meses sabía leer aunque mal, i relataba de memoria cuanto el maestro queria que aprendiese. Luciano, ménos aplicado i mas pequeño, hacía perpetuas travesuras, pero nadie se atrevía á corregirle. La niña mimada i caprichosa pasaba los dias al lado de su madre pidiendo juguetes, regando los enseres de la costura, i arrancando con la punta de las tijeras los pájaros i flores estampados en la colgadura de la sala. Un dia que Adolfo dió una larga i difícil leccion, su padre le regaló en premio una primorosa pistola de bolsillo. El niño quiso probar su habilidad cargándola con una pequeña bala; mas como su madre le advirtió á tiempo que era una locura ensayar su tiro en su hermanita á quien habia dirigido la puntería, eligió por blanco su propia persona representada en un soberbio espejo de cuerpo entero que adornaba el salon principal. Con efecto la bala despedazó aquel magnífico cristal i los pedazos rompieron vários de los primorosos muñecos que habia sobre la mesa. No era posible que los padres reprendiesen al hijo por una travesura tan propia del aturdimiento i ligereza de su edad: entre tanto se apuraba á Luciano para que aprendiese á leer. Esto le parecia insoportable, i por consiguiente miraba los libros con odio, i discurría sobre los medios para deshacerse de tan fatales enemigos. La ocasion se le presentó bien pronto: sus padres fueron convidados á una pequeña fiesta de familia que debía durar tres dias. Se dejó á Luciano en casa en castigo de su desaplicacion; pero la madre advirtió privadamente á los criados que le complaciesen en todo para hacerle llevadera la pena. Estos no podian apetecer una órden mas de su gusto, pues los dejaba en entera libertad. Como sabían que su señora no tenía las cosas contadas, i que la despensa era

rara vez visitada por ella, resolvieron divertirse tambien haciendo en la casa un convite de amigos, i obsequiando á costa de sus amos ausentes á todos sus camaradas i conocidos del barrio. Esta comilona fué bastante larga i bulliciosa para que por ella se olvidaran de Luciano, que harto de golosinas se ocupaba mui á su gusto de la manera siguiente: halló abierta la puerta del cuarto de su padre, quien había olvidado cerrar, é introduciéndose en él se abalanzó gozoso á la librería. Esta era abundante i selecta porque el señor Alberto, aunque hombre de poca instruccion i de ningun gusto, habia cuidado de comprar las obras de mejor fama, las mas preciosas i celebradas sobre todos los ramos. Este es un artículo de gasto que jamas omiten los necios que poseen uu gran caudal: Luciano arrojaba un gran número de volúmenes por una ventana, i luego dando una vuelta hasta el sitio donde se hallaban, cargaba con cuanto sus fuerzas le permitían llevar, é iba á arrojarlos en un grande estanque que habia en uno de los patios interiores. Repitió esta operacion hasta que, rendido de fatiga, se durmió dentro de la misma habitacion en que había hecho tan fatal destrozo. Ya era de noche cuando los criados pensaron en buscar al niño para llevarle á la cama. Despues del alarma consiguiente i de mil pesquisas inútiles, lograron descubrir el paradero de Luciano, mas sin notar el daño causado por este pequeño enemigo de las letras. Se le sacó dormido i fué colocado en su cama donde quedó tranquilamente hasta el dia siguiente, en que olvidado de su travesura, se ocupó de otras que si no eran mui destructoras de los objetos preciosos que había en la casa, eran sumamente peligrosas para él. Cuando regresaron los padres fué impuesto el señor Alberto de que el niño había pasado en su cuarto casi todo el dia i una parte de la noche. Tomó este paso como un indicante de amor filial i colmó á Luciano de caricias. Pero, al entrar en su

cuarto, conoció que era mui otro el motivo que había conducido allí al niño. Mas de cincuenta volúmenes de su hermosa librería habían desaparecido. Lo peor era que se habían mancado muchas obras clásicas, porque el chico tomaba de aquí i de allí sin orden, ni eleccion. Interrogado sobre aquella travesura destructora, declaró francamente su objeto, i pidió que se le dejase concluir el trabajo empezado. La pérdida era considerable; pero el padre resolvió la impunidad del niño en favor de su veracidad, i considerando que el dinero puede reparar esta clase de pérdidas. Había en cierto punto sobre una ventana que daba al patio de la casa un nido de golondrinas, i Adolfo discurrió que trepándose por el lado de adentro se podría alcanzar (*). La pieza á que pertenecía la ventana era un grande almacén en el cual, entre otros objetos, se hallaba depositada una grande cantidad de loza extranjera. Imaginó Adolfo que vários rimeros de bandejas i platos colocados unos sobre otros de cierta manera podrían ofrecer una cómoda escalera hasta el punto deseado; mas, con suma prevision, evitó el subir en persona temiendo que su peso rompiese los platos; i dispuso que Amelia ejecutase el asalto segun sus instrucciones. La niña subió en efecto, pero al llegar al punto mas elevado de aquella trampa, perdió el equilibrio i cayó ar-

(*) ¡Indigna i cruel propension que tienen todos los muchachos á destruir los nidos de las aves! Si los padres i maestros reflexionaran sobre los daños que causan al corazon estos hábitos bárbaros i destructores, tendrían mayor cuidado en corregir á sus hijos i discípulos, i ahogar desde temprano tan culpables inclinaciones. Los animales tienen el mismo derecho que los hombres para conservar su vida, i se engañan los que creen que el hombre puede disponer de una manera ilimitada e la existencia de todos los seres.

rastrando tras si unas cuantas docenas de platos que se hicieron pedazos con un ruido terrible, i causaron mucho mal a Amelia. Sus padres temblaron por su vida. La convalescencia fué larga, i durante ella la niña vió satisfechos todos sus caprichos i fantasías. Sería largo el relatar todos los gastos causados por estos tres niños á sus padres, i los inmensos desembolsos que ocasionaban sus trages, sus juguetes i sus diversiones. Era obligatoria una fiesta el dia del santo i otra el dia del cumpleaños de cada uno de ellos, i en semejante ocasion nada se rehusaba á estas criaturas viciadas é imprevisivas. Fuera de esto, ellos hacían sus paseos, bailes i convites particulares, i entónces en todo se pensaba ménos en la economía. Jamas se pusieron los hijos del señor Alberto un vestido nuevo que mereciera usarse como tal la segunda vez. Nunca vieron reloj que no desbaratasen, libro con pinturas que no descuadernasen, ni instrumento músico cuyas cuerdas i clavijas no fuesen arrebatadas por ellos para convertirlas un rato en juguetes i despues tirarlas. Ningun mueble resistió á su desaseo i brusquedad. Por donde quiera se hallaban las peinetas, guantes, chales i sombrillas de Amelia. Los sombreros de los niños se quedaban en la huerta, sus casacas colgadas en los manzanos, sus botines en la alberca, i los pañuelos i bastoncitos de petimetres sobre los tejados á donde habian sido arrojados para molestar los gatos en sus propios dominios. Los criados por su parte, abusando del descuido i negligencia de su indolente ama, desperdiciaban las cosas que no robaban. Ya era una tinaja, rota por la cocinera que arrojó sobre ella una sarten, i de paso dañada una carga de harina que servia provisionalmente de trancas a la tinaja. Ya una vasija de almíbar en que por descuido cayeron unas libras de chocolate, por que no teniendo este un lugar fijo, se habia colocado sobre la tapa de la tasa puesta al revés. Ya una cesta de huevos sobre la cual se puso inadvertida-

mente un pilon de azúcar. No hai fortuna que haga frente á este despilfarro inmenso, i así fué que á los ocho años de establecido el señor Alberto en lá capital, ya su caudal habia sufrido una baja considerable á fuerza de renovar cada año el amueblado de la casa, de festejar cumpleaños, comprar trajes, abastecer su despensa i contentar dispendiosos caprichos. Entretanto la familia iba educándose bien ó mal, i los tres hermanos adquirían poco á poco algunas de estas habilidades, i este barniz de sociedad que suplen por tantas cosas en el mundo. Amelia habia cumplido ya sus catorce años, i por consiguiente tenia mas necesidades de moda. Los jóvenes de 16 i 18 años empezaban á ensayar de petimetres, i aunque no rompian ya loza, espejos i relojes, quisieron caballos, berlina, perros de Terranova, i un page para el servicio inmediato de cada uno. La huerta i el jardin fueron destrozados por las bestias; las camas, sofás i demas muebles eran destruidos por los perros; las cómodas i guardaropas, saqueados por los pages. La señorita tenia piano, guitarra, esferas, cartillas de música i de dibujo, i otros objetos destinados á su enseñanza que, por falta de limpieza i órden, se desmejoraban diariamente. Una criada la peinaba, i arreglaba su habitacion i cama; otra estaba perpétuamente ocupada en frívolos mensajes donde las amigas, trayendo i llevando velillos, cintas, felpas, flores i mil fruslerías de lujo ó de moda; otra cuidaba de cuatro ó seis jaulas de canarios i turpiales que Amelia tenia por capricho, porque no gustaba de ellos, lo que hacia que siempre estuviesen hambrientos i sus jaulas sucias, pues la encargada en nada ménos pensaba que en llenar unos deberes cuya omision no sería notada por nadie. Por último, la modista causaba un considerable desembolso. Jamas se le mandó la tela suficiente para un traje. Piezas enteras de ricos géneros entraban en aquel taller de la vanidad femenina, i nunca volvían los restos á la casa del señor Alberto. Cuando

la hermosa niña cumplió 18 años, había tenido mil adoradores, pero ni una sola propuesta de matrimonio, porque á todos los arredraba aquel despilfarro, i los gastos sin cuento á que se había habituado Amelia. Los muchachos, aunque de buen carácter, eran imprevisivos i botarates. Jamas rehusaron dar prestada una cantidad á un petardista, jamas se escusaron á una apuesta, nunca dejaron de contribuir con su cuota á una rifa, aunque el objeto rifado les fuese inútil, i aunque estuviesen convencidos de que este no es sino uno de tantos medios que inventan los estafadores para comer del bosillo ageno; jamas negaron su escote para baile, paseo, ó tertulia de cualquiera clase que fuese, aunque no hubieran de concurrir á ella. Sus mas bellos vestidos les eran estafados por los holgazanes; i sus tabaqueras, galápagos i relojes, pedidos en calidad de préstamo para no volver nunca á sus manos. Este modo de vivir produjo al fin una ruidosa quiebra. Los acreedores cojieron los restos de aquella inmensa fortuna. Apesar de lo que sucede en esta tierra, en donde un individuo que quiebra queda siempre lleno de comodidades i libre de pagar sus créditos, el señor Alberto quedó real i efectivamente arruinado. Luciano, de un carácter indomable i altivo, no pudo soportar este golpe terrible de la suerte, i se suicidó de despecho. La señora Mariana pensó por primera vez en los inmensos males que nacen de la falta de orden i economía, i abrumada con los remordimientos que le causaba el recuerdo de la mala educacion que había dado á su familia, i con el pesar inmenso de la pérdida de su hijo, sucumbió á los dos meses dejando en el dolor i la pobreza á su esposo, á Adolfo, i á su amada Amelia. Este nuevo desastre, i la miseria con todos sus horrores cercaron al triste viudo i á sus infortunados hijos. No teniendo hábitos de orden i de economía, no sabiendo oficio alguno con perfeccion, i faltos de esperiencia i valor, no acertaban estos infelices á buscar su subsistencia. Adolfo, que había leído algo,

i sacado de sus libros un poco de filosofía, propuso á su padre i á su hermana que emprendiesen algun trabajo. Con tal objeto tomaron una pequeña casa que tenía un espacioso solar. De este pensaban sacar utilidad el padre i el hijo, haciéndole sembrar segun les pareciera mas conveniente; pero tuvieron que buscar peones; estos trabajaron lentamente, i cobraron jornales que no habían ganado; pidieron el doble del precio de las semillas empleadas en la siembra, i se pusieron de acuerdo con los futuros compradores para tomar los pastos i hortalizas por la mitad de su valor. Amelia quiso ser sucesivamente panadera, confitera, fabricante de almidon, velas i flores. Pero era sola é inesperta; tenía que emplear personas de fuera para que la proveyesen de los trastos i de las primeras materias de que debían resultar estos diversos productos. Todos la engañaban i robaban; su falta de conocimiento la hacía dañar sus almíbares, sus tortas, sus velas, etc. Las personas que sacaban á vender las cosas, desaparecían con el dinero, los compradores criticaban, ofrecían un precio infimo, i tal vez insultaban á quien había trabajado tan mal; i Amelia sufría fatiga, vergüenza i pesar, sin encontrar en las ganancias que se había prometido, una indemnizacion de las acerbos penas que causa el trabajo á los que han vivido en medio del lujo, la ignorancia, el orgullo i la holgazanería. Seis meses de pruebas i de mortales angustias bastaron para poner á la triste familia en la última estremidad. Arrojadados desapiadadamente por el propietario de la casita que no podían pagar, i obligados á dejar sus cortos muebles para satisfacer los alquileres vencidos, tomando cada uno un lío de ropa bajo del brazo, salieron una noche á la calle con todas las angustias de la desesperacion. Adolfo i su padre cuyas capas acababan de ser entregadas á sus acreedores, se cubrieron con unas grandes ruanas del país, i Amelia envuelta en un pañuelon de lana, i vertiendo amargo llanto, marchaba tristemente en pos de ellos. Al volver una

esquina encontraron con una señora vestida con decencia, quien tocando ligeramente el hombro de Adolfo, le dijo: ¿Podrá usted, amigo, hacerme el favor de llevar esta canasta hasta mi casa que no está lejos? Al propio tiempo le mostró un cesto de provisiones que estaba sobre el mostrador de una tienda á cuya puerta se hallaban. Sintió el jóven elevarse toda su sangre aristocrática, é iba á responder fieramente una negativa, pero al ver á su padre sin asilo, i á la triste Amelia que lloraba, respondió á la señora: Haré á usted este pequeño servicio si usted permite que mi padre i mi hermana á quienes usted ve aquí, se hospeden por esta noche en su casa. La señora notó el tono cortés i suplicante del jóven, echó una rápida ojeada de femina penetracion sobre los individuos que se le recomendaban, i dió al punto su consentimiento. Cargó Adolfo su cesto, i por primera vez hizo un servicio de criado. Pronto llegaron á una habitacion limpia i pobre, pero en la cual no se notaba ni indigencia, ni desorden. Una sala pequeña adornada con un sofá de zaraza, seis taburetes de guardamesí, dos mesas de pino, i dos tapetes quiteños, era la principal pieza de la casa. Habia luego una alcoba con dos camas colgadas de blanca muselina, dos baules, un lavatorio, un pequeño tocador, una mesa de caoba con vários libros, i dos ó tres cuadros de Cristo, la Virgen i el Angel de la guarda. El comedor solo tenía una antigua mesa, un estante con poca i aseada loza, una tinaja i cuatro taburetes mas usados que los de la sala. La despensa no contenía mueble alguno á escepcion de dos aseados estantes. Pero había en ella buenas provisiones colocadas con orden i aseo en várias canastas, algunos trastos limpios i útiles, i vários manteles, servilletas i toallas colgados en una cuerda. La cocina, mui pequeña i la última pieza de la casa, era estremadamente limpia; había en ella parrilla, sarten, paila, asador, fuelles, oileta, dos piedras de moler, i várias ollas i otras

vasijas de barro (*). Hasta allí llegaron los aflijidos huéspedes que seguían en silencio i casi maquinalmente á la señora. Una niña de diez i seis años, de mui bonita figura, era la única persona que se hallaba en aquella casa, i se ocupaba en hacer chocolate. Al oír ruido se volvió apresuradamente, diciendo: «Buenas noches, mamá;» pero se quedó cortada al ver tanta gente. La madre le hizo una pequeña caricia, i dijo: —Tienes que hacer mas chocolate, Julia mia; esta noche estaremos bien acompañadas.—Al decir esto ella recibió el cesto, i le entregó á la niña que saludó cortesmente á los reciénllegados, i añadió, dirijiéndose á la señora: —Bien, mama; pero cuando hai huéspedes se hace algo en su obsequio. ¿Quiere usted que saquemos el asado que sobró al medio dia?—Haz lo que te parezca.—Entónces la señora condujo á sus huéspedes á la sala. Hablóles del tiempo, de la lluvia, de mil generalidades que tendian á distraerlos, i concluyó manifestandoles el pesar que sentía al no poder ofrecerles mejor alojamiento.—No hai sinó un comedor donde ustedes puedan dormir; por lo que hace a esta señorita, tendrá la mitad de la cama de mi hija, ó este sofá si le acomoda mas.—¡Oh! todo es bueno, replicó Adolfo suspirando, nosotros no estamos enseñados á muchas comodidades.—Ya, pero cuando una tiene el gusto de dar la hospitalidad á personas de tan buen exterior como ustedes, quisiera poseer algunas comodidades para hacer disfrutar de ellas á sus huéspedes. Adolfo contestó con gratitud i urbanidad, i la conversacion se sostuvo así por algunos momentos hasta que Julia entró á avisar que estaba servido el chocolate. Una sola vela de

(*) *La pintura de esta casa pobre, aseada, i bien gobernada, no es ideal. He visto el original en Fusagasugá en casa de la señora Teresa Oropesa de Garabito, i podría aún añadir algo de mas honroso é igualmente cierto en elogio de esta apreciable i económica muger.*

sebo colocada sobre un brillante candelero de cobre, alumbraba la sala de aquel modesto festin. Asado, pan, queso, mantequilla, chocolate, i dulce de naranja componían todo el banquete. Julia arrimó un asiento á su madre, acercó otro para Amelia, otro al señor Alberto, i suplicó atentamente á Adolfo que pasase á la sala á buscar el que faltaba para él. Esta franqueza, esta cordialidad calmaban un poco los dolores de la desolada familia, i les daban un poco de libertad. Se cenó con apetito i contento. La amable Julia retiró los platos, i desapareció por media hora, al cabo de la cual volvió manifestando lo largas que le habían parecido aquella noche sus tareas de cocinera por el vivo deseo que tenía de conversar con Amelia.—¡I qué! dijo esta, ¿no tienen ustedes criada?—No, señorita.—¿I por qué?—Porque mamá no podría pagarla, i siendo tan poco lo que hai que hacer, para las dos solas yo puedo desempeñarlo fácilmente.—¿I siempre han vivido ustedes así?—No; cuando yo estaba en la infancia, fuimos ricos; pero accidentes imprevistos nos han conducido á este estado.—Amelia esperó encontrar en estos accidentes algo que tuviese analogía con su situación actual, i no pudo prescindir de su curiosidad, por lo cual manifestó tímidamente á Julia el deseo que tenía de saber esta parte de su historia. La señorita satisfizo en pocas palabras los deseos de Amelia.—Mis padres gozaban de una gran fortuna, i quisieron hacer un viage á Europa. De regreso, una violenta tempestad hizo naufragar el buque en el mar de las Antillas, i felizmente pudimos salvar la vida. Mis padres se resignaron, i trabajaron de nuevo con tal empeño i con tan buen éxito, que á los tres años habían reunido ya un pequeño capital. Los conocimientos adquiridos en su viage les hicieron esperar que duplicarían su fortuna haciendo otra correría. Pero, segun sus arreglos i conveniencia, me dejaron al cuidado de una tia á quien entregaron mas de doscientos pesos para que pudiese ocurrir á todos mis gastos durante su

ausencia. El resto de su corto capital fué conducido por ellos á Europa esperando hacerle progresar á fuerza de economía é industria. Mi tia era una señora excelente, pero no había tenido lo que mi madre llamaba una buena educacion de señora. Vivíamos en un pequeño pueblo, i allí gozábamos de calma i placeres inocentes. Algunos meses hacía que permanecíamos en este pacífico retiro, cuando pasó por él un batallon, entre cuyos oficiales había un coronel amigo de mi tia, i dos tenientes que eran de nuestra familia, i á quienes mi tia quiso obsequiar. Se gastó en este obsequio cuanto había. Vinos, pavos, jamones, dulces, pastas, cuanto pudo ocurrir á mi buena tia, se reunió en nuestra espléndida mesa. Fué necesario mandar peones para aquí i para allí, alquilar caballos, prestar vajilla. Yo estaba alegre como una loca. Tres dias permanecieron en casa los militares:, i á mi tia i á mí nos parecieron tres instantes. Cuando se fueron fué preciso pensar en el arreglo de las cosas. La despensa quedó, es verdad, abastecida para mas de ocho dias, pero al devolver los trastos prestados, mi tia notó que se habían perdido los manteles, vários cubiertos, i una bandeja de plata. Fué necesario pagar estas cosas, i en consecuencia quedamos en la miseria. Una comida había consumido nuestro corto capital, i mi loca é imprevisiva tia lloraba amargamente. Ella no había comprendido que no es con la ostentacion que se obsequia á los huéspedes, sinó presentándoles lo poco que hai, con aseo, franqueza i buena voluntad. Yo, aunque mui tierna todavía, había recibido de mi madre algunas lecciones para los casos de mala fortuna, i estas i el golpe que acabábamos de sufrir me hicieron laboriosa i activa. Ayudé á mi tia en pequeñas obras de costura que yo sabía hacer; me impuse mil privaciones, i procuré consolarla i asistirle hasta donde me fué posible. Entretanto mamá regresó viuda i pobre. Su presencia me colmó de alegría, apesar de que lloré mucho á mi buen papá.

Algunos meses despues murió mi tia de una caída de á caballo, i mi pobre mamá i yo empezamos á trabajar asiduamente para reponer nuestra perdida fortuna. Mamá había estudiado el órden i la economía en el país del órden, de la economía i del cálculo. En Inglaterra casi no se conoce la holgazanería, i las mugeres de la clase media en aquel país, no son una carga para sus esposos, sinó un consuelo, un auxiliar de su industria, i las administradoras prudentes de lo que aquellos laboriosos isleños trabajan i ahorran. Mamá, pues, aprendió á vivir con poco, i grabó profundamente en su memoria tres máximas que oía repetir con frecuencia á la esposa de un respetable artesano inglés, á saber: “ Ten tus cosas con órden i aseo, i evitarás desperdicio de tiempo i dinero. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoi, i ahorrarás el arrepentimiento i las molestias de la demora. Siempre que puedas pásate sin el servicio ageno; sírvete á tí mismo, i ahorrarás disgustos, i la pena de rehacer la obra de otro.” Conforme á estos principios trabajamos i economizamos, hasta que en el año pasado pudimos adquirir esta casa que vamos proveyendo de lo mas preciso segun nuestros cortos medios. Mamá hizo escribir sobre su puerta este verso del mas filósofo de los poetas.

(*) “ No es pobre quien tiene lo preciso.”

Hemos arreglado nuestros gastos á nuestras rentas, es decir, que ellos son limitados. Mamá borda, hace flores, pinta dibujos para bordado, i copia recetas i oraciones. Yo coso en blanco, hago dulces, cordones, borlas i bolsillos. Todo esto nos produce algo. La vida laboriosa i activa no nos deja sentir la pobreza. Tenemos un bonito jardin cuyas flores vendemos, i un huertecito que nos produce hortalizas para nuestra mesa, i aún para hacer negocio. Un vecino á quien pagamos un pequeño salario, es quien le cultiva, i su

(*) *Pauper enim non est, cui rerum suppetit usus.*

(HORACIO.)

buena madre lava nuestra ropa, i muele el chocolate dentro de la casa.—¿I quién aplancha?—Yo; esto es fácil, i ocupo en ello poco tiempo.—Amelia suspiró al oír esto, i luego dijo:—Ustedes, pues, viven para trabajar; no tienen placeres.—¡Oh! sí los tenemos, señorita! La lectura, el paseo, la beneficencia, la sociedad de algunas personas amables é instruidas, i la participacion de algunas de las diversiones públicas que no son mui costosas, nos dan goces mui variados, i que yo sé disfrutar completamente. ¡Qué injusta sería la Providencia si los pobres laboriosos no tuviéramos placeres!—Amelia se quedó sumerjida en una profunda meditacion. Julia la contemplaba con interes, i Adolfo miraba alternativamente á las dos jóvenes sin poderse esplicar á sí mismo las impresiones que sentía, miéntras que la señora Cecilia i el señor Alberto conversaban amigablemente sobre las vicisitudes de la fortuna, i los azares del comercio. Por último, Julia rompió el silencio preguntando a Amelia si ya quería dormir.—No, le dijo esta; me sería imposible cerrar los ojos en toda la noche. No puedo olvidar el dia de mañana.—¿El dia de mañana, señorita? ¿I qué sucederá mañana?—¡Yo no lo sé! exclamó Amelia, derramando un torrente de lágrimas. —¿Acaso tenemos nosotros un asilo, un solo proyecto, la mas ligera esperanza?—Julia i su madre asombradas al oír aquel acento de profunda afliccion, no se atrevían á preguntar, pero sus miradas ansiosas interrogaron alternativamente al señor Alberto i á su hijo. El padre enternecido i abrumado, no hallaba las palabras para pintar su situacion. Mas, Adolfo con toda la energía del dolor, con la franqueza de una alma noble i sensible, dijo: Sí, señoras, nosotros no tenemos asilo, ni pan, ni esperanzas, i sería un crimen de nuestra parte hacer misterio de nuestra mísera suerte á personas tan buenas, generosas i confiadas como ustedes. Yo diré toda la triste verdad. Nada poseemos sobre la tierra, somos completamente infortunados; pero no son nuestras desgracias el fruto de los vicios,

la pena del crimen, ó el resultado del fraude i la mala fé. No, señoras; somos infelices porque no hemos conocido ni practicado las virtudes del orden i de la economía á que ustedes deben su presente bienestar; i no teniendo, por nuestra descuidada educacion, los medios de que ustedes se han valido contra la adversidad, esta nos abrumba con todos sus horrores. La falta de orden i de economía ha arruinado nuestro inmenso caudal, i la falta de una educacion previsiva nos pone en incapacidad absoluta de hacer frente con la industria á la miseria. Entónces refirió menudamente los estraños desórdenes de su casa, i cómo por el camino de la dilapidacion habían llegado á aquel lamentable estremo. Contó por último los poco diestros i malogrados ensayos de Amelia, i el mal éxito de los pasos dados por él i por su padre para lograr algunos medios de subsistencia. La señora Cecilia i su hija oían con interes aquel triste relato, i várias veces la sensible Julia estrechó con afecto la mano de Amelia que tenía entre las suyas. Entretanto esta lloraba silenciosamente. Luego que acabó de hablar Adolfo, la señora le preguntó.—¿I tienen ustedes algun plan para lo futuro?—¿Cuál sería este? replicó el señor Alberto? Nuestra incapacidad está tan declarada como nuestra desgracia: sabemos ya que en todo nos va mal, i confieso que de mí se ha apoderado el mas mortal desaliento.—I yo pienso, dijo la señora Cecilia, que no están ustedes en caso tan desesperado. La voluntad de trabajar, la perseverancia i la salud ofrecen un fundamento para grandes esperanzas. Por lo pronto tienen ustedes la mitad de mi casa, i de lo poco que poseo. Seguros ya de un asilo, podrán meditar con calma, i discurrir nuevos arbitrios para asegurar su porvenir. Esta amable niña ayudará á Julia en sus trabajos, i el producto de ellos será partible entre las dos. . . . ¿El producto de lo que haga? respondió humillada la triste Amelia. ¡Ah! yo no sé nada, i solamente aprendí á gastar. No merezco ase-

ciarme á Julia, i mas bien quiero morir que ser grá-
 vosa á una familia pobre, estimable i bienhechora.
 Julia suplicó á su hermosa huéspedá que se calma-
 ra, asegurándole que al dia siguiente todo quedaria
 arreglado de una manera satisfactoria. En seguida se
 levantó á tomar várias disposiciones para que todós
 descansasen. Con parte de la cama de su hija
 auxilió al señor Alberto i á su hijo, i ella dividió ge-
 nerosamente su lecho con aquella triste víctima del
 despilfarro i de la mala educacion. Antes de amanecer
 ya Julia i su madre estaban en pié. Los hués-
 pedes madrugaron, i no obstante ya encontraron casi
 hecho el almuerzo. Buen chocolate, huevos frescos,
 asado, mantequilla, bizcochos i pan formaban aquel
 sencillo i saculento desayuno. El señor Alberto de-
 seaba retirarse, mas fué preciso aceptar lo que le era
 ofrecido con tan franca cordialidad. Miétras almor-
 zaban, la señora Cecilia propuso á los dos caballeros,
 que saliesen aquel dia (dejando á Amelia en casa),
 con el intento de buscar alguna ocupacion útil, ofre-
 ciendo que ella hallaria el modo de hacer trabajar
 con provecho á la desconsolada Amelia. El señor Al-
 berto no queria consentir en los arreglos propuestos
 por su protectora, pero Adolfo le dijo—¿I por qué no
 hemos de admitir el bien que Dios nos envía? Noso-
 tros, arruinados por la dilapidacion i el mal manejo de
 nuestros intereses, venimos conducidos por la mano de
 la Providencia á una casa donde no falta nada de lo
 necesario, i que debe sus comodidades únicamente al
 orden i á la economía. Esta es una leccion que Dios
 nos da. La celestial criatura que, llena de alegría,
 despejo i razon, se conforma con su estado, i hace la
 delicia de su virtuosa madre, será la maestra i el
 modelo de Amelia. Si fuera ménos jóven i ménos
 hermosa, tal vez podría pensar mi hermana que de
 estas circunstancias nacia su resignacion; pero Dios
 la hizo digna de un trono para hacer resaltar mas sus
 modestas virtudes. No es en vano, papá mio, que la

Providencia nos ha conducido á esta casa, pues el ejemplo de estas respetables señoras es el que debe inspirarnos valor para luchar contra la adversidad; i una vez resueltos á vencerla, no lo dude usted, la venceremos. Solo imitando las lecciones que aqui se nos dan podremos manifestarnos dignamente agradecidos por la hospitalidad que recibimos. Sí, señoras, nosotros aprenderemos á ser estimables, laboriosos, frugales i sufridos, i nuestras virtudes serán obra de ustedes.—Todos apoyaron el discurso de Adolfo, i dejando en la casa á las dos niñas, se separaron dándose palabra de reunirse al medio dia. Julia, ayudada de su compañera, arregló la casa que con la novedad de la víspera había sufrido algun desórden; i penetrada desde luego de la necesidad de hacer ménos penosa la suerte de Amelia, evitó con el esquisito tino que es peculiar á las mugeres delicadas i sensibles, cuanto pudiera herir el amor propio de esta jóven infortunada. Para desempeñar sin ostentacion su importante papel de preceptora, dejó á un lado todos los cumplimientos, i con afectuosa familiaridad tomó á Amelia por ayudante en todos sus quehaceres domésticos. Forzoso le fué disimular á cada instante mil negligencias de la abatida i desmañada Amelia, i rehacer frecuentemente, durante sus momentáneas ausencias, lo que aquella, apesar de su buena voluntad, dejaba incompleto, ó mal hecho. Los momentos mas penosos para esta pobre niña fueron cuando se trató de la costura. Amelia sabía poco, i mal, porque siempre había sido vestida por costureras i modistas. No obstante, hizo por complacer, i esto era cuanto Julia deseaba. A la una del dia ya estaba reunida toda la familia. Adolfo dijo que se le pagaría un corto sueldo por enseñar á leer i á escribir á dos señoritas de corta edad que sus padres querían enseñar dentro de su casa, i el señor Alberto anunció la posibilidad de ser colocado en un destino mui subalterno en la casa de comercio de un rico negociante inglés. Doloroso era

para el antiguo capitalista verse reducido á la clase de pobre dependiente, pero la necesidad imperiosa de ganar la subsistencia, i las juiciosas reflexiones de su amiga, ahogaron los gritos del orgullo ajado. La señora había hallado para Amelia dos discípulas de canto, pues esta era la única cosa que ella había aprendido por principios, i en que había sobresalido en la época de su buena fortuna. Solo restaba una dificultad, i era el alojamiento para los hombres. La señora Cécilia alquiló un cuarto en una casa inmediata, i se convino en que todos comerían juntos hasta tanto que la familia arruinada pudiese ocurrir por sí sola á todas sus necesidades, i que Amelia hubiese aprendido con su buena compañera el arte tan útil i necesario de la cocina. El jóven Adolfo no sentía contraer una deuda inmensa de gratitud. Su alma noble se complacía con la dulce esperanza de pagarla algun día cumplidamente. Estos arreglos, i mas que todas las conversaciones i ejemplos de estas dos mugeres estimables, volvieron la calma á aquellos atribulados corazones, é inspiraron la mas cordial fraternidad entre las dos familias. Las horas de comer eran deliciosas. Adolfo i su padre sentían que Julia trabajase para ellos; pero al propio tiempo ¡cuán sabrosos les parecían los manjares preparados por tan lindas manos! Al fin del mes ya Amelia se encontró en disposición de alternar con su amiga en vários quehaceres domésticos. Su semana de cocina era siempre para el padre i el hermano una semana de críticas i de observaciones; mas no por esto dejaban de darle el parabien por sus adelantamientos. Adolfo i el señor Alberto pudieron aumentar sus ganancias emprendiendo otras ocupaciones en las horas que les restaban, i todos adquirían diariamente valor, destreza i esperanza.

Mas de seis meses se pasaron sin que nada alterase el orden establecido en aquella casa. Pero el patron del señor Alberto, á quien este hablaba fre-

cuentemente del carácter i de las virtudes de su protectora, quiso ser presentado á la familia, i lo fué efectivamente en compañía de su hijo i de su sobrino, jóvenes ingleses de bastante mérito. Esta primera visita produjo otra i otras. Todos parecían contentos de su recíproco conocimiento, ménos Adolfo que silencioso i triste, correspondía fríamente á las atenciones de los estrangeros. Amaba á Julia, i creía descubrir en ella alguna preferencia por el jóven Ricardo, sobrino del rico comerciante, que no hacía misterio del tierno amor que profesaba á la interesante señorita. Adolfo no se engañó, porque los ojos de un amante son siempre perspicaces para descubrir un rival feliz; i lo que al principio era una sospecha leve, pasó á ser pronto una desolante certidumbre. El comerciante pidió para su sobrino la mano de Julia. La señora Cecilia hizo presente su pobreza, pero el juicioso inglés le contestó: Nosotros tenemos caudal, i solamente nos falta poseer el envidiable tesoro que usted guarda. Una muger modesta i laboriosa, aseada i amable, es para un inglés una adquisicion inapreciable. Las riquezas, por otra parte, pueden perderse el dia ménos pensado, pero las virtudes siempre quedan, i son el garante mas positivo de la dicha conyugal. Julia hará la felicidad de Ricardo, i este jóven unido á ella no suspirará ya por nuestra amada Inglaterra.

Verificóse al fin este enlace feliz. El corazón de Adolfo sufrió un tormento horrible; pero supo vencerse para no obscurecer ni con la mas ligera nube el dia mas bello de la amable Julia. Entónces varió la suerte de toda la familia, i volvieron á gozarse comodidades cuyo uso estaba casi olvidado. El triste Adolfo confió sus pesares á Enrique, primo del feliz Ricardo, del cual se había hecho mui amigo. Como Enrique debía regresar á Lóndres, propuso á su amigo que le acompañase. Este viage proporcionaba varias ventajas á toda la familia, i fué aceptado como

un favor. Adolfo se despidió tiernamente de la señora Cecilia i de su hermana que vivía con ella, siendo querida con maternal afecto; abrazó á su padre, ya establecido en casa del comerciante; pidió órdenes á Ricardo, i besó respetuosamente la mano de su adorada Julia. Dos meses despues ya estaba en la populosa metrópoli de la mas industriosa de las naciones.

Los negocios de los viageros prosperan en el dia, la distancia es inmensa, el tiempo vuela rápidamente, i mil objetos nuevos se ofrecen por todas partes á la vista curiosa i asombrada del americano. La experiencia i la necesidad han borrado los defectos de una mala educacion; pero ¿podrá borrarse del corazon un amor verdadero, inspirado por la virtud i la belleza, i sostenido por la gratitud? La cosa parece difícil, pero no es imposible. El trabajo, la industria i la actividad debilitan las pasiones tiernas, i el que ejercita el comercio en Inglaterra, con dificultad tendrá tiempo para pensar en sus amores. Sin embargo, esperamos saber algun dia el resultado i particularidades del viaje de Adolfo.

No solamente debe estudiarse el modo de conservar lo que se tiene sino tambien el de utilizar lo que ya parece inservible. Los ingleses i los holandeses han llevado este arte á la mayor perfeccion. Entre ellos nada se tira ni se desperdicia, i las cosas mas despreciables vienen á ser útiles, i vuelven á adquirir valor i aprecio segun las diversas modificaciones i formas que adquieren por medio de las industrias fabril i agrícola. Hai tambien muchos objetos que solamente son despreciables en un sentido relativo, puesto que en otras casas i para otras personas se hallará útil lo que desprecian i desechan las gentes acomodadas. Por consiguiente sería de la mayor utilidad un establecimiento donde pudiera cada uno vender lo que ya no quiere, bien fuesen muebles, vestidos, loza, etc, etc, i donde los que tienen pocas comodidades, i necesitan cosas baratas, aunque

no sean de moda, pudieran proveerse de ellas á precios cómodos. Esto ahorraría diligencias i tiempo, i evitaría el indigno tráfico que hacen las gentes de mala fé, comprando á precios ínfimos segun la urgente necesidad de los que se van, ó están ejecutados, i vendiendo caro á los reciénllegados que quieren proveerse pronto. Tal establecimiento sería utilísimo en esta capital, i daría á cada familia una pieza mas en su casa, porque dejaría de necesitarse el molesto cuarto de trastos que siempre encierra mil cosas útiles para ciertas personas, aunque ya estén separadas del servicio de los que las relegan al consabido cuarto. Por último, yo creo que este establecimiento podría dejar una grande ganancia á quien lo plantase aqui, i no se necesitaría una gran suma para darle principio.—¡Quiera Dios que esta ligera indicacion produzca algun efecto!



UNIVERSIDAD

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

EAFIT



Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

FAES

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA

Universidad EAFIT



100058497

UNIVERSIDAD

EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

1953



UNIVERSIDAD
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental





